Benedicto XVI y Los Padres De La Iglesia



Me ha interesado ver cómo el Papa actual, gran teólogo, cita a menudo a los Padres de la Iglesia, aquellas columnas que sostuvieron la fe de los primeros siglos del nacimiento de la naciente Iglesia y nos narran la forma de vivir de los primeros seguidores de Cristo Jesús.

Es una gozada ver cómo estos Padres, además de alentar la vida de los cristianos, supieron hacer frente a las herejías que se fueron presentando para la auténtica fe de los primeros cristianos.

El recorrido por estas páginas, extraídas de aquí y de allá, son un ejemplo vivo de cómo el Papa Benedicto XVI recurre a menudo a estos Padres de la Iglesia latina y de la Oriental.

Pienso que pueden contribuir, agrupadas a sí, a un amor más grande por el conocimiento de los sabios de la primitiva Iglesia.

Felipe Santos, Salesiano

Málaga-junio-2006

Elección del Papa Benedicto XVI: un día de paz y alegría para el mundo



El Cardenal alemán Joseph Ratzinger, decano del Colegio cardenalicio, ha sido elegido Papa por el cónclave y ha tomado el nombre protodiácono, de Benedicto XVI. El cardenal Jorge Arturo Medina Estévez, dio oficialmente el anuncio. Al aparecer en el balcón de la fachada de la Basílica de San Pedro del Vaticano, pronunció su primer saludo:

"Queridos hermanos y hermanas:

Después del gran Papa, Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un sencillo, humilde, trabajador en la viña del Señor. Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar con instrumentos insuficientes y sobre todo confío en vuestras oraciones. En la alegría del Señor resucitado, confiados en su ayuda permanente, sigamos adelante. El Señor nos ayudará. María, su Santísima Madre, está de nuestra parte. Gracias."

Tras un largo aplauso, impartió la bendición apostólica «Urbi et Orbi» (a la ciudad y al mundo) y se despidió de los fieles.

Síntesis Biográfica del nuevo Papa Benedicto XVI

Nacimiento. Nació el 26 de abril de 1927, Marktl, diócesis de Passau, Alemania.

Educación. Estudió en la Escuela Superior de Filosofía, en Freising; y en la Universidad de Münich, en Münich (doctorado en teología).

Sacerdocio. Ordenado sacerdote el 29 de junio de 1951. Continuó sus estudios, de 1951 a 1952. Miembro de la Facultad de la Escuela Superior de Filosofía y Teología, en Freising, de 1952 a 1959; en la Universidad de Bonn, de 1959 a 1963; en la Universidad de Münster, de 1963 a 1969; en la Universidad de Tübingen, de 1966 a 1969; en la Universidad de Ratisbona, de 1969 a 1977; vice-presidente de la Universidad de Ratisbona, de 1969 a 1977; perito, en el Concilio Vaticano II, de 1962 a 1965. Miembro de la Comisión Teológica Internacional, de 1969 a 1977.

Episcopado. Elegido Arzobispo de Münich und Freising, el 24 de marzo de 1977. Consagrado, el 28 de mayo de 1977, en Münich, por Josef Stange, Obispo de Würzburg.

Cardenalato. Creado Cardenal presbítero, el 27 de junio de 1977; recibió la birreta roja y el título de S. Maria Consolatrice al Tiburtino, el 27 de junio de 1977. Asistió a la IV Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Ciudad del Vaticano, del 30 de setiembre al 29 de octubre de 1977. Participó en el cónclave del 25 al 26 de agosto de 1978.

Enviado especial del Papa al III Congreso Mariológico Internacional, en Guayaquil, Ecuador, del 16 al 24 de setiembre de 1978. Participó en el cónclave del 14 al 16 de octubre de 1978. Asistió a la V Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Ciudad del Vaticano, del 26 de setiembre al 25 de octubre de 1980; fue el relator general; miembro del secretariado general, de 1980 a 1983. Nombrado prefecto de la S.C. para la Doctrina de la Fe, presidente de la Pontificia Comisión Bíblica, y presidente de Comisión Teológica

Internacional, el 25 de noviembre de 1981. Renunció al gobierno pastoral de la Arquidiócesis, el 15 de febrero de 1982.

Asistió a la VI Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 29 de setiembre al 28 de octubre de 1983; fue uno de los tres presidentes delegados; miembro del secretariado general, de 1983 a 1986. Asistió a la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, Ciudad del Vaticano, del 24 de noviembre al 8 de diciembre 1985; miembro del secretariado general hasta 1987. Asistió a la VII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 1 al 30 de octubre de 1987; miembro del secretariado general, de 1987 a 1990. Asistió a la VIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 30 de setiembre al 28 de octubre de 1990; miembro del secretariado general, de 1990 a 1994. Asistió a la I Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 28 de noviembre al 14 de diciembre de 1991. Nombrado Obispo del título de la sede suburbicaria de Velletri-Segni, el 5 de abril de 1993. Asistió a la Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, Ciudad del Vaticano, del 10 de abril al 8 de mayo de 1994; a la IX Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, en la Ciudad Vaticana, del 2 al 29 de octubre de 1994.

Asistió a la Asamblea Especial para América del Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 16 de noviembre al 12 de diciembre de 1997; Asistió a la Asamblea Especial para Asia del Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 19 de abril al 18 de mayo de 1998. Elegido vice-decano del Colegio de Cardenales, el 9 de noviembre de 1998. Asistió a la Asamblea Especial para Oceanía de Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 22 de noviembre al 12 de diciembre de 1998. Fue enviado especial del Papa a las celebraciones por el XII centenario de la creación de la diócesis de Paderborn, Alemania, el 3 de enero de 1999. Asistió a la II Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos, en Ciudad del Vaticano, del 1 al 23 de octubre de 1999.

Bibliografía. Ratzinger, Joseph. Milestones. Memoirs: 1927-1977. San Francisco: Ignatius Press, 1998. (www.catholic.net)

SU FICHA PERSONAL

Rango en el Colegio: Cardenal Obispo, Decano del Colegio

Con Titulo: Sedes Suburbicarias de Velletri-Segni y Ostia

País Natal: Alemania

Designado por: Pablo VI el 27 de Junio 1977

Oficio Eclesiástico: Prefecto, Congregación para la Doctrina de la Fe Elección Papal: Apto para elegir; No apto a partir del 16 de Abril 2007

El Cardenal Joseph Ratzinger Nació en Marktl, diócesis de Passau, Alemania, el 26 de abril de 1927. Se ordenó sacerdote el 29 de junio de 1951. De 1969 a 1977, fue profesor de teología dogmática en la Universidad de Regensburg.

De 1969 a 1980, fue miembro de la Comisión Teológica Internacional. Fue ordenado arzobispo de Munich-Freising el 28 de mayo de 1977 y renunció el 15 de febrero de 1982. Fue creado Cardenal presbítero el 27 de junio de 1977. Su iglesia titular fue Santa María de la Consolación (en Tiburtina).

El pensamiento del Papa Benedicto XVI, según el cardenal Ratzinger

Escrito por Zenit

El anuncio de Cristo y su Evangelio en un mundo relativista es para el nuevo Papa Benedicto XVI uno de los desafíos centrales de la Iglesia. Así lo explicó el cardenal Joseph Ratzinger en un encuentro con periodistas que mantuvo en la Universidad Católica San Antonio de Murcia (España) al participar en el Congreso Internacional de Cristología, el 30 de noviembre de 2002.

Ofrecemos esta larga entrevista en el que se reflejan algunos de los rasgos característicos de quien es considerado como uno de los teólogos más grandes contemporáneos.

Algunos interpretan en muchas ocasiones el hecho de anunciar a Cristo como una ruptura en el diálogo con las demás religiones ¿Cómo es posible anunciar a Cristo y dialogar mismo tiempo?

Diría que hoy realmente se da una dominación del relativismo. Quien nos es relativista parecería que es alguien intolerante. Pensar que se puede comprender la verdad esencial es visto ya como algo intolerante. Pero en realidad esta exclusión de la verdad es un tipo de intolerancia muy grave y reduce las cosas esenciales de la vida humana al subjetivismo. De este modo, en las cosas esenciales ya no tendremos una visión común. Cada uno podría y debería decidir como puede. Perdemos así los fundamentos éticos de nuestra vida común.

Cristo es totalmente diferente a todos los fundadores de otras religiones, y no puede ser reducido a un Buda, o a un Sócrates, o un Confucio. Es realmente el puente entre el cielo y la tierra, la luz de la verdad que se nos ha aparecido. El don de conocer a Jesús no significa que no haya fragmentos importantes de verdad en otras religiones. A la luz de Cristo, podemos instaurar un diálogo fecundo con un punto de referencia en el que podemos ver cómo todos estos

fragmentos de verdad contribuyen a una profundización de nuestra propia fe y a una auténtica comunión espiritual de la humanidad.

-¿Qué le diría usted a un joven teólogo? ¿Qué aspectos de la cristología le aconsejaría estudiar?

Es importante, ante todo, conocer la Sagrada Escritura, el testimonio vivo de los Evangelios, tanto de los sinópticos como del Evangelio de san Juan, para escuchar la auténtica voz. En segundo lugar, son muy importantes los grandes concilios, sobre todo el Concilio de Calcedonia, así como los sucesivos Concilios que aclararon el significado de esa gran fórmula sobre Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. La novedad de que es realmente es Hijo de Dios, y realmente hombre, no es una apariencia, por el contrario une Dios al hombre. En tercer lugar, le sugiero profundizar en el misterio pascual: conocer este misterio del sufrimiento y de la resurrección del Señor y de este modo conocer qué es la Redención. La novedad de que Dios, en la persona de Jesús, sufre, lleva nuestros sufrimientos, comparte nuestra vida, y de este modo crea el paso a la auténtica vida en la Resurrección. Se trata de todo el problema de la liberación de la vida humana, que hoy está comprendida en el misterio pascual, por una parte se relaciona con la vida concreta de nuestro tiempo y, por otra, se representa en la liturgia. Me parece central precisamente este nexo entre liturgia y vida, ambas fundadas en el misterio pascual.

-¿Qué ha aprendido el cardenal Ratzinger que no supiera ya el teólogo Ratzinger?

La substancia de mi fe en Cristo ha seguido siendo siempre la misma: conocer a este hombre que es Dios que me conoce, que --como dice san Pablo-- se ha entregado por mí. Está presente para ayudarme y guiarme. Esta substancia ha seguido siendo siempre igual. En el transcurso de mi vida he leído a los Padres de la Iglesia, a los grandes teólogos, así como la teología presente. Cuando yo era joven era determinante en Alemania la teología de Bultmann, la teología existencialista; después fue más determinante la teología de Moltmann, teología de influencia marxista, por así decir. Diría que en el momento actual el diálogo con las demás religiones es el punto más

importante: comprender cómo por una parte Cristo es único, y por otra parte cómo responde a todos los demás, que son precursores de Cristo, y que están en diálogo con Cristo.

¿Qué debe hacer una Universidad católica, portadora de la verdad de Cristo, para hacer presente la misión evangelizadora del cristianismo?

Es importante que en una Universidad católica no se aprenda sólo la preparación para una cierta profesión. Una Universidad es algo más que una escuela profesional, en la que aprendo física, sociología, química... Es muy importante una buena formación profesional, pero si fuera sólo esto no sería más que un techo de escuelas profesionales diferentes. Una Universidad tiene que tener como fundamento la construcción de una interpretación válida de la existencia humana. A la luz de este fundamento podemos ver el lugar que ocupan cada una de las ciencias, así como nuestra fe cristiana que debe estar presente a un alto nivel intelectual.

Por este motivo, en la escuela católica tiene que darse una formación fundamental en las cuestiones de la fe y sobre todo un diálogo interdisciplinar entre profesores y estudiantes para que juntos puedan comprender la misión de un intelectual católico en nuestro mundo.

Ante la búsqueda actual de espiritualidad, mucha gente recurre a la meditación trascendental. ¿Qué diferencia hay entre la meditación trascendental y la meditación cristiana?

En pocas palabras, diría que lo esencial de la meditación trascendental es que el hombre se expropia del propio yo, se une con la universal esencia del mundo; por tanto, queda un poco despersonalizado. Por el contrario, en la meditación cristiana no pierdo mi personalidad, entro en una relación personal con la persona de Cristo, entro en relación con el «Tú» de Cristo, y de este modo este «yo» no se pierde, mantiene su identidad y responsabilidad. Al mismo tiempo se abre, entra en una unidad más profunda, que es la unidad del amor que no destruye. Por tanto, diría en pocas palabras,

simplificando un poco, que la meditación trascendental es impersonal, y en este sentido «despersonalizante». Mientras que la meditación cristiana es «personalizante» y abre una unidad profunda que nace del amor y no de la disolución del yo.

Usted es prefecto para la Congregación para la Doctrina de la Fe, lo que antes se llamaba la Inquisición. Mucha gente desconoce los dicasterios vaticanos. Creen que es un lugar de condena. ¿En que consiste su trabajo?

Es difícil responder a esto en dos palabras. Tenemos dos secciones principales: una disciplinar y otra doctrinal.

La disciplinar tiene que ocuparse de problemas de delitos de sacerdotes, que por desgracia existen en la Iglesia. Ahora tenemos el gran problema de la pederastia, como sabéis. En este caso, debemos sobre todo ayudar a los obispos a encontrar los procedimientos adecuados y somos una especie de tribunal de apelación: si uno se siente tratado injustamente por el obispo puede recurrir a nosotros.

La otra sección, más conocida, es doctrinal. En este sentido, Pablo VI definió nuestra tarea como «promover» y «defender» la fe. Promover, es decir, ayudar el diálogo en la familia de los teólogos del mundo, seguir este diálogo, y alentar las corrientes positivas, así como ayudar a las tendencias menos positivas a conformarse con las tendencias más positivas. La otra dimensión es defender: en el contexto del mondo de hoy, con su relativismo, con una oposición profunda a la fe de la Iglesia en muchas partes del mundo, con ideología agnóstica, atea, etc., la pérdida de la identidad de la fe tiene lugar con facilidad. Tenemos que ayudar a distinguir auténticas novedades, auténticos progresos, de otros pasos que implican una pérdida de identidad de la fe.

Tenemos a disposición dos instrumentos muy importantes para este trabajo, la Comisión Teológica Internacional, con 30 teólogos propuestos por cinco años a propuesta de los obispos; y la Comisión Bíblica, con 30 exegetas, también ellos propuestos por los obispos. Son foros de discusión para los teólogos para encontrar por así decir

un entendimiento internacional incluso entre las diferentes escuelas de teología, y un diálogo con el Magisterio.

Para nosotros es fundamental la colaboración con los obispos. Si es posible, deben resolver los problemas los obispos. Pero con frecuencia se trata de teólogos que tienen fama internacional y, por tanto, el problema supera las posibilidades de un obispo, de modo que es llevado a la Congregación. Aquí promovemos el diálogo con estos teólogos para llegar, si es posible, a una solución pacifica. Solo en poquísimos casos se llega a una solución negativa.

Este último año ha sido difícil para los católicos por el espacio que han tenido en los medios de comunicación los escándalos atribuidos a sacerdotes. Algunos han hablado de campaña contra la Iglesia. Usted, ¿qué piensa?

También en la Iglesia los sacerdotes son pecadores, pero estoy personalmente convencido de que la permanente presencia de pecados de sacerdotes católicos en la prensa, sobre todo en Estados Unidos, es una campaña construida, pues el porcentaje de estos delitos entre sacerdotes no es más elevado que en otras categorías, o quizá es más bajo. En Estados Unidos vemos continuamente noticias sobre este tema, pero menos del 1% de los sacerdotes son culpables de actos de este tipo. La permanente presencia de estas noticias no corresponde a la objetividad de la información ni a la objetividad estadística de los hechos. Por tanto, se llega a la conclusión de que es querida, manipulada, que se quiere desacreditar a la Iglesia. Es una conclusión muy lógica y fundada.

Se debate el que en los preámbulos de la futura Constitución europea aparezca la palabra de Dios y referencias al pasado cristiano de Europa. ¿Piensa usted que puede haber una Europa unida de espaldas a su pasado cristiano?

Estoy convencido de que Europa no debe ser sólo algo económico, político, sino que tiene necesidad de fundamentos espirituales. Es un hecho histórico que Europa es cristiana, y que ha crecido sobre el fundamento de la fe cristiana, que sigue siendo el fundamento de los

valores para este continente, que a su vez ha influido en otros continentes. Me parece indispensable tener un fundamento de valores y, si nos preguntamos cuál es este fundamento, nos damos cuenta que no hay otro fuera de los grandes valores de la fe cristiana, por encima de las confesiones, y por ello para mí es indispensable el que en esta Constitución futura de Europa se hable de los años de esta Europa.

No quisiera caer en el error de construir un catolicismo político. La fe no indica inmediatamente recetas políticas, pero indica los fundamentos. Por una parte, la política tiene su autonomía, pero por otra parte no hay una separación total entre política y fe. Existen fundamentos de la fe que crean después un espacio libre para la razón política. Por tanto, la pregunta es qué es lo que pertenece a estos fundamentos para que pueda funcionar la política. ¿Cuáles son los aspectos que deben dejarse libres?

En primer lugar, es fundamental tener una visión moral antropológica y aquí la fe nos da la luz. Para tener esta visión antropológica, que garantiza la libertad de la razón política, ¿es necesaria la persona de Dios? Estoy convencido de que una moral que no conoce a Dios se fragmenta y, por tanto, al menos la gran intuición de que hay un Dios que nos conoce y nos indica la figura del hombre, como imagen de Dios, pertenece a estos fundamentos. Además [citar a Dios] no es un acto de violencia contra nadie, no destruye la libertad de nadie, sino que abre a todos el espacio libre, para poder construir una vida realmente humana, moral.

Hay profesores de seminario del País Vasco que llegan a justificar el terrorismo de ETA o no lo condenan tajantemente. Parece ser que hay conexiones entre estos sacerdotes y la teología de la liberación. Se habla incluso de una Iglesia indígena vasca. ¿Qué decisiones se pueden tomar contra esto?

En este caso se aplica simplemente lo que la Congregación para la Doctrina de la Fe dijo entre los años 1984 [instrucción «Libertatis nuntius»] y 1986 [instrucción «Libertatis conscientia»] sobre la teología de la liberación. Ciertamente el cristianismo se relaciona con la libertad, pero la verdadera libertad no es una libertad política. La

política tiene su autonomía, esto ha sido subrayado sobre todo por el Concilio Vaticano II y no debe ser construida por la fe como tal, debe tener su racionalidad. De la Sagrada Escritura no se pueden deducir recetas políticas y muchos menos justificaciones del terrorismo. Me parece que por lo que se refiere a este caso específico ya está dicho todo en las dos instrucciones de nuestra Congregación para la teología de la liberación. La novedad del mesianismo cristiano consiste en que Cristo no es inmediatamente el mesías político, que realiza la liberación de Israel, como se esperaba. Este era el modelo de Barrabás, que querían alcanzar inmediatamente incluso con el terrorismo la liberación de Israel. Cristo creó otro modelo de liberación, que se ha realizado en la comunidad apostólica, y en la Iglesia tal y como se ha constituido, conformado, y testimoniado en el Nuevo Testamento. Pero como decia, ya todo esto esta dicho en esas dos instrucciones.

Si hacemos un balance de la actividad inaudita del Papa Juan Pablo II, ¿cuál será la contribución más importante de este papado? ¿Cómo recordará el cristianismo a este Papa?

No soy un profeta, por eso no me atrevo a decir qué es lo que dirán en cincuenta años, pero creo que será sumamente importante el hecho de que el Santo Padre haya estado presente en todas las partes de la Iglesia. De este modo, ha creado una experiencia sumamente viva de la catolicidad y de la unidad de la Iglesia. La síntesis entre catolicidad y unidad es una sinfonía, no es uniformidad. Lo dijeron los Padres de la Iglesia. Babilonia era uniformidad, y la técnica crea uniformidad. La fe, como se ve en Pentecostés en donde los apóstoles hablan todos los idiomas, es sinfonía, es pluralidad en la unidad. Esto aparece con gran claridad en el pontificado del Santo Padre con sus visitas pastorales, sus encuentros.

Pienso que algunos documentos serán importantes para siempre: quiero mencionar las encíclicas «Redemtoris missio», la «Veritatis splendor», la «Evangelium vitae» y también «Fides et ratio». Son cuatro documentos que serán realmente monumentos para el futuro.

Por último, me parece que se recordará su apertura a las demás comunidades cristianas, a las demás religiones del mundo, al mundo profano, a las ciencias, al mundo político. En esto, él ha hecho siempre referencia a la fe y a sus valores, pero al mismo tiempo ha mostrado también que la fe es capaz de entrar en diálogo con todos.

¿Cuál es la aportación de Juan Pablo II al dialogo interreligioso?

El Santo Padre ve su misión propia como una misión de conciliación en el mundo, una misión de paz. Mientras en el pasado por desgracia se daban guerras de religión, el Santo Padre quiere mostrar que la justa relación entre las religiones no es la guerra, no es la violencia, es el diálogo, y el intento de comprender los elementos de verdad que se dan en las demás religiones. El Santo Padre no pretende relativizar la unicidad de Cristo, que es el Camino, la Verdad, y la Vida, pero quiere mostrar que esta verdad sobre Cristo no puede anunciarse con violencia o con el poder humano, sino sólo con la fuerza de la verdad. Y para eso se requiere un contacto humano de diálogo y de amor, como hicieron los apóstoles en la gran misión de la Iglesia antigua: sin servirse del poder mundano, utilizando la fuerza de convicción. El testimonio del sufrimiento, el testimonio de la caridad y del diálogo convenció al mundo antiguo. El Santo Padre trata simplemente de renovar esta fuerza de diálogo y de amor de los primeros siglos en la relación con las religiones.

Se ha dicho que es necesario convocar un nuevo Concilio Vaticano III para que la Iglesia se vaya adaptando a los nuevos tiempo. Usted, ¿ qué opina?

Ante todo, yo diría que es un problema práctico. No hemos realizado suficientemente la herencia del Vaticano II, estamos trabajando todavía para asimilar e interpretar bien esta herencia, pues los procesos vitales requieren tiempo. Una medida técnica se puede aplicar rápidamente, pero la vida tiene caminos mucho más largos. Se requiere tiempo para que crezca un bosque, se requiere tiempo para que crezca un hombre... De este modo, estos caminos espirituales,

15

como el de la asimilación de un Concilio, son caminos de vida, que tienen necesidad de una cierta duración, y que no se pueden recorrer de un día para otro. Por eso creo que no ha llegado el momento de un nuevo Concilio. Este no es el problema primario, pero sería también un problema práctico. En el Vaticano II tuvimos dos mil obispos y era ya sumamente difícil poder tener una reunión de diálogo; ahora tendríamos cuatro mil obispos y creo que habría que inventar técnicas para el dialogo.

Quisiera recordar algo que sucedió en el siglo IV, siglo de grandes concilios. Cuando invitaron diez años después de un concilio a san Gregorio Naciancenos a participar en un nuevo concilio, dijo: «¡No! Yo no voy. Ahora tenemos que seguir trabajando sobre el otro. Tenemos tantos problemas. ¿Para qué queréis convocar inmediatamente otro?». Creo que esta voz algo emotiva nos muestra que se requiere tiempo para asimilar un concilio.

En el tiempo intermedio entre dos grandes concilios, son necesarias sobre todo otras formas de contacto entre los episcopados: los Sínodos en Roma, por ejemplo. Es necesario sin duda mejorar el procedimiento, pues hay demasiados monólogos. Tenemos que encontrar realmente un proceso sinodal, de un camino en común. Después están los sínodos continentales, regionales, etc. El trabajo efectivo de las Conferencias Episcopales. El encuentro de las Conferencias Episcopales con la Santa Sede. Nosotros [en la Curia romana] vemos en el transcurso de cinco años a todos los obispos del mundo. Hemos mejorado mucho estas visitas «ad limina», que antes eran muy formales y que ahora son auténticos encuentros de diálogo. Por tanto, tenemos que mejorar estos instrumentos para tener un permanente diálogo entre todas las partes de la Iglesia y entre todas las partes con la Santa Sede, para llegar a una mejor aplicación del Concilio Vaticano II. Y después veremos.

¿Cómo mantener la fidelidad a la Iglesia y favorecer la comunión, estando abiertos a que el Espíritu nos lleve hasta la verdad completa. Es decir, ¿cómo es posible no caer en el de rigidez y ruptura?

Creo que es una cuestión sobre todo de la maduración de la fe personal. Aparentemente fidelidad y apertura parecen excluirse. Pero yo creo que la auténtica fidelidad al Señor Jesús, y a su Iglesia, que es su Cuerpo, es una fidelidad dinámica. La verdad es para todos y todos están creados para llegar al Señor. Sus brazos abiertos en la cruz simbolizan para los Padres de la Iglesia al mismo tiempo la máxima fidelidad --el Señor es clavado en la cruz-- y el abrazo al mundo, para atraer al mundo hacia sí, y dejar espacio a todos. Por tanto, una auténtica fidelidad al Señor participa en el dinamismo de la persona de Cristo, que puede abrirse a los diferentes desafíos de la realidad, del otro, del mundo, etc. Pero al mismo tiempo, encuentra ahí su identidad profunda, que no excluye nada que sea verdadero, sólo excluye la mentira. En la medida en que entramos en comunión con Cristo, en su amor que nos acepta a todos y nos purifica a todos, en la medida en que participamos en la comunión con Cristo, podemos ser fieles y abiertos.

¿En qué situación se encuentra actualmente la comunicación ecuménica del concepto de Iglesia? Después de la instrucción «Dominus Iesus» (6 de agosto de 2000) de la Congregación para la Doctrina de la Fe se dieron críticas entre representantes de las Iglesias evangélicas, pues no aceptaron o no entendieron bien declaraciones suyas, pues usted decía que más que Iglesias debían ser consideradas como comunidades cristianas.

El tema exigiría una discusión larga. En primer lugar, se nos dijo que. si en la «Dominus lesus», sólo hubiéramos hablado del carácter único de Cristo, toda la cristiandad habría quedado encantada con este documento, todos se hubieran unido en un aplauso a la Congregación «¿Por qué habéis añadido el problema eclesiológico que ha suscitado críticas?», nos han preguntado.

Sin embargo, era necesario hablar también de la Iglesia, pues Jesús creó este Cuerpo, y Él está presente a través de los siglos a través de su Cuerpo, que es la Iglesia. La Iglesia no es un espíritu que revolotea. Estoy convencido de que [en la «Dominus Iesus»] hemos interpretado de manera totalmente fiel la «Lumen Gentium» del Vaticano II, mientras que en estos últimos treinta años hemos ido atenuando el

texto. De hecho, nuestros críticos, nos han dicho que nos hemos quedado en la letra del Concilio, pero que no hemos entendido el Concilio. Al menos reconocen que somos fieles a la letra.

La Iglesia de Cristo no es una utopía ecuménica, no es algo que hacemos nosotros, no sería la Iglesia de Cristo. Por eso estamos convencidos de que la Iglesia es un Cuerpo, no es sólo una idea, pero esto no excluye diferentes modos de una cierta presencia de la Iglesia incluso fuera de la Iglesia católica que son especificados por el Concilio. Me parece evidente que existen, por tanto matices, y es comprensible que esto genere debates dentro de la Iglesia.

¿Piensa que la Iglesia, especialmente en el mundo occidental, está preparada para afrontar la descristianización y el vacío de la fe tan grande que hay? O, ¿todavía se da entre los hombres de Iglesia una visión de cristiandad, y no de una Iglesia misionera?

Creo que en este sentido tenemos mucho que aprender. Nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, de las cuestiones estructurales, del celibato, de la ordenación de las mujeres, de los consejos pastorales, de los derechos de estos consejos, de los sínodos... Trabajamos siempre sobre nuestros problemas internos y no nos damos cuenta de que el mundo tiene necesidad de respuestas, no sabe cómo vivir. Esta incapacidad de vivir del mundo se ve en la droga, en el terrorismo, etc. Por tanto, el mundo tiene sed de respuestas, y nosotros nos quedamos en nuestros problemas. Estoy convencido de que si salimos al encuentro de los demás y presentamos a los demás de manera apropiada el Evangelio, se relativizarán y resolverán incluso los problemas internos. Para mí este es un punto fundamental: tenemos que hacer el Evangelio accesible al mundo secularizado de hoy.

¿Cuál cree que puede ser el punto de partida para coordinar el crecimiento del poder técnico y científico de la humanidad con la fe y la moral?

Es algo que hay que descubrir de nuevo, pues los paradigmas científicos cambian, y de este modo la situación del diálogo entre ciencia y fe se encuentra ante nuevos desafíos. Un instrumento importante, por ejemplo, es la Academia Pontificia de las Ciencias, de la que ahora soy también miembro, y de hecho hace poco he participado por primera vez en una de sus reuniones. Hasta ahora era solamente una asamblea de científicos: físicos, biólogos, etc.; ahora han entrado también filósofos y teólogos. Hemos visto que es difícil el diálogo entre las ciencias la filosofía y la teología pues son modos totalmente diferentes de afrontar la realidad, con métodos diferentes, etc. Uno de estos académicos --era especialista en la investigación del cerebro humano-- dijo: existen dos mundos inconciliables, por una parte tenemos la ciencia exacta para la cual --en su campo-- no hay libertad, no hay una presencia del espíritu, y por otra parte, me doy cuenta de que soy un hombre y sé que soy libre. Por tanto, según él, son dos mundos diferentes y no tenemos la posibilidad de conciliar estas dos percepciones del mundo. Él mismo reconocía que creía en los dos mundos: en la ciencia que niega la libertad y en su experiencia de hombre libre. Pero de este modo no podemos vivir, sería una esquizofrenia permanente. En esta situación actual de una aguda especialización metodológica por parte de ambas partes, debemos buscar la manera en la que uno descubra la racionalidad del otro y encontrar un auténtico diálogo. Por el momento no existe una fórmula. Por eso es sumamente importante el que se encuentren exponentes de las dos partes del pensamiento humano: las ciencias, y la filosofía y la teología. Así pueden descubrir que ambas son expresiones de la razón auténtica, pero deben comprender que la realidad es una y que el hombre es uno. Por eso es muy importante que, en la Universidades, las facultades no estén una junto a otra, sino que estén en un contacto permanente, en el que aprendemos a pensar con los demás y a encontrar la unidad de la realidad.

Fecha publicación: 2005-10-14

Intervenciones escritas que no pudieron ser leídas ante el Sínodo

CIUDAD DEL VATICANO, viernes, 14 octubre 2005 (ZENIT.org).-Publicamos las intervenciones escritas de padres sinodales y un auditor que no pudieron pronunciarlas ante el aula del Sínodo sobre la Eucaristía. Los textos han sido distribuidos por la Secretaría General del Sínodo.

* * *

- S. Em. R. Mons. Evaristus Thatho BITSOANE, Obispo de Qacha's Episcopal Presidente de la Conferencia (LESOTO) - S. Em. R. Mons. Ian MURRAY, Obispo de Argyll y de las Islas BRETAÑA (GRAN (ESCOCIA) - S. Em. R. Mons. Liborius Ndumbukuti NASHENDA, O.M.I., (NAMIBIA) Arzobispo de Windhoek - S. Em. R. Mons. Tesfay MEDHIN, Obispo de Adigrat (ETIOPÍA) - S. Em. R. Mons. Felix Alaba Adeosin JOB, Arzobispo de Ibadan (NIGERIA)

* * *

- S. Em. R. Mons. Evaristus Thatho BITSOANE, Obispo de Qacha's Nek, Presidente de la Conferencia Episcopal (LESOTO)

La unión personal del fiel con Cristo es el centro de la Liturgia Eucarística. Nuestro problema principal es la escasez de sacerdotes para la celebración Eucarística cada domingo, especialmente en aquellos distritos apartados que los sacerdotes visitan pocas veces al año. Recurrir a los ministros extraordinarios de la Eucaristía, que seguían a los sacerdotes a estos lugares apartados, parecía una

buena solución. También los enfermos pudieron recibir el Santo Sacramento algunas veces al En seguida se presentaron serios problemas. No existían lugares donde se pudiera custodiar el Santísimo Sacramento de manera apropiada. Los contenedores del Santísimo no se encontraban fácilmente y la gente acababa por usar lo que encontraba. En algunas ocasiones sucedió que el tabernáculo se rompía y se llevaban el desmigajaba por todas partes. Sacramento o se Con el tiempo los ministros extraordinarios de la Eucaristía recibían la misma consideración que los ministros ordinarios, podían distribuir la Eucaristía cuando lo deseaban y a quien quisieran. La relación entre la y el Sacramento de la reconciliación gradualmente, hasta el punto de que los fieles no sentían la necesidad de confesarse antes de la Comunión. El Sacramento de la reconciliación es poco frecuentado, especialmente entre los jóvenes. Para poner fin a estos abusos, consideramos que hay que empezar desde el seminario: dar a la Eucaristía el sitio de honor en la formación de nuestros futuros sacerdotes. Hacerles conscientes, cuando son jóvenes, de que son ministros ordinarios de la Eucaristía y de que la Eucaristía debe ser el centro de sus vidas. Hay que recordar a menudo a los sacerdotes que son ellos los ministros ordinarios de la Eucaristía, que delegan el importante ministerio de la distribución de la oportunamente Santa Comunión laicos а Hay que intensificar la catequesis, especialmente entre los jóvenes, para superar la indiferencia que se percibe en nuestros días.

[Texto original: inglés]

- S. Em. R. Mons. Ian MURRAY, Obispo de Argyll y de las Islas (GRAN BRETAÑA (ESCOCIA)

Es actuando in persona Christi en el único sacrificio de la Eucaristía, que todo el ministerio sacerdotal extrae la propia fuerza (CCC 1566). La disminución de las vocaciones al sacerdocio en los países desarrollados hace que la Eucaristía, si bien menos disponible que en el pasado, sea más accesible que en los países en vías de desarrollo. En estos países, de hecho, pobrezas temporal y espiritual están en el mismo nivel; en los países ricos éstas parecen ser inversamente proporcionales.

Hoy las vocaciones se dan cada vez más entre hombres adultos.

Nacen de su experiencia, pero, muchas veces, se ven afectadas por el peso de actitudes más adecuadas al mundo que a la Iglesia. Con frecuencia se hace necesaria una reeducación. En lo que concierne a la formación del clero se deben considerar dos aspectos: la formación académica y la formación humana y espiritual. El desarrollo intelectual solamente no es suficiente. Una mujer que padeció persecuciones por su fe dijo: "Conservé la fe gracias a la santidad de los sacerdotes". Es interesante poner en evidencia cuánto invertimos en la formación académica de nuestros sacerdotes en comparación a cuánto invertimos, en cambio, en su formación humana y espiritual. La liturgia es un instrumento clave de evangelización y debe ser celebrada en una lengua que introduzca a los fieles en ese corazón del Misterio de la fe. Los textos deben trascender los caprichos de las modas lingüísticas. Las lenguas locales presentan dificultades particulares, como ocurre en mi diócesis con el gaélico escocés. En situaciones como ésta se debería conferir a las Conferencias episcopales locales la autoridad para armonizar y aprobar estos textos litúrgicos.

Los capellanes, gracias al conocimiento lingüístico de los países europeos, deberían ser capaces de acoger a los inmigrantes y servirles, posiblemente, en las diversas lenguas.

(Texto original: Ingles)

-S. Em. R. Mons. Liborius Ndumbukuti NASHENDA, O.M.I., arzobispo de Windhoek (NAMIBIA).

Os traigo cordiales saludos de Namibia.

Mi reflexión trata fundamentalmente de nuestra impresión general, como Conferencia Episcopal, sobre el Instrumentum Laboris, dividida en seis puntos:

1. Los progresos en los estudios bíblicos y patrísticos han ampliado nuestra comprensión de la teología eucarística. Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, es particularmente consciente de la rica herencia teológica que hemos recibido de los primeros Padres de la Iglesia, lo que ha sido ya afirmado en muchas intervenciones.

2. La teología de la Eucaristía afecta a casi todos los sectores fundamentales de la teología. Desde el Concilio Vaticano II se han venido afrontando los principales temas. Por eso, cada documento que

salga directamente del Sínodo de los Obispos debería facilitar un tratamiento equilibrado, intertextual del tema. Sería un error producir un documento que afronte sólo algunos de los temas en cuestión para corregir determinados abusos de los que nos hemos dado cuenta. Más bien debería sugerir respuestas pastorales a las necesidades de esas personas de la tierra que están privadas del don de la Eucaristía (por ejemplo, divorciados que reciben la Santa Comunión por citar solo una de estas situaciones).

- 3. Deberíamos evitar producir a toda costa un documento disciplinar, o que dé la sensación de que se concentra en rúbricas carentes de un fuerte fundamento teológico.
- 4. La dimensión pastoral-misionera de la Eucaristía debería ser evidenciada en alguna deliberación o en algún documento. Estos deberían subrayar el vínculo esencial entre eclesiología y Eucaristía, entre ministerio y Eucaristía, y, obviamente, entre misión y Eucaristía. 5. La relación entre inculturación y Eucaristía es muy importante, sobre todo para los países en vías de desarrollo, especialmente en África, Asia y América Latina. La experiencia de las Iglesias orientales en el desarrollo de algunos ritos puede ser ejemplarmente instructivo.
- 6. Todos nosotros, Padres sinodales, deberíamos ser conscientes de que el documento que vamos a preparar tiene que constituir una parte de la trilogía sobre la Eucaristía recientemente producida. En primer lugar, la carta de nuestro difunto Santo Padre Mane Nobiscum, Domine; luego, la reflexión publicada por la Congregación para el Culto divino; y ahora, el documento sinodal. De este modo, nuestra reflexión podrá hablar al corazón de la gente de esta sociedad nuestra secularizada, especialmente a aquellos que han sido contagiados o están afectados por el virus del SIDA, con el fin de ofrecerles alimento Eucarístico y consuelo en el camino de la fe.
- -S. Em R. Mons. Tesfay MEDHIN, Obispo de Adigrat (ETIOPÍA)
- -Deseo centrar mi intervención en el aspecto relacional de la Eucaristía, en referencia a los n° 28, 33 y 85 del <u>"Instrumentum</u> Laboris":

Percepción del ministerio eucarístico entre los fieles y su dimensión ecuménica.

La Misa dominical y la Santa Comunión siguen siendo el centro y la espina dorsal de la vida parroquial, individual y colectivamente, de la Iglesia de Etiopía, tanto católica como ortodoxa. El domingo y en las

solemnidades, por las calles y a lo largo de los senderos del campo que conducen a las iglesias, se ven filas ininterrumpidas de personas vestidas principalmente de blanco. Se podría afirmar que en el campo la participación a la Misa dominical y a la Comunión puede alcanzar el 70-80 %. En las ciudades, en cambio, y entre las generaciones más jóvenes, los datos no son tan elevados (tal vez en torno al 55 %). La fuerza motriz que está detrás de este fenómeno no es la pura racionalidad, sino una formación litúrgica, un sentido de devoción y de respeto por lo "sagrado" muy profundo, al que no afectan fácilmente criterios exteriores como el tiempo y las presiones de la vida material. Según la tradición etíope, que tiene en cuenta la profunda convicción entre los fieles de la naturaleza misteriosa de la Eucarístia:

-Su comprensión radica en el aspecto sacrificial del Misterio, junto con la participación en el Misterio Pascual de Cristo y la construcción de su Cuerpo que es la Iglesia. Éste es el aspecto preponderante del preponderante tradición litúrgica Misterio en la etíope. La Trinidad, Cristo, el Cordero Pascual, y María ocupan el lugar central en la celebración del rito etíope. Siempre ha existido una profunda devoción por María, Madre de Dios, a la que se considera también "mujer de la Eucaristía", "primer tabernáculo de la Eucaristía" (cf. nº 76). Fuente y santuario de la Eucaristía. Por eso, es un deber litúrgico en la Iglesias de tradición oriental tener la imagen de María siempre cercana al Hijo.

En la liturgia son evidentes la solemnidad, un gran respeto por lo sagrado, reverencia en presencia del "Mysterium Tremendum", y cada movimiento físico que crea distracción se reduce al mínimo. Si bien hoy participan en mayor número, hay gran reluctancia de los fieles a recibir la comunión sin haber recibido antes adecuadamente la gracia de la Penitencia.

-Como fruto de esta práctica de devoción eclesial común a la Eucaristía y a la liturgia, es decir, como implicaciones sociales de la Eucaristía (IL 79), esto obviamente ha ayudado a las comunidades a avanzar y a conservar sus valores familiares y religiosos y su integridad, a pesar de los diversos problemas políticos y sociales, las calamidades naturales y los conflictos que han causado tanto sufrimiento a la gente.

No obstante, los aspectos destructivos de la globalización y las presiones seculares y consumistas han alcanzado y están

influenciando la vida familiar, la vida de los jóvenes y la autoridad moral de la Iglesia.

Nuestro mundo tiene más que nunca necesidad de orden y de redención, y creo que no hay nada más poderoso que la fuerza transformadora de la Eucaristía y el magnífico programa del Santo Padre para testimoniar la "cultura de la Eucaristía" a través del instrumento del dialogo (IL 76).

Espero mucho de este Sínodo, que el Espíritu Santo siga inspirándolo a fin de que presente al Santo Padre propuestas innovadoras y oportunas, que puedan salvar las almas , y con orientaciones pastorales capaces de dar esperanza a nuestros sacerdotes y fieles centrados en el vínculo pastoral de la Eucaristía en lo que concierne a la familia y a los jóvenes, gravemente amenazados por la más letal de las pandemias, el HIV/Sida, en muchas partes del mundo.

Por lo tanto, como fruto del Año de la Eucaristía, deseo rezar al Espíritu Santo para que inspire este Sínodo y pueda: - Proponer opciones, por ejemplo un Sínodo especial, para promover la unidad de los cristianos

- -Promover la catequesis basada en la espiritualidad eucarística, afrontando especialmente la vida de la familia y de los jóvenes para profundizar la fe y la devoción eucarística en la familia y entre los jóvenes;
- -Dedicar una atención particular a la formación en el seminario a fin de asegurar la espiritualidad eucarística en la vida de los sacerdotes y de los fieles y para la adhesión a homilías y a celebraciones litúrgicas bien

Que el Espíritu Santo siga inspirando este Sínodo a ser el instrumento de esperanza y de vida en Cristo, y que la fuerza transformadora del amor de Cristo sane, a través de la Eucaristía, el mundo de sus heridas.

S. Em. R. Mons. Felix Alaba Adeosin JOB, Arzobispo de Ibadan (NIGERIA)

Cuidado pastoral de los inmigrantes. Deseo hablar a esta Asamblea acerca del cuidado pastoral de los inmigrantes. Por inmigrantes

entiendo todas aquellas personas que dejaron la propia nación o región, para dirigirse a otro lugar a causa de desastres naturales, para buscar prados más verdes o el vellocino de oro (títulos académicos). Deseo dirigirme principalmente al obispo, que es el supremo Pastor del rebaño encomendado a sus cuidados, el ordinario local y el "primus mysteriorum dei dispensator". El Instrumentum laboris nos recuerda que la Eucaristía reúne a los fieles y hace de ellos una comunidad, no obstante las diferencias de raza, lengua, nación o cultura.

Es difícil, actualmente, encontrar una nación que no dé refugio a miles de inmigrantes. San Pablo nos recuerda que, "porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan" (1 Cor 10, 17). El obispo o el párroco no deberían tratar a los fieles inmigrantes como huéspedes de la Iglesia. Deberían, más bien, acogerlos, hacer que se sientan como en su propia casa y miembros de la Iglesia universal. Su liturgia viva debe ser usada para rejuvenecer a la Iglesia local y deben ser preparados para ser misioneros de ellos mismos, sirviendo como categuistas, lectores laicos, etc. en el seno de la comunidad. En el Nº 25 del Instrumentum laboris, se nos recuerda que "los fieles laicos (son) parte esencial de la Iglesia comunión". La emigración no se limita solamente a los fieles laicos. Tenemos sacerdotes y religiosos que son envidados a estudiar o a adquirir la experiencia necesaria para el desarrollo de sus congregaciones o sus diócesis. No existen presbíteros "vagi". Ellos pertenecen al presbiterio de la diócesis (obispo) en la cual permanecen. Cada vez que ofrecen el sacrificio de la Misa rezan por el Papa y per el ordinario local. El obispo residencial, por lo tanto, debería preocuparse por la vida litúrgica, pastoral y espiritual de cada sacerdote en su diócesis, especialmente por la de los presbíteros emigrantes.

Si el sacerdote inmigrante debe celebrar el santo sacrificio con dignidad, devoción y reverencia, es necesario que sea reconocido, que se le garantice un medio de subsistencia digno y que se le dé seguridad respecto de su pertenencia. El sagrado Sínodo también debe solicitar a los Obispos y a los Superiores que no envíen a sus presbíteros a institutos fuera de su diócesis sin informar al obispo "ad quem" y realizar los debidos acuerdos. El cuidado de las inmigrantes religiosas es más complejo y merece una mayor atención. La vida consagrada es un testimonio de Cristo en la Iglesia y su presencia es una bendición para la Iglesia local. Sin embargo, ellas no deben residir

en una Iglesia local sin la autorización escrita del ordinario local. En estos tiempos, la disminución del número de religiosos en la antigua Iglesia y el deseo de sobrevivencia y de continuidad llevaron a reclutar indiscriminadamente jóvenes mujeres en los territorios de misión. Estas jóvenes son desarraigadas de su cultura y de su tradición y trasplantadas a Europa y a América, donde, con frecuencia son subyugadas por el clima, la cultura y las costumbres y son expulsadas de las instituciones. Inevitablemente, muchas de ellas caen víctimas de las personas y de las circunstancias. Su situación como cuerpo despedazado de Cristo debe ser mirada con compasión y amor. Ellas forman parte del cuerpo de Cristo, la Iglesia. En síntesis, exhorto a cada Obispo a:

- 1. Considerar a los fieles inmigrantes como a fieles propios, único cuerpo de Cristo, del cual el Espíritu Santo lo ha hecho Pastor. Junto con sus sacerdotes, acogerlos en cada celebración religiosa, especialmente en la Misa dominical, para que la Eucaristía reúna a sus fieles y haga de ellos una comunidad a pesar de la diversidad de raza, lengua, nación y cultura.
- 2. Asegurar la integración de todos los presbíteros emigrantes (con frecuencia por motivos de estudio) en su presbiterio, ya que no existen sacerdotes "vagi". Asistirlos para que sean fieles en la celebración del Sacrificio y en la alabanza y la adoración a Cristo en el sacramento de su amor.
- 3. Guiar la vocación de las religiosas en su diócesis a través de la administración adecuada de los sacramentos en sus conventos y el control del reclutamiento indiscriminado de las jóvenes mujeres por fuera de su diócesis, cosa que podría llevar a abusos.

* * *

El siguiente auditor ha entregado sólo por escrito una intervención:

Sr. Gioacchino TOSCANO, Secretario General de las Confraternidades de las Diócesis de Italia

* * *

El Sínodo de los Obispos, evento de la Iglesia Universal entre los más relevantes, nos ha abierto el corazón a todos los continentes, donde el Misterio de Jesús Eucaristía ha llevado sus frutos a todos los pueblos de la Tierra. En este contexto deseamos traer la experiencia de las Cofradías, instituciones laicas que, aunque se remontan a los albores de la historia de la Iglesia, llevan consigo carismas y una vitalidad eclesial tales como para permitirnos sometelas a la atención de los Padres Sinodales como instituciones particularmente apropiadas para convertirse cada vez más en "una nueva frontera" de la Evangelización.

Actualmente se reúnen bajo la Confederación de las Cofradías de las Diócesis de Italia, instituida por la Conferencia Episcopal Italiana y son guiadas, siempre bajo el encargo de la C.E.I. por S.E. Mons. Armando Brambilla, Obispo Auxiliar de Roma y Delegado para las Cofradías y los Pías Asociaciones.

Para celebrar dignamente el Año de la Eucaristía, la Confederación de las Cofradías de las Diócesis de Italia promovió, en Bolsena y Orvieto, ciudades eucarísticas, el 24 y el 25 se septiembre de 2005, una especial convocación nacional del "Camino de Fraternidad" de las Cofradías italianas, en particular de las que llevan la denominación de "Santísimo Sacramento".

La Confradía no vive encerrada en sí misma, sino que es un componente eclesial misionero, centrado en una pastoral global de la familia. Tal pastoral se distingue por una formación cristiana permanente cuidada por el sacerdote, Primicerio, que la anima a: 1) la vida de la liturgia y de la devoción, atenta a la vida Diocesana, particularmente sensible al llamado del Obispo; 2) la vida caritativa, con obras que superaron la prueba del tiempo, mantenidas a través de la administración de los bienes, de los cuales disponen con la aprobación diocesana; 3) el testimonio responsable ante la propia ciudad, en los barrios y en las diversas realidades de trabajo (no son pocas las Cofradías vinculadas a artes y oficios), con una participación "como cristianos" en la vida civil y en los eventos sociales. La trayectoria de formación a la vida cristiana es fundamental para entrar con el espíritu adecuado en la conducción de los diversos servicios, son indispensables para el autogobierno de la Cofradía, procediendo a realizar las adquisiciones técnicas de la administración en el espíritu

de quien se ubica entre los últimos si "quiere ser el primero en la secuela de Cristo Jesús".

Por esto, las Cofradías, dóciles al Magisterio de los Sumos Pontífices y de los Obispos, han sabido conservar con la experimentación de siglos, tesoros de fe y el patrimonio de religiosidad popular, centrado en el Culto Eucarístico, que se expresa a través de un patrimonio artístico y de oratorios a disposición de momentos de agregación misionera en la dimensión de la cultura y de la comunicación, que hoy entrecruzan de manera ineludible la misma realidad pastoral, la misión y la evangelización de los pueblos.

El escudo Papal de Benedicto XVI

O de cómo un escudo papal puede convertirse en una lección de catequesis.

El Escudo de obispo de Munich y Freising

Cuando Pablo VI nombró a Joseh Ratzinger el 25 de marzo de 1977arzobispo de Munich y Freising, éste eligió para su escudo algunos elementos del escudo de Baviera y un lema: "Colaborador de la verdad".

Explicación del lema por el propio Joseph Ratzinger: "me parecía que ésa (colaborador de la verdad) era la relación entre mi trabajo anterior como profesor y mi nueva misión.

A pesar de los diferentes modos de servir, lo que estaba en juego y seguía estándolo, era caminar tras la Verdad, estar a su servicio".

"Elegí ese lema también -explicaba- porque en el mundo actual la

cuestión de la verdad se olvida casi totalmente, ya que parece algo demasiado grande para el hombre; y, sin embargo, todo se desmorona cuando falta la verdad".

Sin embargo el Papa no ha puesto las palabras de su lema, inspiradas en la Carta III de San Juan en su escudo. Ha preferido que los símbolos hablen por si mismos.

El escudo del Papa Benedicto XVI

Quizá en otros Pontífices de la edad contemporánea la elección de los símbolos del escudo hayan podido ser de carácter secundario. Pero el Papa actual, que conoce bien el lenguaje y la importancia de la cultura de la imagen en el mundo contemporáneo, ha introducido elementos innovadores, como innovador se adivina ya que será este pontificado.

Y se advierte en el escudo:

Una sustitución muy significativa: en vez de la tiara se ve una mitra de obispo, más conforme a la realidad teológica del Papa, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal.

Un añadido: el Palio, la estola de lana de la que habló en su primera Homilía como Papa.

El Palio tiene símbolos que recuerdan las cinco llagas y los tres clavos con los que fue crucificado Jesucristo.

Explicó el Papa en esa homilía:

"Este signo antiquísimo, que los Obispos de Roma llevan desde el siglo IV, puede ser considerado como una imagen del yugo de Cristo, que el Obispo de esta ciudad, el Siervo de los Siervos de Dios, toma sobre sus hombros.

El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la

libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es la vía de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio.

Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica –quizás a veces de manera dolorosa– y nos hace volver de este modo a nosotros mismos. Y así, no servimos solamente Él, sino también a la salvación de todo el mundo, de toda la historia.

En realidad, el simbolismo del Palio es más concreto aún: la lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestas para conducirla a las aguas de la vida. La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia.

La humanidad –todos nosotros– es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas.

El Palio indica primeramente que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros.

Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy".

Benedicto XVI conserva algunos elementos de su antiguo escudo como obispo:

• El escudo del Papa conserva elementos del escudo de Munich y Freising, capital de Baviera, su tierra natal, que es uno de los múltiples países que conforman Alemania. El Papa fue obispo de Baviera desde 1977 hasta 1981.

La cabeza de san Mauricio

"Sobre el blasón de los obispos de Frisinga se encuentra -explicaba el cardenal Ratzinger-, desde hace cerca de mil años, el moro coronado: no se sabe cuál es su significado. Para mí es la expresión de la universalidad de la Iglesia, que no conoce ninguna distinción de raza ni de clase porque todos nosotros "somos uno" en Cristo".

Esa imagen de un hombre de tez oscura, llamado popularmente el *Moro de Freising,* con una cabeza, vuelta hacia la izquierda, que forma parte desde 1316 del escudo del obispado, es, para algunos heraldistas, **San Mauricio**, santo muy venerado en Alemania, que sufrió martirio con sus camaradas militares por su fidelidad a Cristo. El Greco realizó uno de sus lienzos más célebres sobre este asunto, donde se representa el martirio de la Legión Tebana. Es el único de los cuadros del cretense que se conserva en El Escorial.

El oso de san Corbiniano

Otro elemento es el "Oso de san Corbiniano", animal que para este Papa tiene un significado muy especial: simboliza el peso del cargo, y la necesidad de cumplir la voluntad de Dios por encima de las preferencias personales.

Alude a la figura del obispo san Corbiniano, proveniente de una familia de origen galo por parte de madre y de francos por parte de padre, que predicó el Evangelio en la antigua Baviera y es considerado el padre espiritual de la archidiócesis de Munich-Freising.

Según la leyenda, un oso mató al caballo de san Corbiniano cuando se dirigía a Roma. El santo regañó severamente al oso y, como castigo, le cargó con el fardo que hasta entonces había llevado el caballo sobre sus lomos. Así, el oso tuvo que arrastrar el fardo hasta Roma, donde Corbiniano lo dejó en libertad...

En cierto sentido, para Ratzinger, san Corbiniano representa el alma bávara: "Se diría que somos siempre un Corbiniano que necesita

32

pelear consigo mismo y con Grimualdo; porque nuestra cultura bávara -rica, noble y ardorosa, de la que nos sentimos justamente orgullosos- no ha nacido de sí misma".

Y el Santo -un pensador, amante de la naturaleza, que deseaba recluirse en su estudio- ofrece también a Joseph Ratzinger paralelos con su propia vida.

"Corbiniano se enfrentó constantemente con el dilema de optar entre el recogimiento interior y las tareas apostólicas de servicio a los demás. Su deseo íntimo fue siempre vivir como un ermitaño, entregarse plena y únicamente a Jesucristo, para vivir el gozo de la fe en su exclusiva compañía.

Con este deseo se encaminó a Arpajón, en los alrededores de París.

Pero la luz de su lámpara, que le hubiese gustado ver cubierta por el celemín, le tracionó, brillando a su pesar; y fueron tantas las personas que acudían a pedirle apoyo y consejo, que no lograba estar sólo ni de día ni de noche...

"Decidió escapar de aquello y marchar a Roma donde encontró al fin la calma necesaria para vivir junto al Señor en el anonimato.

Pero precisamente allí le sorprendió la misión apostólica que le traería a nosotros, hasta Freising."

Estas palabras, dichas en la Catedral de Freising, el 19 de noviembre de 1977 tienen un claro sentido premonitorio.

El cardenal Ratzinger al hablar de las palabras de san Agustín en sus comentarios del Salmo 72: «Me he convertido para ti en una bestia de carga". Es una imagen -decía el cardenal- de lo que debo ser".

Muchos años después, en 2005, cuando el cardenal Ratzinger soñaba con regresar a su Baviera natal para dedicarse tranquilamente -no en el anonimato, pero si en medio de una discreta jubilación- a la oración y al estudio, recibió una carga insospechada por parte de aquellos que

habían descubierto, muy a su pesar, la luz de su lámpara: las Llaves de Pedro.

La concha del niño de San Agustín

Otro elemento es la concha del peregrino. Independientemente de otros significados (la fe, el bautismo, "el signo de nuestra condición de peregrinos", en palabras del cardenal Ratzinger), para el Papa esta concha recuerda un suceso significativo -estrechamente vinculado con la humildad intelectual que debe vivir el teólogo- de la vida de San Agustín, al que Benedicto XVI profesa especial veneración.

Cuenta la historia que mientras san Agustín paseaba por la playa, pensando en el misterio de la Trinidad, se encontró a un niño que había hecho un hoyo en la arena y con una concha llenaba el agujero con agua de mar.

El niño corría hasta la orilla, llenaba la concha con agua de mar y depositaba el agua en el hoyo. San Agustín le preguntó por qué lo hacía, y el niño le dijo que intentaba vaciar toda el agua del mar en el agujero.

-¡Eso es imposible!

-¡Más imposible es para un hombre -le dijo el niño- descifrar el misterio de la Trinidad!

Estos dos símbolos -el oso y el niño de la playa-, servían al cardenal Ratzinger para realizar esta reflexión: "¡Cuántas veces se rebeló san Agustín contra las tareas que tenía que cargar sobre sus espaldas su carga, que le impedían la gran labor intelectual que sentía como su vocación más profunda! "

Y comentaba a continuación la necesidad de seguir al Señor como un borrico humilde, un animal de carga: *como un borrico soy junto a Ti, y siempre estaré contigo*.

"Así como el animal de tiro es el más cercano al campesino y cumple con su trabajo, de la misma manera el Santo, con su humilde servicio a la Iglesia, estaba más cerca de Dios, se abandonaba totalmente en sus manos y era su instrumento.

No podría estar más cerca de su Señor, no podría ser más importante para Él".

Esta reflexión guarda, como se ve, para el alma de Joseph Ratzinger, la misma clave biográfica que la que hizo sobre san Corbiniano.

Las llaves de san Pedro

El escudo se completa con las **dos llaves cruzadas**, símbolo del ministerio de Pedro: simbolizan el poder de atar y desatar que le confirió Cristo, que permite abrir las puertas del Cielo.

Un ministerio que -como es conocido- Joseph Ratzinger no deseaba para sí: había pedido varias veces a Juan Pablo II retirarse a descansar en su Baviera natal, para dedicarse al ejercicio intelectual.

Sin embargo -como san Agustín y san Corbiniano- aceptó la carga pastoral de la Iglesia entera sobre sus hombros, haciéndose hasta el final de sus días, instrumento de Cristo.

José Miguel Cejas

San Agustín y San Buenaventura en el desarrollo del pensamiento de Joseph Ratzinger

¿Por qué San Agustín y San Buenaventura en un tiempo de gran predominio de Santo Tomás? Para Ratzinger, como para la mayoría de los teólogos asociados con la renovación teólogica que culminó en el Concilio Vaticano II, la teología neoescolástica predominante hasta este concilio representaba un reto. Para estos teólogos renovadores, la neoescolástica incluía una serie de problemas tales como la relación

extrínseca entre naturaleza y gracia frente al extrincesismo de Lutero, Calvino y otros reformadores protestantes; la eclesiología del Cardenal Bellarmino, fundada en el concepto de que la Iglesia era una sociedad perfecta ("Ecclesia est societas perfecta"); la ausencia de la historicidad en la Iglesia y el olvido de la escatología como un aspecto central en la proclamación e irrupción del Reino de Dios en el Nuevo Testamento, aclarados por la renovación de los estudios bíblicos y litúrgicos. Ratzinger conocía los resultados de los estudios filosóficoteológicos de Pierre Rousselot, Joseph Marechal y Henri de Lubac. Especialmente hay que destacar aquí la publicación en 1942 del libro Surnaturel de Henri de Lubac, reconocido por muchos como tal vez el más influyente libro de teología del siglo XX. Durante los diez o quince años antes del Concilio Vaticano II, se desenvuelve una verdadera pugna intelectual entre los neoescolásticos, capitaneados por Reginald Garrigou Lagrange y los renovadores de la teología, como Karl Rahner, Yves Congar, Marie-Dominique Chenu, y el mismo De Lubac. Ratzinger se asocia a la nueva teología a través de una reflexión profunda sobre los padres de la Iglesia y la tradición (no bien comprendida por los neoescolásticos) inspirado por las contribuciones, de, entre otros, De Lubac. Recuérdese que la tesis original de Karl Rahner sobre Santo Tomás, Geist in Welt, fue rechazada por no atenerse a los cánones de interpretación neoescolástica.

Eclesiología de San Agustín

En contraste con la eclesiología de Bellarmino, según San Agustín, ni la Iglesia ni el sacerdocio ejercen, en el sentido estricto, un poder (potestas) sino un mero servicio (ministerio). Contra los donatistas, Agustín afirmaba que el sujeto de la acción sacramental no era ni la Iglesia, ni el sacerdocio, sino Cristo. Esta acción sacramental de la Iglesia se funda, según San Agustín, en que la Iglesia visible e histórica es la mera participación en la comunidad celestial de los santos, es decir, la participación en los que ya viven en Cristo (en íntima e irreversible comunión con él) en una realidad supratemporal. Es solamente a través de la comunión espiritual en los sacramentos visibles e históricos de la Iglesia que los miembros de la Iglesia en esta vida participamos de la realidad profunda o corazón de la Iglesia, a saber, la comunidad celestial de los santos en Dios. La Iglesia visible sacramental sólo significa algo que está más allá de su realidad histórica, y que es la realidad eclesial y definitiva, la realidad espiritual de la gracia o de la vida del Espiritu de Dios en Jesucristo. De ahí que

la Iglesia es ante todo participación de los dones o carismas de la Iglesia celestial y escatológica. En los términos del gran teólogo Hans Urs von Balthasar, que también ha influenciado a Ratzinger profundamente, no se puede confundir la comunión con la comunidad. aunque estas dos sean inseparables. La comunidad mas profunda de la Iglesia es la espiritual y celestial. Nosotros en esta vida tenemos acceso a participar en esta comunidad de los santos sólo por nuestra comunión espiritual en los sacramentos visibles de la Iglesia, especialmente en la Eucaristía. Así pues, ni clericalismo ni laicismo eclesiales son teologicamente adecuados, pues toda acción eclesial y sacerdotal en la historia de la Iglesia es un mero servicio (ministerio) a la gracia de Jesucristo que se hace históricamente accesible precisamente en la medida que de alguna manera se de la comunión espiritual en la vida sacramental e histórica de la Iglesia. Por eso, Ratzinger afirma que todas las acciones sacramentales de la Iglesia están orientadas inclusiva y universalmente a la salvación de todos los seres humanos. Como nos recuerda la teología del Concilio Vaticano II, influenciada por la teología inclusivista y universalista de San Agustín en su obra La Ciudad de Dios, la Iglesia es el Sacramento de Salvación de todos los seres humanos.

San Buenaventura y la escatología

La influencia de Joaquín de Fiori en el siglo XIII en la orden franciscana, especialmente en el grupo franciscano de los espirituales fue inmensa. Según su visión escatológica, el final definitivo de la historia es el tiempo espiritual y de plena libertad que ya irrumpe en San Francisco de Asís. En su estudio del *Collationes in Hexaemeron* de Buenaventura, Ratzinger descubre un pensamiento profundamente escatológico presente en este gran santo medieval, amigo de Santo Tomás. Para San Buenaventura, las escrituras están orientadas hacia el futuro. Pero sólo quien ha entendido el pasado puede comprender el futuro, y vice versa. Esta circularidad del sentido de la historia tiene su clave interpretativa en Jesucristo, pues la historia es una sucesión de eventos con significados progresivos que tienen su profunda unidad en Jesucristo. Así pues, las realidades del Antiguo Testamento son sólo comprendidas a la luz de Jesucristo, pero Jesucristo es entendido como la culminación del Antiguo Testamento. De ahí que la exégesis sobre las escrituras en San Buenaventura hace énfasis en la dimensión profético-escatológica, y no tanto, en los

términos de Michael Theunisen, en perspectivas arqueológicas o apocalípticas. La sabiduría concreta está basada no en las meras abstracciones metafísicas de los principios aristotélicos, ni en las fantasías desbordantes, utópicas y gnósticas, que no tomaban en serio la positividad histórica, especialmente la irrupción positiva del evento Jesucristo. Para San Buenaventura, Jesucristo, como el alfa y el omega de la historia y del cosmos, es el centro de toda auténtica ciencia o sabiduría. Para Ratzinger, la interpretación neoescolástica sobre Santo Tomas implicaba una separación entre la filosofa y la teología, entre la razón y la fe, entre la naturaleza y la gracia, etc. que era incompatible con la unidad en la verdad y en la sabiduría de la fe cristiana. Pero Ratzinger también critica a San Buenaventura por dejarse influenciar demasiado por Joaquín de Fiori, sosteniendo una era penúltima, espiritual y de índole contemplativa, anterior a la última de la parusía, que ya está siendo preparada por San Francisco y su compañero Santo Domingo. Pues, que Jesucristo sea el final y consumación de la historia no nos permite decir concretamente cómo y cuando se realizará la parusía.

Iglesia antes y después del Concilio Vat II

De acuerdo a Ratzinger, la Iglesia pre-conciliar se fijaba demasiado en sí misma. No destacaba bien la diferencia entre el reino escatológico y la Iglesia. Era una Iglesia que hacía énfasis en su realidad como institución y en la que los laicos en el mejor de los casos eran delegados de la autoridad jerárquica. Según Ratzinger, los padres del Concilio Vaticano II querían dialogar con la modernidad, pero no simplemente convertirse a ella. Para la Iglesia del Concilio Vaticano II, no se trata de una Iglesia en la que los seres humanos se salvan del mundo perverso, sino de la Iglesia que es el sacramento de salvación precisamente del mundo. La Iglesia está para redimir al mundo y elevarlo a su verdadera vocación en Dios y no para refugiarse del mundo saliendo de él.

3.- Cuestiones de método. La esencia del quehacer teológico y de la fe en la vida de la Iglesia

Los teólogos renovadores del Concilio Vaticano II, con los que Ratzinger se identificó desde sus estudios universitarios, como hemos visto, rechazaron la posición neoescolástica sobre las dos fuentes diversas y originarias de la revelación, a saber, las escrituras y la tradición (frente a la posición de Lutero "Sola Scriptura"). La revelación es el evento escatológico de Dios en Jesucristo. Las escrituras y la tradición son dos aspectos inseparables de la Iglesia que nos permiten tener acceso a la revelación que se da en el evento de Jesucristo. Para Ratzinger, hay que destacar la diferencia entre la realidad inagotable de Jesucristo y las expresiones históricas del acceso a esta realidad de Jesucristo, tales como las escrituras y las diversas manifestaciones de la tradición. Esta diferencia es la base del desarrollo histórico de la teología y de las verdades de la fe (dogmas de fe). Hay que señalar a este respecto la diferencia entre la fe y el evento revelatorio de Jesucristo, así como también la diferencia, por una parte, entre la teología y los diversos gestos, expresiones, formas litúrgicas de la Iglesia, y la fe por otra parte. Catolicismo no es uniformidad, sino comunión basada en la vida trinitaria y "celestial" de Dios en sus santos. La catolicidad de la Iglesia incluye necesariamente expresiones diversas y la pluralidad teológica en la unidad de la fe. A diferencia de la visión uniforme del Nuevo Testamento promovida por muchos teólogos neoescolásticos, que hacían énfasis en que sólo había diferencias superficiales o "cosméticas" en los cuatro evangelios, hay que reconocer una gran pluralidad teológica, no sólo en los cuatro evangelios, sino además en todos los libros del Nuevo Testamento (como en los del Antiguo Testamento también). Ratzinger ha mantenido que la posición generalmente aceptada a través de la historia por muchos teólogos, pero en sí antihistórica, y presente en el Concilio Vaticano I, de San Vicente de Lerins del siglo V -según la cual, la tradición en la Iglesia es lo que se ha creído siempre, en todas partes, y por todos- no solamente es inadecuada, sino que ha tenido unas consecuencias en gran parte perjudiciales para el quehacer teológico necesario en la Iglesia. En esto Ratzinger nos recuerda la posición de Karl Rahner, según la cual, toda declaración dogmática no sólo es el final de un proceso de cuestionamiento y clarificación de la teología de la Iglesia, sino también un comienzo de nuevos cuestionamientos teológicos que requieren nuevas articulaciones y expresiones teológicas. De acuerdo a Ratzinger, la forma antihistórica de entender la tradición estuvo presente en la reacción de la Iglesia, por lo demás justificada, contra el reduccionismo historicista y antropológico del modernismo, en los tiempos de la preponderancia oficial de la neoescolástica durante el papado de San Pío X. El reto que tuvo que enfrentar la renovación

teológica del siglo XX fue la de distinguir entre historicidad e historicismo, y auténtico antropocentrismo cristiano y humanismo meramente subjetivo o ateo. Por otra parte, la teología neoescolástica quería hacerle frente al énfasis protestante de que la historia del cristianismo había incluído un proceso histórico de degeneración o catolicización progresiva que había tergiversado el depósito revelatorio originario del evento Jesucristo. De **historicidad de la fe no significa** que es el resultado en la historia de la reflexión e invención humana, sino que debe experimentarse como don gratuito e inagotable. Contrario a la tendencia congregacional e individualista de los reformadores protestantes del siglo XVI, la fe de la Iglesia no es la expresión de la experiencia de fe individual de los miembros de la Iglesia, algo así como la suma de lo que los miembros de la Iglesia creen, sino al revés, la fe de cada miembro de la Iglesia es por participación en la fe de la Iglesia. Por eso la Iglesia es nuestra madre, y como nos recuerda Karl Rahner, no sólo es importante el sentir con la Iglesia para el crecimiento en la fe, sino que la Iglesia es el horizonte hermenéutico dentro del cual se articula la teología auténtica. Más aún, para Ratzinger, la teología de la Iglesia surgió en el contexto litúrgico de la vida de la Iglesia, especialmente en referencia a las celebraciones bautismales y eucarísticas. De este contexto surgen los símbolos de la fe, o Credos (Ratzinger hace énfasis en el significado de la palabra "símbolo" - que sólo se puede entender destacando la diferencia entre el lenguaje metafórico y el lenguaje analógico). Ratzinger recalca la importancia de las reglas de la fe o dogmas en Irereo (también Tertuliano), de manera que hay que resaltar la necesaria relación entre los dogmas de la fe y la comunión con el magisterio y especialmente con el obispo de Roma. Para Ratzinger, hay una relación necesaria entre entre la sucesión apostólica de los obispos y la comunión y colegialidad episcopal.

4.- Reflexión sobre el contenido de la fe. El Credo

En casi toda su obra teológica, y de manera específica en su libro probablemente más conocido e influyente, *Introducción al Cristianismo* (Einfuhrung in das Christentum), publicado en 1968, Ratzinger nos ofrece una reflexión sobre el contenido de la fe del Credo. La fe, según Ratzinger, versa sobre la exigencia histórico-existencial del ser humano de trascender no sólo hacia el ser absoluto, sino

sobre todo hacia lo definitivo de toda la realidad. El Credo es un sistema lingüístico-simbólico sobre lo que es el misterio dinámico, escatológico e inagotable de la realidad. La eternidad de Dios no es una mera realidad estática sino, como en Santo Tomás de Aguino, la energía o acto infinito, cuya expresión finita es el mundo creado. Lo eterno es un infinito acto de amor recíproco en el que el Padre es en el Otro de sí, y el Otro del Padre, es decir el Hijo, es en el Otro de sí, es decir el Padre. Por tanto, la realidad de los seres creados no es otra cosa que su participación finita en la relación activa e infinita de amor que se da entre el Padre y el Hijo, a saber el Espíritu Santo, y no añade nada a lo que es Dios en sí mismo. Otra manera de ver esto es refiriéndose más directamente al Nuevo Testamento y a la tradición de los Padres de la Iglesia: todo ha sido creado por el Padre en y por el Hijo, a través del Espíritu Santo. Pero de forma más concreta, Dios creó a los seres racionales para salvarlos del pecado. De manera más radical, el fin de la creación es la Pascua de Cristo. Los eventos históricos de la Pascua de Cristo no fueron ante todo algo histórico. sino la expresión en el evento Cristo de la misma realidad del Dios trinitario.

Pues, asociando el pensamiento de Ratzinger al de Hans Urs von Balthasar, Dios es la Pascua eterna y sacrificial del amor kenótico entre el Padre y el Hijo. ¿Cual es la realidad más profunda que está latente en todo pecado humano? El amor Pascual y sacrificial del Dios de Jesucristo. Por eso el centro de la teología y de la fe cristiana es el misterio Pascual del Dios de Jesucristo, misterio celebrado sacramentalmente en la Eucaristía, y en el que se puede dar la comunión profunda con Dios, pues Dios es precisamente eso, el amor hasta la muerte de sí, expresado en la cruz de Cristo, por la gloria y felicidad del otro que se realiza en la resurrección de Cristo. Siguiendo la teología paulina, el bautismo es el sacramento de iniciación que nos introduce en esta realidad celebrada en la Eucaristía. De ahí que, recordando las palabras de Rahner, no se puede, según Ratzinger, separar la trinidad inmanente de Dios en sí mismo de la trinidad económica que es Dios en la medida que es participado por las realidades creadas. Para Ratzinger, como es ya un lugar común en la teología de las últimas décadas, no se puede separar la reflexión teológica sobre la Trinidad de la reflexión teológica sobre Cristo, es decir, la Cristología. Lo oscuro no es el misterio de la realidad divina de Cristo. Pues todo ser hunde sus raíces ontológicas, su propio ser, en el ser de Dios, que es el fundamento más interior y

profundo de la existencia de todo ser. Como era un lugar común en la mística española del siglo XVI, que ha tenido una extraordinaria influencia en el desarrollo de la teología del siglo XX, y recordando a la gran mística de Avila, en lo más profundo del alma humana habita Dios. Lo difícil de comprender no es que Cristo sea Dios en su más profunda realidad personal, sino que siendo Dios la realidad más profunda en todo, se dé el pecado. Así, pues, el misterio del absurdo es el pecado, y el misterio del mal es lo misterioso como oscuro e irracional. Para Ratzinger el misterio trinitario de Dios es misterio en el sentido de ser lo verdadero por antonomasia, lo luminoso que deslumbra y que nunca podremos agotar y abarcar con nuestro entendimiento. El misterio Trinitario y Cristológico de la fe de la Iglesia es lo supra-racional, como nos lo enseñaba Tomás de Aguino (no lo infra-racional). Para Ratzinger el reto del pensamiento teológico y filosófico de la Iglesia en el presente y futuro es el llegar a una comprensión articulada sobre las diversas dimensiones de la realidad a partir de una cosmovisión trinitaria de toda la realidad. Pues el paradigma supremo según el cual la realidad del cosmos creado se puede entender es precisamente el misterio trinitario de la fe. Es importante señalar aquí que la fe trinitaria de la Iglesia no es sobre todo la manera metafórica de hablar sobre la infinitud de Dios. La fe trinitaria versa ante todo sobre la realidad misma de Dios revelada por Jesucristo. El Dios de Jesucristo no es exclusivamente espiritual y ajeno a la materialidad. Pues el Dios de la fe cristiana es un Dios encarnado en Jesucristo. Nuestra propia materialidad participa de la materialidad de Jesucristo. Pues no es Jesucristo el que está hecho a imagen de nosotros, sino más bien nosotros a imagen de Jesucristo. De ahí la importancia del dogma de María como madre de Dios, contra el nestorianismo. De ahí la importancia también de la positividad material histórica de la fe. El cristianismo no es una gnosis o un sistema de ideas, o una mera expresión cultural, sino ante todo la expresión del verdadero significado histórico y escatológico de la existencia humana que se nos da en el don de Jesucristo. De ahí que en Jesucristo descubrimos nuestra propia identidad en la historia. Esta identidad es la de configurar nuestro ser en sí como ser en sí para los otros, acogiendo la misión correspondiente a la vocación irrepetible que todos recibimos en Jesucristo. Vivir en estado de misión nos ilumina sobre el sentido de la libertad humana. No se es libre primero, para después decidir de la vida, sino que se

decide uno por el amor, el amor de Dios en Jesucristo, y este amor es la verdad que nos hace libres. En otras palabras, la libertad es un aspecto del amor. Lo racional es el amor, pues la verdad del intelecto es el amor. Para Ratzinger, y al riesgo de repetirnos, el amor es sacrificial o no es amor. Es pues nuestra participación en la cruz de Cristo en que realizamos el amor de manera auténtica. Pensar en que puede haber progreso verdaderamente humano en la sociedad, ya bien sea en las relaciones sociales, políticas, o económicas, sin el amor personal, sacrificial y participativo del amor pascual de Cristo, está en contradicción con la revelación de Dios en Jesucristo y constituye una extraordinaria osadía que nos hace creernos más poderosos que Cristo. Esto es muy importante para Ratzinger en su refutación de las promesas utópicas de las diversas utopías e ideologías puramente humanistas, ya bien sea de corte individualista o de corte socialista.

5.- Reflexión sobre la Iglesia. Ideas eclesiológicas

La Iglesia debe apuntar siempre, y de manera dinámica, hacia lo que la trasciende, y debe estar constantemente en actitud de escuchar lo que está más allá de sí y es la palabra escatológica de Dios (frente a cualquier reduccionismo antropocéntrico, culturalista o individualista). El Concilio de Trento había hablado de tradiciones y de sacramentos. El Concilio Vaticano II y muy especialmente el teólogo dominico francés, Yves Congar, enfatizaron el contexto total de la Iglesia para leer las escrituras, según el cual, la tradición de la Iglesia (no simplemente las diversas tradiciones de la Iglesia) es transmitida no sólo en las enseñanzas de la Iglesia, sino en su vida total, particularmente en su culto y liturgia. Así pues, la tradición es, para Ratzinger, la perpetuación de todo lo que es la Iglesia y lo que cree. En este sentido no es tanto que se da la tradición en la Iglesia, y menos que se dan tradiciones diversas en la Iglesia, sino que la misma esencia de la Iglesia es ser tradición. En este sentido, Ratzinger nos recuerda que la Iglesia siempre está en estado de conversión y de renovación (Ecclesia semper reformanda). Esto no quiere decir que no haya estabilidad en la Iglesia, especialmente en la liturgia pública de la Iglesia. Hay que recordar aquí que, tras las expresiones cambiantes de la historia, Jesucristo es el alfa y el omega de la historia, el mismo ayer, hoy

y siempre. Pero lo estable necesario en la Iglesia está enmarcado en orden a la continua peregrinación de la Iglesia en la historia hacia la parusía no calculada por las meras expectativas humanas. Como decía Oscar Cullman, el Reino ya ha llegado, pero todavía no, pues aunque los cristianos ya celebramos nuestra comunión en Jesucristo, todavía Jesucristo no ha llegado al final de los tiempos dando plena realización a la creación. Puesto que la tradición necesariamente se enraíza en el devenir histórico y la historia está marcada por el pecado y las limitaciones de la finitud de todo lo creado, hay que reconocer que ciertas prácticas y enseñanzas de la Iglesia pueden ser renovadas, o inclusive corregidas, en la medida que su sentido inicial no fue del todo adecuadamente articulado doctrinalmente (pues las categorías y formas del pensamiento también tienen su historia compleja y tortuosa que llegan a su plenitud sólo con la claridad definitiva de la parusía). Además estas prácticas y enseñanzas de la Iglesia o pueden ser renovadas o corregidas también en la medida que hayan ido perdiendo vigencia, o inclusive se conviertan en un estorbo para las exigencias siempre cambiantes de la historia. Pues los aspectos esenciales de la vida de la Iglesia que no cambian siempre vienen acompañados de los coyunturales y meramente históricos. Ahora bien, para Ratzinger, los cambios en las meras estructuras gubernamentales eclesiásticas no son los que conllevan la renovación eclesial profunda y necesaria. Para Ratzinger, las grandes renovaciones de la Iglesia se basan en los carismas del Espíritu Santo y en las iniciativas proféticas de los santos. La Iglesia como comunión fundada en los sacramentos requiere de la función del sacerdocio ministerial y de la jerarquía. La Iglesia es el pueblo de Dios en la medida que es el Cuerpo de Cristo. Como pueblo de Dios, la Iglesia incluye a todos sus miembros, que como la comunidad escatológica, es la expresión de la comunión fundada en la participación en el cuerpo de Cristo, especialmente, en la Eucaristía. La celebración Eucarística significa la realidad escatológica por la que la realidad se transforma en la realidad de la Pascua de Cristo. Así pues, la trans-substanciación del pan y del vino en la realidad de Jesucristo, significa lo que realmente está pasando en la historia del cosmos, a saber, la transformación escatológica de todo en el cuerpo de Cristo. De ahí que nuestra participación en la Eucaristía nos compromete en la misión de transformar este mundo hacia los misterios pascuales de Cristo. Para Ratzinger, el obispo no es obispo

44

por sí mismo y de manera individual, sino sólo en comunión con todos los obispos de todos los tiempos de la Iglesia, y que son sucesores de los apóstoles, con los que están también en comunión. Los apóstoles fueron auténticamente apóstoles por su comunión con los Doce en comunión con Pedro. Los obispos, en sucesión de los Apóstoles, forman un colegio en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma. Como hemos visto ya, todo sacerdocio en la Iglesia es un ministerio, un servicio, que sólo realiza la acción del verdadero sujeto de la Iglesia ministerial, a saber, Jesucristo. Así pues, el sacerdocio ministerial necesario en la Iglesia está ordenado hacia el servicio del sacerdocio universal de los bautizados. La necesaria complementariedad entre bautizados y clero no es simétrica, pues el clero está para servir lo decisivo en la vida de la Iglesia, a saber, los carismas del Espíritu Santo con los que se nutre y enriquece la comunión y la actividad histórica de la Iglesia.

6.- Reflexión sobre la escatología

Ratzinger rechaza la tendencia a identificar la esperanza cristiana con el progreso humano material, sociológico o tecnológico. El ser humano no puede lograr la unidad y la armonía social por su propia cuenta. No puede realizar por su cuenta la reconciliación sin la cual no se pueden destruir las enajenaciones injustas de la opresión de unos por otros. El ser humano necesita la reconciliación y el perdón de Dios para realizar la armonía social de la auténtica paz y justicia a las que aspira. Para salir del pantano del pecado y la injusticia, el ser humano no puede simplemente tratar de no ahogarse en el lodo tirándose de los pelos de la cabeza. Debido al pecado original, y a los pecados de la historia, el ser humano es incapaz de realizar inclusive lo que en principio es de la competencia de su naturaleza y de la ley **natural.** De ahí que el ser humano concreto y auténtico no sólo es la búsqueda de sentido definitivo en Dios, que es el soberano bien, sino la sed de salvación que sólo Dios puede darnos, y que de hecho nos da en Jesucristo. Para Ratzinger, todas las culturas, y todas las civilizaciones y religiones de la historia son un velado anuncio de Jesucristo, en quien todos los logros humanos encuentran su plena realización y perfección. La proclamación del mensaje de salvación que realizó Jesús de Nazaret estuvo enmarcada en un entorno de expectativa escatológica, al que hemos aludido

anteriormente. Jesús es, como nos recuerda Ratzinger, el profeta definitivo de Israel que es el vehículo de la iniciativa de Dios al final de la historia a favor de Israel, y a través de Israel, a favor de todos los seres humanos. En otras palabras, Jesús vino a su pueblo judío para dar cumplimiento definitivo a las promesas universalizantes hechas por Dios a ese pueblo. Este cumplimiento definitivo de la historia no se identifica con el mismo desenvolvimiento histórico, sino que es su realización escatológica y supra-histórica. Relacionado a este punto, Ratzinger rechaza la identificación que algunos teólogos de la liberación de América Latina, y de la llamada teología política alemana, hacen entre historia humana e historia de la salvación. La historia de la salvación está, a cada momento de la historia, más allá de la historia, aunque en definitiva, es la que le da el verdadero sentido a la historia. Así pues, la escatología cristiana, que es la que guía a los cristianos en la historia, no se identifica con la mera construcción del reino de este mundo. Precisamente por ello, a partir de la fe escatológica cristiana, es que todos los intentos políticos, filosóficos y sociológicos que están ordenados hacia el progreso humano pueden ser evaluados con una visión crítica y profética que los trasciende. Siguiendo a San Agustín, para Ratzinger, el cristiano vive en presencia de la comunidad de los santos. Con su identificación con la cruz de Cristo, el cristiano anuncia que la verdad definitiva del ser humano está más allá de los logros temporales, y que en definitiva, el fin último de todos ahí su énfasis en dos fuentes diversas, pero originarias y suplementarias, de la revelación: la tradición y las escrituras. Ratzinger nos recuerda, sin embargo, que la estos logros temporales es el don de la vida eterna de comunión en el Dios de Jesucristo. En cuanto al sentido de la muerte personal de todo ser humano, Ratzinger apela explícitamente a las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino, para quien el alma humana es la forma substancial del cuerpo y que trasciende al cuerpo, siendo aquello por medio de lo cual el compuesto humano de alma y cuerpo tiene su acto de existencia. Así pues, el alma no depende para existir del cuerpo humano, sino al revés, es el cuerpo humano el que participa del acto de existencia del alma humana. Con la muerte, es el cuerpo que comienza a descomponerse por no ser informado ya por el alma humana que sobrevive a la descomposición del cuerpo con su propio acto de existencia. Pero como lo propio del alma es informar un cuerpo, con el que el alma se concretiza como persona individual, la separación del cuerpo implica

para el alma una deficiencia a causa de la cual el acto de existencia del alma no podría individualizarse o concretarse de forma personal. Esta deficiencia es suplida por el Dios de Jesucristo. Al fin y al cabo, la muerte, a pesar de ser una experiencia única de cada ser humano, no es necesariamente un evento de aislamiento radical e impersonal, sino la posible participación precisamente en la comunión con la muerte y resurrección de Cristo. Al fin y al cabo, las almas de los que están en el cielo no están del todo desprovistas de la corporalidad, pues están en Jesucristo resucitado, en quien todos los cuerpos encuentran su plena realización al final de la historia en la resurrección universal de los muertos. Los que están en comunión con Cristo en el cielo constituyen la comunidad celestial de los santos que, como hemos visto, es la realidad más profunda de la Iglesia. De ahí que los santos de ninguna manera han perdido su relación con la historia temporal. Al contrario, a ellos se les puede invocar en la oración e interceden por nosotros, especialmente la Virgen María. El purgatorio es el estado en que los muertos se purifican de toda resistencia a morir del todo a sí mismos por amor, es decir, a toda resistencia a morir en la cruz de Cristo, sin lo cual no se puede participar plenamente de la realidad de la resurrección de Jesucristo. ¿Qué se puede decir del infierno? Que es una realidad posible debido al respeto que tiene Dios a la libertad humana. Pues todos estamos llamados a vivir en el amor de Dios, pero el amor es libre o no es amor. Ya hemos visto anteriormente que el mal es lo irracional, lo absurdo y oscuro o tenebroso. El infierno es, por tanto, la posibilidad real de lo absurdo e irracional por antonomasia, que siempre amenaza a la existencia humana en la historia, y que refleja paradójicamente la exigencia radical del ser humano de perseguir el verdadero sentido y auténtica razón de su misma existencia.

7.- La Liturgia

La liturgia es para Ratzinger el corazón de toda renovación genuina en la Iglesia. La liturgia es ante todo la obra de Dios, "opus Dei". La liturgia es un reflejo de la liturgia celestial. No es el resultado del esfuerzo humano por relacionarse con Dios, sino su participación en la gracia de Dios, en su vida trinitaria a la que nos llama a participar por nuestra comunión en Cristo que es un don para nosotros. La

liturgia cristiana es, por lo tanto, esencialmente trinitaria. Ratzinger, como muchos otros teólogos asociados a la renovación del Concilio Vaticano II, señala que la liturgia cristiana nos recuerda la manera adecuada de relacionarnos con Dios. Así pues, de acuerdo a la fe trinitaria cristiana, no es tanto que el ser humano se relacione con Dios, sino que en Jesucristo se relaciona con el Padre, insertado así en la misma relación interior y trinitaria entre el Padre y el Hijo. La liturgia cristiana no está constituida, pues, por una simple relación entre Dios y el ser humano, sino que es la elevación del ser humano a una relación que le trasciende y le diviniza. Es por esto que Ratzinger critica todo reduccionismo antropocéntrico en las celebraciones de la liturgia, especialmente en la Eucaristía. Puesto que la liturgia cristiana está llamada a divinizar, a partir del don del Dios en Jesucristo, Ratzinger acentúa la exigencia que los gestos, ritos, lugares y la música de la liturgia no sean entendidos como la expresión meramente existencial o arbitraria de los miembros de la congregación litúrgica o de los ministros oficiales de la Iglesia. Seguir las normas establecidas por la Iglesia nos recuerda que la liturgia es una celebración de comunión eclesial y que es la expresión de la sacramentalidad de toda la Iglesia como tal, de la catolicidad de la Iglesia. Así pues, cuando la celebración eucarística, que es la liturgia por excelencia de la Iglesia, se realiza, está realmente presente toda la Iglesia. Para Ratzinger, pues, la liturgia no es la celebración solamente de nosotros mismos cuando participamos en una celebración litúrgica, sino más bien de la realidad trinitaria de toda la Iglesia en la que participamos. Por ello, Ratzinger ha expresado sus reservas sobre la celebración de la Eucaristía post-conciliar en que el sacerdote-celebrante oficia de cara a la congregación. Según Ratzinger, el peligro en esto es precisamente olvidar que la liturgia no es la celebración de la congregación y el sacerdote-celebrante, sino que trasciende a éstos, y que como sacramento de nuestra divinización, debe simbolizar e indicar de diversas maneras que esta divinización es un don que nos transforma hacia algo que nos viene y se nos da como don. De ahí que Ratzinger piensa que el ideal (no necesariamente posible de manera física hoy en día) de la celebración eucarística es que todos los participantes en ella estén orientados hacia el oriente, de donde surge la luz del sol, y

que en las liturgias de los primeros tiempos de la Iglesia simbolizaba el don de la luz de Cristo que vencía a las tinieblas del pecado y que era el resplandor de la gloria del Padre. En todo esto, lo decisivo para Ratzinger es señalar en la liturgia eucarística que la victoria de Cristo sobre las tinieblas del pecado es una transformación cósmica por medio de la cual todo es recreado de nuevo por el poder de la resurrección de Jesucristo. Al fin y al cabo, no sólo el pecado es una realidad con consecuencias sociales y cósmicas, pero también la salvación es algo universal que no se puede restringir al mero individualismo o particularismo de las decisiones de este o aquel grupo eclesial. Más aún, la sacramentalidad de la Iglesia, en la que se basa la liturgia de la Iglesia, exige la existencia del sacerdocio ministerial y sacramental del orden. No que este sacerdocio le dé más dignidad al clero que a los laicos. Al contrario, por ser precisamente el sacerdocio ministeral y oficial de la Iglesia algo sacramental, los clérigos, en cuanto ejercen su actividad en la Iglesia como sacerdotes ministeriales y oficiales de la Iglesia, son meros instrumentos de algo que les trasciende, y que es expresión de la gracia salvífica del Dios de Jesucristo.

San Benito

No anteponer nada al amor de Cristo

Nihil amor Christi praeponere. Esta repetida Indicación de la regla une al Papa Benedicto XVI Con el santo patrono de Europa. Un articulo del Abad del monasterio de Santa Escolástica de

Subjaco



«Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo... Necesitamos hombres como Benito de Nursia, quien en un tiempo de disipación y decadencia, penetró en la soledad más profunda logrando, después de todas las purificaciones que tuvo que sufrir, alzarse hasta la luz, regresar y fundar Montecassino, la ciudad sobre el monte que, con tantas ruinas, reunió las fuerzas de las que se formó un mundo nuevo. De este modo Benito, como Abraham, llegó a ser padre de muchos pueblos». Cuando el 1 de abril de 2005 el cardenal Joseph Ratzinger concluyó con estas palabras su conferencia en Subiaco titulada "Europa en la crisis de las culturas", nadie se imaginaba lo que iba a pasar al cabo de poco.

El día siguiente moría el amadísimo papa Juan Pablo II y pocos días después, el 19 de abril, el cardenal Ratzinger era elegido Obispo de Roma y, por tanto, supremo pastor de la Iglesia católica con el nombre de Benedicto XVI.

Con este nombre el Papa se unía a su predecesor Benedicto XV, comprometido en la defensa de la paz y en la evangelización de todo el mundo, y, de manera especial, a san Benito, legislador del monaquismo occidental y patrono de Europa. Su devoción personal y el hecho de compartir esa profunda espiritualidad expresada por la repetida cita del capítulo 4, 21 de la Regla –«Nihil amori Christi praeponere»— unen al Santo Padre con el santo de Nursia.

Todo esto ha hecho que muchos sientan el deseo de conocer un poco mejor la figura y la obra de san Benito, figura tan alabada como poco conocida por la aparente distancia que la separa de la vida común y la lejanía cronológica.

De san Benito sabemos lo que nos dice el Papa Gregorio I Magno (590-604) en el *Segundo Libro de los Diálogos* y poseemos un sólo escrito autógrafo, la *Regula monachorum*.

Benito nació en torno al 480 en Nursia. Tras un periodo de estudios en Roma se retiró a Subiaco donde vivió durante unos tres años como ermitaño en una cueva cerca del monasterio del monje Romano. Alrededor del 500 comenzó a recoger discípulos fundando, en las ruinas de la Villa neroniana, trece monasterios de doce monjes cada uno, reunidos en torno a un abad, según el modelo apostólico. Varios hechos y una nueva visión de la vida monástica como única familia en torno a un único abad hacen que en el 529 deje Subiaco y vaya a Montecassino donde funda esa "Ciudad sobre el monte" orgullo de toda la tradición monástica. Allí, mientras rezaba de pie sostenido por dos discípulos, murió el 21 de marzo del 547.

Hoy san Benito es conocido como patrono de Europa, pero hay aspectos de su historia personal y de los fines de su obra que pueden hacer difícil comprender la congruencia de este patronato.

En efecto, cuando nació san Benito, hacía poco que había desaparecido el Imperio romano de Occidente y la Europa romanizada estaba dividida en numerosos principados locales en guerra con la parte latina y a menudo también entre ellos. Habrá que esperar los siglos VIII y IX para encontrar de nuevo el proyecto de algo que hiciera referencia a una unidad territorial "europea".

Además, san Benito vivió toda su vida en una región circunscrita en torno a Roma y, aunque tenía relaciones con personas importantes de la época, no consta que haya viajado o conocido otros contextos culturales.

En fin, el objetivo de la institución que concibió san Benito no pretendía reactivar la antigua cultura o renovar el impulso misionero de la Iglesia en medio de las tribus bárbaras, esfuerzos intentados por otras realidades monásticas contemporáneas, sino que pretendía favorecer la búsqueda de Dios como único fin de la vida. "Quaerere Deum", este es el ideal que san Benito propone al hermano que pide entrar en el monasterio, y para favorecer esta búsqueda organiza la comunidad en torno a la lectura meditativa de las Sagradas Escrituras, a la oración y a ese conjunto de actividades que permiten la vida práctica y el desarrollo de las relaciones de caridad fraternal.

¿Dónde está Europa en todo esto? ¿Dónde ese programa realizado de integración entre romanidad y mundo germánico y eslavo?

En ninguna parte de modo consciente, en todas y cada una de sus partes como premisa y raíz.

La búsqueda seria de Dios supone, para el monje cristiano, el conocimiento de esos insustituibles documentos de la fe que son las Sagradas Escrituras. En el armarium de la sacristía, núcleo de las bibliotecas monásticas, se conservan además de los códices litúrgicos también los que contienen la Biblia y los principales comentarios de los Padres de la Iglesia. Muy pronto la necesidad de comprender mejor el texto sagrado hará que los monjes profundicen también en los conocimientos gramaticales y sintácticos que solamente podían adquirir con el estudio de los autores clásicos y de sus métodos de interpretación. Todo esto llevó a ese admirable fenómeno de la conservación de la cultura antigua, cuyo mérito aún atribuimos al monaquismo. Sin embargo, a menudo se olvida que en el ardor del debate que se daba en las escuelas monásticas se desarrolló una teología particular, que el padre Jean Leclercq llamará «sapiencial», heredera de la gran tradición patrística y fuertemente modelada por la praxis de la lectio divina, donde el fin del alimento espiritual triunfará siempre respecto a la academia especulativo-científica.

La verdad captada en la meditación de la página sagrada brilló pronto en la creación artística más variada y original. Los amanuenses de los códices litúrgicos y bíblicos instituyeron el uso de adornar los textos con espléndidas miniaturas, verdaderas pausas meditativas y explicativas. Igualmente los arquitectos de las basílicas y de las iglesias monásticas hallaron el modo de utilizar los recursos más variados para replantear la misma verdad evangélica. ¿Acaso no son verdaderas meditaciones de la Palabra hechas con la piedra ciertos capiteles románicos? ¿Qué son los grandes ciclos de frescos de las iglesias si no modos para poner a todo el mundo en la condición de acercarse al texto sagrado y por ello justamente definidos Biblia pauperum? ¿Qué es el canto gregoriano si no la expresión lograda de una meditación musical de las Sagradas Escrituras?

A partir de finales del siglo VIII y de manera más convencida y sistemática en las primeras décadas del siglo IX, todo esto, impulsado por la corte carolingia gracias a la obra de Alcuino y de san Benito de Aniane, se convertirá en patrimonio de todos y, en el esfuerzo de dar

unidad cultural al renovado Imperio, en humus de la renaciente cultura europea. Los castillos, las catedrales y los centenares de monasterios diseminados más allá del Rin y del Vístula serán las cabezas de puente y los centros vitales de ese apasionante periodo histórico que, pese a las sombras del siglo X, dará sus frutos mejores en el gran florecimiento de la Edad Media.

También las exigencias de la vida comunitaria hicieron que se desarrollaran o afinaran algunas categorías que serán fundamentales para la integración de los pueblos nuevos con el clasicismo y para su crecimiento humano.

En primer lugar, la concepción del tiempo y del espacio. A los nuevos pueblos, generalmente nómadas, acostumbrados a vivir bajo el cielo y en el horizonte de una tierra que recorrían con sus flechas y caballos, los monasterios ofrecían el ejemplo de una vida comunitaria donde las distintas ocupaciones —la oración, el estudio, el trabajo, la refacción, el debate, el descanso, etc.— tenían lugar en los tiempos fijados y en los lugares establecidos. Nunca se podrá calcular totalmente la fuerza civilizadora y educadora de esta activa regularidad que desde los monasterios se difundirá por todas parte con los tañidos severos de la campana llamando a las varias ocupaciones: «Porque el ocio es enemigo del alma».

San Benito advierte al abad que siempre ha de tener en cuenta que debe guiar no a gente fuerte o perfecta, sino a personas débiles o pecadoras. De aquí nace la preocupación de poner atención a las exigencias de cada uno y, sin olvidar el deber de orientar a todos según la Regla, no hacer que ésta se convierta en un obstáculo para nadie. Sería largo enumerar los muchísimos casos en que la dialéctica entre observancia literal y legítima excepción se resuelve, a juicio del abad, en la elección de la solución más atenta a la necesidad concreta del individuo o de la comunidad. De este modo, respetando siempre la paternidad del abad, expresión de la paternidad divina, el monje se percibe como persona portadora de su propia dignidad inalienable, con precisos derechos y deberes que derivan de la ley divina y que la Regla reconoce. No cabe duda de que el camino hacia la moderna concepción de la persona y de las justas relaciones con la autoridad es aún largo y ha de pasar por situaciones históricas dolorosas; sin embargo, hay aquí una base fundamental porque somos todos hijos de un único Padre y somos todos hermanos en Cristo aunque desempeñando papeles comunitarios distintos.

En fin, ¿podríamos olvidar la nueva dignidad que la Regla da al

trabajo manual? Sabemos que en la antigüedad se consideraban dignas del hombre libre solamente las actividades relativas al gobierno y las intelectuales y, en los nuevos pueblos, las de la guerra. Frente a esta mentalidad los monasterios, a menudo formados por monjes que procedían de patriciado antiguo o de la nueva nobleza, ofrecían el testimonio de un trabajo manual asumido como disciplina y como instrumento de adaptación de la realidad circunstante a las exigencias de la comunidad, según el principio: «Cada uno viva de su propio trabajo». También en este terreno, según las complejas contingencias históricas, la familia benedictina ofrecerá aportaciones fundamentales para la Edad Media europea.

Estos grandes rasgos nos hacen comprender que la construcción de Europa está inseparablemente unida a la fuerza irradiante y estructurante de la intuición espiritual de san Benito. Una convincente actualización de la fe evangélica que, casi naturalmente, se hace cultura y levadura de opciones sociales que, permítanme la expresión quizás algo atrevida, dejarán entrever del siglo XI al XII –la época de Cluny y de Cîteaux— el sueño realizado de una Europa civilizada y unificada en el nombre de Cristo.

Para terminar, quisiera volver a esa expresión que el Santo Padre gusta de repetir: «Nihil amori Christi praeponere». Como ya he dicho, esta frase, pero preferiría decir este programa de vida, se encuentra en la Regla de san Benito, quien, a su vez, la toma del célebre comentario al Padrenuestro de san Cipriano, obispo de Cartago y mártir. Una expresión que funde la espiritualidad de los mártires con la de los monjes. Creo que nuestro tiempo es sensible como pocos otros a la fascinación de este mensaje. Cuando el Papa Juan Pablo II señalaba a todos el reto de buscar y vivir una santidad alta, invitaba a recorrer los senderos de la verdad y del valor, precisamente como los monjes y los mártires.

Como los monjes de todos los tiempos, también nosotros debemos buscar con confianza y tesón la verdad, sin cansarnos o asustarnos de recorrer en toda su complejidad los senderos de la cultura moderna, a veces fragmentarios o interrumpidos, pero siempre cargados de humanidad, «per ducatum Evangelii».

Y una vez que la verdad nos ha sorprendido y conquistado, no debemos tener miedo ni desazón a la hora de proponerla y testimoniarla. No lo haremos para afirmar una convicción nuestra, sino para documentar la existencia de un amor que a todos nos precede, a todos nos sostiene, a todos nos espera, imitando así a las

comunidades monásticas medievales que, cerca de las grandes ciudades o perdidas en medio de los bosques, situadas dentro de contextos cristianos o diseminadas por tierras paganas hostiles o indiferentes, mantenían su "paso" hecho de oración, estudio, trabajo y amor en espera de...

La presencia de los cristianos en Tierra Santa es más necesaria que nunca

CTS Noticias.

Al promover la tradicional colecta del Viernes Santo en todas las diócesis del mundo a favor de Tierra Santa, la Santa Sede asegura que la presencia de los cristianos en los Santos Lugares es más necesaria que nunca, en particular para la paz. Así lo explica el cardenal Ignace Moussa Daoud, prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, en la carta que ha enviado a todos los obispos del mundo con ese motivo.

Cuaresma, 2006

CONGREGATIO PRO ECCLESIIS ORIENTALIBUS

Excelencia Reverendísima,

Al inicio de la Cuaresma, esta Congregación, que, por explícito mandato de los Sumos Pontífices, tiene la responsabilidad de sensibilizar y promover todo tipo de iniciativas e intervenciones en favor de los Lugares Santos, se dirige a las Conferencias episcopales, y a los Obispos en singular, para encarecer vivamente la tradicional Colecta "pro Terra Sancta". Desde siempre los Romanes Pontífices han reservado la máxima solicitud a aquellas comunidades cristianas. Lo demuestra claramente la larga serie de documentos dados en el curso de los siglos. Merecen ser recordadas las innumerables intervenciones del Siervo de Dios Juan Pablo II, relativas a la situación del Medio Oriente, y en especial de Tierra Santa -involucrada en una crisis que registra cada día inauditos sufrimientos-. La Tierra Santa continua siendo, en efecto, teatro de un conflicto que se prolonga desde hace décadas y que priva a las comunidades y a las instituciones católicas de los medios adecuados para el mantenimiento y la promoción de las actividades religiosas, humanitarias y culturales. Esa dolorosa situación provoca pobreza y paro, con duras consecuencias para las familias y para el conjunto de la población. Y alimenta el preocupante fenómeno del éxodo de los cristianos, sobre todo de los matrimonies jóvenes, que no se encuentran con prospectivas de un futuro seguro y digno. Sin

embargo, la presencia de los cristianos en Tierra Santa hoy es mas necesaria que nunca para lograr un futuro pacifico de aquella área y también para el bien de toda la Iglesia universal, que ha de encontrar presentes en los Lugares Santos comunidades vivas que profesan la fe evangélica. El Santo Padre Benedicto XVI, en la Audiencia a los participantes en la Asamblea de la "Reunión de las Obras en Ayuda de las Iglesias Orientales" ("Riunione delle Opere in Aiuto alle Chiese Orientali, R.O.A.C.O.), el 23 de junio de 2005, ha subrayado, en cualquier caso, que "algunos signos positivos, que nos llegan en estos últimos meses, hacen mas fuerte la esperanza de que no tarde en acercarse el día de la reconciliación entre las diversas comunidades presentes en Tierra Santa; y por esto no cesamos de rezar con confianza". Esta es, pues, la apremiante responsabilidad de la Iglesia universal con respecto a la Iglesia Madre de Jerusalén, "hacia la cual todos los cristianos tienen una deuda que no puede ser olvidada", según las mismas palabras del Papa. En toda ocasión posible el Santo Padre ha confirmado su afecto y pedido la oración por Jerusalén y por toda la Tierra Santa. En la Audiencia general del miércoles 12 de octubre de 2005, comentando el salmo 121 con los Padres de la Iglesia, para quienes la Jerusalén antiqua era signo de la definitiva concordia universal, subrayo la peculiar misión ecuménica e interreligiosa de la Ciudad Santa: "Así crece la Iglesia como una verdadera Jerusalén, un lugar de paz. Pero también queremos rezar por la Ciudad de Jerusalén, para que sea siempre más un lugar de encuentro entre las religiones y los pueblos; para que sea realmente un lugar de paz". Y en el mensaje Urbi et Orbi de su primera Navidad, invocó al Niño de Belén para que "infunda valentía a los hombres de buena voluntad, que trabajan en Tierra Santa, en Irak, en el Líbano, donde las señales de esperanza, que tampoco faltan, están a la espera de ser confinadas comportamientos inspirados en la lealtad y la sabiduría". Se convierte, por tanto, en un deber, para todos los católicos del mundo, el acompañar con la oración y la solidaridad concreta a las comunidades cristianas de aquella Tierra bendita. A usted, a sus directos colaboradores y a todos los sacerdotes, religiosos y fieles que prestan su colaboración para que se realice del mejor modo la Colecta del Viernes Santo, tengo el honor de transmitirles los sentimientos de la mas viva gratitud del Santo Padre Benedicto XVI, junto con mi reconocimiento y el de la Congregación para las Iglesias Orientales. Invoco copiosas bendiciones divinas para usted 57

y la comunidad eclesial que tiene encomendada, y fraternalmente me confirmo, suyo devmo.

Ignace Moussa Card. Daoud Patriarca emérito de Antioquia de los Sirios, Prefecto

Custodia de Tierra Santa: breves noticias.

Actividad pastoral.

La actividad pastoral de los franciscanos se desarrolla en 29 parroquias y en numerosos templos dependientes de las parroquias, iglesias y capillas. A este respecto se debe recordar que la Custodia tiene a su cuidado las tres parroquias mas grandes de toda la Tierra Santa, es decir, Jerusalén, Belén y Nazaret. Los franciscanos, además, tienen una presencia parroquial enraizada también en Siria y el Líbano, tanto en las grandes ciudades como en los pueblos mas pequeños. Atender a las parroquias árabes es, en consecuencia, una de las mas importantes labores de la Custodia de Tierra Santa. Las actividades que se desarrollan en estas comunidades de lengua árabe son sustancialmente iguales a las de cualquier otra parroquia: categuesis, celebración de los sacramentos, acompañamiento de los jóvenes, Orden Franciscano Secular, asociaciones, movimientos, momentos de encuentro y acogida, animación, dirección espiritual, actividades sociales y de apoyo. Las parroquias franciscanas nacieron para asistir a los fieles de rito latino presentes en la región, y durante algunos siglos los frailes franciscanos fueron los únicos pastores de almas para estos fieles. Junto al plurisecular y consolidado cuidado pastoral de los fieles árabe-cristianos de la región, en los últimos años han surgido dos nuevos retos, ante los que la Custodia ha reaccionado invirtiendo nuevas energías. Estamos hablando de los fieles cristianos de lengua hebrea y de los fieles inmigrantes de varias proveniencias. Los miembros de la Qehillah, la comunidad católica de lengua hebrea. mayoritariamente hebreos convertidos a la fe católica. Conservando sus raíces hebraicas, ven en la Iglesia católica la culminación de su camino espiritual. Además de estos, hay otros fieles que no son 58

hebreos pero que viven en el ambiente israelí y que por consiguiente hablan el hebreo. Para estas personas la Custodia se ha ocupado en abrir, en la ciudad nueva de Jerusalén, una casa dedicada a los Santos Simeón y Ana. En ella se celebra la liturgia en lengua hebrea, hay tiempos de oración y catequesis, actividades con jóvenes, encuentros con familias. La actividad de la comunidad esta orientada al encuentro y al dialogo. También en la ciudad de Jaffa la Custodia trabaja en la misma dirección.

Opción por los pobres.

Los peregrinos que van a Tierra Santa se encuentran con los franciscanos casi exclusivamente en los Santuarios, y no siempre se dan cuenta de su presencia en el campo pastoral y, quizá menos aun, de su diligente trabajo en favor de los estratos sociales mas pobres de la población, cristiana y no cristiana. En realidad, también mas alía de la custodia y animación de los Santuarios, el servicio pastoral de los franciscanos es amplio y laborioso. Pongamos solo uno de los ejemplos mas significativos. La Custodia ha instituido y sostiene desde hace varíes siglos la "Obra de las casas y los alquileres", cuyo fin es ayudar a los mas pobres, contribuyendo a la solución del problema fundamental de la vivienda. En las peculiares circunstancias de la Tierra Santa, esa obra pretende consolidar las comunidades cristianas de los Lugares Santos. La particular situación política creada por el conflicto árabe-israelí ha producido y produce un consistente éxodo de la población local árabe-cristiana. Actualmente la Custodia ofrece, solo en Jerusalén, alrededor de 350 casas, por las cuales los inquilinos pagan una cifra proporcionada a sus ingresos, aunque en todo caso inferior a los alquileres normales. Otras viviendas son tomadas en arriendo por la Custodia y ofrecidas gratuitamente a los pobres. Además los franciscanos han construido diversos apartamentos en Beit-Hanina (Jerusalén) y los han dado a familias cristianas que pagan un tercio del arrendamiento normal. En este mismo frente, los franciscanos están empeñados, con no pocas dificultades, también en Belén y, en Betfagé, en el Monte de los Olivos. En esta dirección la Custodia ha puesto siempre sus esfuerzos no solo en proteger los Santuarios en el sentido físico de la palabra, sino también en preservar "las piedras vivas" de la Tierra Santa, es decir, las comunidades cristianas locales.

Formación de los jóvenes.

Como un compromiso abierto a la opción por los pobres y, al mismo tiempo, a la formación cultural de los jóvenes cristianos, es como la Custodia ve las Bolsas de Estudio, concedidas a jóvenes cualificados, de ambos sexos, que quieren proseguir sus estudios superiores en Institutos universitarios. Fiel ha su pasado, en que estuvo dedicada a la actividad pedagógica, la Custodia tiene todavía hoy escuelas y colegios eficientes y apreciados, abiertos a todos los chicos, sin ninguna distinción de religión, nacionalidad o raza. Las diversas condiciones sociopolíticas de la vasta área comprendida por la Custodia determinan una concurrencia diversa de una nación a otra. Las posibilidades de los alumnos son frecuentemente muy modestas: muchos alumnos pertenecen a familias indigentes y son acogidos gratuitamente, también en los cursos posteriores a la escuela obligatoria. Pero, no obstante las dificultades, la Custodia sigue fiel a la opción por los pobres, en sintonía, por lo demás, con lo que ha sido su tradición. Estas escuelas se encuentran en Israel, Palestina, Jordania, Chipre y Líbano. Las numerosas escuelas y los colegios cuentan con alrededor de 10.000 alumnos entre católicos (latinos, griegos, armenios, sirios, coptos, maronitas, caldeos), no católicos y no cristianos. El porcentaje de alumnos cristianos esta en tomo al 60%. La presencia de varias denominaciones de cristianos y de no cristianos hace comprender cuanto espacio y cuanta dedicación esta llamada a ofrecer la Custodia para la actividad de la evangelización y de la "nueva evangelización". Digna de mención es también la actividad del Institute "Magnificat": iniciado en 1995 con el objetivo de preparar músicos expertos -instrumentistas y cantores para los Santuarios y las iglesias de Tierra Santa-, de inmediato demostró ser una escuela capaz de formar jóvenes músicos altamente cualificados. Además, este Instituto se ha revelado un medio propicio para el encuentro de personas de diferente proveniencia: entre los estudiantes y profesores, en efecto, hay hebreos, musulmanes y cristianos de todas las confesiones, unidos por la misma pasión por la música y el canto.

Al servicio de los peregrinos.

Uno de los campos a los que desde siempre se ha dedicado la Custodia es el de la animación espiritual de los peregrinos de todo el mundo. Muchos religiosos se ocupan en acoger y en servir como

guías a los diversos grupos. Además, con el fin de dar una mejor hospitalidad a los peregrinos, la Custodia continua con la tradicional actividad de las "Casas Nuevas". Se trata de centres de acogida y de reposo presentes en Jerusalén, Belén, Nazaret, Tiberíades y Monte Tabor, que están debidamente modernizadas y se cuida siempre de hacerlas mas acogedoras. La Custodia, en fin, organiza directamente ella misma peregrinaciones desde todo el mundo. asegurando, junto a una mejor organización, una adecuada y cualificada asistencia espiritual. Para peregrinos particularmente interesados en intensas experiencias de oración y momentos de reflexión, el Santuario de la Agonía junto al Huerto de los Olivos brinda la posibilidad de transcurrir un periodo de tiempo en el "Eremitorio de Getsemaní". Un servicio semejante lo ofrece también el recientemente restaurado Santuario de San Juan Bautista en el desierto cerca de Ain Karem. A este lugar llegan peregrinos no solo cató1icos, sino también ortodoxos, de diversos ritos. Merece ser recordado también que existe una considerable afluencia de visitantes israelíes, sobre todo en los Santuarios de Ain Karem y del Monte Tabor.

Obras realizadas durante el ano 2005 en los Lugares Santos de la Custodia de Tierra Santa.

Jerusalén, Convento Getsemaní. Reparaciones en el jardín de los olivos anejo al santuario. En el convento: nuevo sistema telefónico; reparaciones en el Eremitorio.

- Jerusalén. Dominus Flevit. Reparaciones y ampliaciones en el convento; instalación de un nuevo sistema telefónico. Jerusalén, Flagelación. Arreglo general del patio del convento y de las habitaciones; instalación de un nuevo sistema telefónico.
- Ain Karem, Santuario de la Visitación. Reconstrucción del campanario.
- -Ain Karem. Santuario San Juan en el Desierto. Reparación de la carretera de acceso y nueva instalación sanitaria.
- -Emaús. Obras en el convento y cercado del terreno adyacente.
- -Ramle. Obras en el convento, ampliación del cementerio parroquial con setenta nuevos nichos.

- -Jaffa, iglesia de San Pedro. Restauración de la fachada de la iglesia y del convento, del techo y del campanario (obras en curso). -Belén. Gruta de la Leche. Una nueva capilla para los peregrinos, con varias salas para la celebración de las Santas Misas (obras en curso).
- -Galilea, Cafarnaún. Restauración de la capilla y varias restauraciones en el convento.
- -Galilea. Tiberíades, iglesia de San Pedro. Reparación del techo de la iglesia.
- -Galilea. Tabgha. Primado de San Pedro. Intervenciones en el convento: jardín y hospedería.

Obras sociales realizadas durante el ano 2005 por la Custodia de Tierra Santa

- -Belén. Housing projects. Concluida la sección C del proyecto: doce apartamentos de 130 m2 cada uno. Se ha comenzado la sección D que prevé otros doce apartamentos de las mismas dimensiones.
- -Belén. Acción Católica. Iniciados los trabajos de la nueva sede de tres plantas: en la planta baja un aparcamiento, en el primer piso una sala multiusos y en el segundo piso una sala de deportes para 450 personas.
- -Belén. Escuela femenina de Tierra Santa. Iniciadas las obras de ampliación del edificio para la creación de un laboratorio. La escuela cuenta con casi mil alumnas.
- -Belén. Creación de un centro para las familias con dificultades.
- -Beit Sahur. Campo de los Pastores. Esta en curso la reparación del muro del cercado.
- -Jerusalén. parroquia de San Salvador. Reestructuración de las oficinas parroquiales y del salón para las actividades parroquiales en la ciudad antigua.
- -Jerusalén. parroquia. Construcción de una sala para actividades deportivas para los jóvenes en la ciudad antigua y mantenimiento del club deportivo de Beit Hanina. Apoyo a los campamentos de verano en la ciudad antigua y en Beit Hanina, y a las actividades de escultismo.
- -Jerusalén. Escuela femenina de Tierra Santa. Nuevo sistema de calefacción y nuevos ordenadores.
- -Jerusalén. Enfermería de la Custodia. Renovación de todo el sistema de enfermería para frailes ancianos y enfermos, con la asunción en servicio de jóvenes enfermeros y asistentes.

- -Jerusalén. Housing Project
- -Betfagé. Iniciada la edificación de 70 nuevos apartamentos en Jerusalén, además de los ya existentes: 87 apartamentos fuera de las murallas y 392 dentro de ellas.
- -Ain Karem. Tierra Santa Lodge. Restauración general del edificio de acogida para los peregrinos y grupos de reflexión, y para retires espirituales.
- -Jaffa, Escuela Secundaria. Renovación completa de la estructura de la escuela que cuenta con 250 estudiantes.
- Jericó. Reestructuración de las oficinas parroquiales.
- -Nazaret. casa de reposo para los ancianos. Modernización de un sector -con ayuda parcial del seguro nacional-, para acoger a otras 40 personas.
- -Bolsas de estudio. La Custodia sostiene a 300 estudiantes en las universidades de Oriente Medio. 50 bolsas de estudio se destinan a clérigos que, provenientes de todo el mundo, cursan su especialización en la Facultad de Ciencias Bíblicas y de Arqueología.
- -Sostenimiento. Adopción a distancia a través de la "Franciscan Foundation for the Holy Land". A muchos estudiantes se les exime de las tasas escolares.

Benedicto XVI presenta a Hans Urs von Balthasar como modelo de una teología orante

Autor:

Fuente: Zenit.org

Escribe un mensaje en el centenario del nacimiento del teólogo suizo

Benedicto XVI asegura que la espiritualidad no quita carga científica a la teología sino que le da coherencia, en un mensaje escrito para recordar el centenario del nacimiento de su amigo, el teólogo suizo Hans Urs von Balthasar.

«La teología, tal y como él la concebía, tenía que estar conjugada con la espiritualidad; sólo así, de hecho, podía ser profunda y eficaz», afirma el Papa en su misiva dirigida al congreso internacional organizado en la Universidad Pontificia Lateranense en homenaje a von Balthasar con el título «Sólo el amor es creíble».

Hans Urs von Balthasar (1905-1988) es considerado como uno de los intelectuales y escritores católicos más importantes del siglo XX, autor de unos cien libros y de cientos de artículos.

Cansado de la neoescolástica que se enseñaba en muchas de las facultades teológicas de su juventud, Balthasar se adentró en la teología espiritual de los Padres de la Iglesia de los primeros siglos.

Siendo profesor en Basilea y capellán de estudiantes, conoció a la mística Adrienne von Speyr (1902-1967), que se convertiría del protestantismo a la Iglesia católica bajo su dirección espiritual. La obra de Speyr se convirtió en la una fuente decisiva de inspiración de Balthasar. Juntos fundaron la Comunidad de San Juan, un instituto secular.

En 1972, Balthasar fundó la revista católica internacional «Communio» junto a los teólogos Jean Daniélou, Henri de Lubac, y Joseph Ratzinger. De 1961 a 1987 publicó su obra más importante, una trilogía publicada en quince volúmenes: «Gloria», «Una estética

teológica» (7 volúmenes), «Teodramática» (5 volúmenes), y «Teológica» (3 volúmenes).

Falleció el 26 de junio de 1988, un día después de que Juan Pablo II anunciara su intención de crearle cardenal en reconocimiento de su servicio a la Iglesia.

En su carta, Benedicto XVI reconoce que «en una ocasión como ésta podría ser fácil caer en la tentación de volver a los recuerdos personales, basándose en la sincera amistad que nos unía y en los numerosos trabajos que emprendimos juntos, afrontando muchos de los desafíos de aquellos años», y cita en particular la fundación de la revista «Communio».

«Sin embargo, no quiero hacer referencia a los recuerdos, sino más bien a la riqueza de la teología de von Balthasar», confiesa el Papa.

«Hans Urs von Balthasar fue un teólogo que puso su investigación al servicio de la Iglesia, pues estaba convencido de que la teología sólo podía caracterizarse por la eclesialidad», señala.

La espiritualidad no hace que disminuya la carga científica de la teología, añade el mensaje, «sino que imprime al estudio teológico el método correcto para poder llegar a una interpretación coherente».

Una teología concebida de este modo llevó a von Balthasar a «una profunda lectura existencial», constata el obispo de Roma, aclarando que «uno de los temas centrales a los que se dedicaba con gusto era el de mostrar la necesidad de la conversión»

«El cambio del corazón era para el un punto central; sólo de este modo, de hecho, la mente se libera de los límites que le impiden acceder al misterio y los ojos se hacen capaces de fijar la mirada en el rostro de Cristo», subraya.

«En una palabra --insiste--, había comprendido profundamente que la teología sólo puede desarrollarse con la oración que es capaz de percibir la presencia de Dios y se fía de Él obedientemente».

Para Benedicto XVI «es un camino que vale la pena recorrer hasta el

final. Esto exige evitar sendas unilaterales que sólo pueden alejar de la meta y compromete a huir de las modas que fragmentan el interés por lo esencial».

"Benedicto XVI aumentará la comprensión y experiencia de los fieles sobre la Eucaristía"

Un teólogo católico, ex predicador protestante, Scott Hahn, anticipa en esta entrevista concedida a Zenit cómo cree que Benedicto XVI aumentará la comprensión y experiencia de los fieles sobre la Eucaristía.

Profesor de Escritura y Teología en la Universidad Franciscana de Steubenville (Ohio), Hahn es presidente del Centro San Pablo de Teología Bíblica (www.salvationhistory.com).

Como ministro presbiteriano, Hahn era un gran predicador de esa comunidad cristiana. En la actualidad, es uno de los «nuevos católicos» más famosos en los Estados Unidos. 1986 fue el año de su entrada en la Iglesia católica. Tiene 47 años y lleva casado 25 con Kimberly Kirk. El matrimonio tiene seis hijos.

Entre sus publicaciones más recientes, destaca «La cena del Cordero: la Misa, el Cielo en la Tierra» (editado en castellano por RIALP).

--¿Qué era lo que caracterizaba al enfoque del entonces cardenal Ratzinger sobre la Eucaristía?

--Hahn: No creo que haya habido otro teólogo como él, desde Matthias Scheeben en el siglo XIX, que nos haya mostrado la profunda interrelación entre todos los misterios del cristianismo. La doctrina sobre la Eucaristía, para el cardenal Ratzinger, no puede ser adecuadamente estudiada o expresada al margen de la doctrina sobre la Trinidad, de la doctrina sobre la Encarnación y de la doctrina de la Iglesia.

La Eucaristía misma es un misterio trinitario; no podemos recibir al Hijo sin recibir al Padre que le ha enviado en la carne y en el Espíritu, a través de lo cual Él viene. La Trinidad llega a nosotros en la Eucaristía. Y cuando la Trinidad viene a nosotros, somos elevados a la presencia de la gloria divina.

Este misterio está ligado al de la Encarnación porque este último no es sólo un acontecimiento histórico del pasado, sino que es una realidad en marcha --un misterio sobrenatural-- presente hoy en medio de nosotros. Todo está unido.

La eclesiología del cardenal Ratzinger --su teología de la Iglesia-es eucarística, encarnacional y trinitaria. Al mismo tiempo, su teología eucarística es eclesiológica, encarnacional y trinitaria.

--El cardenal Ratzinger a menudo ha descrito la Eucaristía como el «corazón de la vida». ¿Qué quiere decir con esto?

--Hahn: La Eucaristía es nuestro encuentro y nuestra comunión con la Santísima Trinidad. Eso es el corazón de la vida. Es la fuente de la vida. Es la cumbre de la vida. Comunión con la Santísima Trinidad es la definición del Cielo; no hay nada mejor que eso. Lo impresionante es que tenemos el Cielo en cada Misa.

Este es un tema sobre el que el cardenal Ratzinger ha vuelto repetidamente en muchos de sus libros. La venida de Cristo --lo que el Nuevo Testamento en griego define su «Parusía»-- no es simplemente un acontecimiento remoto en el tiempo. Se trata de su presencia en la Eucaristía.

Los fundamentalistas reducen el significado de «Parusía» a la venida de Cristo al final de los tiempos; pero para el pueblo del siglo I en lengua griega, la palabra significaba «presencia». La teología católica mantiene este significado originario.

En su libro «Escatología» el cardenal Ratzinger escribió: «La Parusía es la más alta intensificación y cumplimiento de la liturgia. Y la liturgia es Parusía... Cada Eucaristía es Parusía, el Señor que viene, y aún la Eucaristía es incluso más verdaderamente el tenso anhelo de que Él revelará su gloria escondida».

--¿Cómo cree que la enseñanza del Papa Benedicto XVI puede aumentar la comprensión y la experiencia de la Eucaristía a los fieles en este último tramo del Año de la Eucaristía? --Hahn: Mucha gente en los medios de comunicación ya le han tachado de reaccionario que desea regresar a formas preconciliares de culto. Pero no han entendido su clave. No se trata de la restauración de la liturgia sino más bien de una reapropiación; reapropiación del misterio de la Eucaristía, que es divino y humano.

Después del Concilio [Vaticano II], algunos teólogos intentaron democratizar la Iglesia y secularizar la liturgia reduciendo el misterio a debates entre los llamados conservadores y liberales.

El cardenal Ratzinger prefirió volver a las fuentes clásicas; las Escrituras --tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento-- y la Tradición, así como a lo mejor de los teólogos modernos. Sólo a través de este «ressourcement» puede funcionar verdaderamente el «aggiornamento».

Pienso que el Papa Benedicto despolitizará la Eucaristía. Apartará nuestra atención de las cuestiones polémicas, que son verdaderamente temas secundarios --como las batallas sobre el lenguaje litúrgico y ornamentos--.

No es que él carezca de opiniones en estas materias. Las tiene y las ha expresado de forma directa. Pero él saca siempre sus opiniones de la profundidad del estudio teológico e histórico, y de la profundidad de su oración personal.

Creo que nos pedirá penetrar esas mismas profundidades, especialmente a los católicos que hablan, enseñan, escriben y orientan a los demás en los terrenos de la teología, de la liturgia, etc. Desde las profundidades de nuestro estudio y oración, nos guiará a una verdadera resacralización de la liturgia.

- --Si esas son cuestiones secundarias, ¿qué es lo central?
- --Hahn: Que la Eucaristía nos crea un lazo de carne y de sangre --un vínculo familiar-- entre nosotros y Dios. Este es otro tema recurrente en sus libros. Es el pensamiento que subyace en sus libros.

Cristo asumió la carne humana para darla por nosotros y para dárnosla a nosotros. La liturgia eucarística es una comida sacrificial de alianza. Renueva una alianza, y cada alianza sella un vínculo familiar. Como el Hijo de Dios se hizo hombre, así nosotros nos hacemos divinos, «hijos en el Hijo», por usar la frase favorita de los Padres de la Iglesia.

--¿Quién es, entonces, un miembro de la familia?

--Hahn: Creo que esto será un tema central del pontificado de Benedicto XVI. Él ya ha mostrado su solicitud por el diálogo ecuménico. Si no hace más que continuar el trabajo que empezó como cardenal, articulará la doctrina de la Eucaristía en fuertes términos bíblicos, que serán fuertemente persuasivos para los protestantes.

La liturgia celestial es la clave para comprender en la Biblia la Carta a los Hebreos y el Apocalipsis. Y la experiencia de la liturgia es clave para comprender mucho de la Biblia, tanto en el Nuevo como el Antiguo Testamento.

Lo que el Levítico y el Deuteronomio fueron para la Antigua Alianza, la Carta a los Hebreos y el Apocalipsis son para la Nueva Alianza. Sin un conocimiento y una experiencia de la liturgia, mucho del contenido de estos libros bíblicos es inaccesible para nosotros.

El mismo Papa Benedicto es un profundo teólogo bíblico, afianzado en los Padres y Doctores de la Iglesia --en especial en San Agustín y en San Buenaventura-- y además en las tradiciones judaica y rabínica. No creo que ningún Papa desde San Pedro haya estudiado tan profundamente la antigua tradición rabínica.

Pienso que realizará una comprensión de la Eucaristía esencial para el proyecto ecuménico, y que conducirá el diálogo en términos de alianza. Esto hará posible dialogar no sólo con los protestantes, sino también con los judíos, que comparten raíces de alianza de la religión de Abraham.

--En su primer mensaje el Papa Benedicto XVI dijo que «la Eucaristía, corazón de la vida cristiana y manantial de la misión evangelizadora de la Iglesia, no puede dejar de constituir el centro permanente y la fuente del servicio petrino que me ha sido

confiado» (Cf. Zenit, 20 abril 2005). ¿Cómo podría realizarse la centralidad de la Eucaristía en su papado y ministerio?

--Hahn: La Eucaristía es el lugar donde la Iglesia es más perfectamente ella misma. La Iglesia es el Reino de Dios en la tierra, y el Reino está donde se encuentra el Rey. La presencia continua de Jesús con nosotros está en la Eucaristía. Como vicario de Cristo, Benedicto es el primer ministro del Rey de reyes, y le sirve ante todo en la Eucaristía.

La Iglesia posee muchos tesoros: las Escrituras, la Tradición, el Magisterio, los Santos. Pero es en la liturgia donde la Iglesia es más perfectamente ella misma.

Y cuando comprendamos la liturgia como la liturgia celestial, como hace el Papa Benedicto, entonces nos habremos convertido en ciudadanos plenos, conscientes y activos del Reino. La liturgia celestial se convierte en la norma que regula las otras normas. Se convierte en nuestro estándar, nuestra piedra de toque, nuestro apoyo, nuestra luz --como dije antes--, nuestra fuente y nuestra cumbre.

Veremos muy pronto cómo se realiza esto en su pontificado. El Sínodo de octubre concluirá el Año de la Eucaristía con una reflexión de toda la Iglesia sobre la Eucaristía. Obsérvense los temas que he mencionado: la liturgia celestial, la despolitización de la liturgia y la resacralización de la liturgia.

Un Papa para el momento justo", por monseñor Adolfo González Montes

Todos los comentaristas están de acuerdo en que la rápida elección del nuevo Papa deja ver el gran consenso de los cardenales entorno a la figura del Cardenal Josef Ratzinger. Le conozco desde hace ya muchos años y he de confesar que soy un lector de sus libros también desde hace tiempo. Leí algunas de sus obras teológicas más conocidas muy pronto y he seguido con pasión sus avatares doctrinales como Prefecto de la Doctrina, impugnado por los mismos que le negaron el pan y la sal durante los años setenta a Pablo VI y después a Juan Pablo II. Son pocos los análisis de la realidad eclesial y cultural del presente que he podido leer tan lúcidos como los de Ratzinger. Confieso que la lectura y el conocimiento de su persona y el trato que en ocasiones me ha dispensado, la escucha de sus conferencias, la exquisita amabilidad de sus gestos y amenidad de su conversación pausada y dulce, siempre respetuosa, me han resultado profundamente atrayentes.

Mi pronta aproximación al teólogo data de hace más de treinta y cinco años. Fue la lectura de su Introducción al cristianismo la primera impresión de contacto con un pensamiento claro y definido sobre el contenido del credo. Con aquella lectura por aproximación primera al teólogo alemán, cuando llegué a Tubinga en el semestre de invierno de 1972/73 para realizar estudios doctorales, Ratzinger se había alejado de la Universidad suaba para trasladarse a Ratisbona.

Años después, ya profesor de teología en Salamanca, conocería personalmente al teólogo convertido por Pablo VI en Arzobispo de Munich y Frisinga, y por Juan Pablo II en Prefecto de la Congregación de la Fe. Así, cuando en 1989 Ratzinger aceptó tomar parte en los cursos veraniegos de teología de la Complutense en el Escorial, pude tratarle de cerca acompañándole con el entonces colega y siempre amigo, director de aquellos cursos, Olegario González de Cardenal, que había sido jovencísimo profesor mío apenas llegado de Munich a

Salamanca. Ratzinger visitó Salamanca y Ávila guiado por don Olegario viajando en mi Ibiza salido de fábrica, utilitario idóneo para profesores de Teología. Desde entonces en diversas ocasiones y con motivos teológicos y pastorales varios he estado en relación con el Cardenal en España y en Roma, le he escuchado con fruición y he tenido la suerte de compartir con él la mesa junto a teólogos y obispos amigos.

¿Le conocen de verdad los que en estos días parecen haber iniciado una campaña de reticencia y descalificación del nuevo Papa? ¿De qué tienen miedo? Me parece que lo sé. Mi propio miedo, porque están en lo cierto, es que teman que Benedicto XVI no va hacer nada a favor de la asimilación del Evangelio a la cultura agnóstica y relativista de nuestro tiempo, que él ha analizado con certera lucidez.

El nuevo Papa es un hombre de vastísima cultura y un conocedor de la fe católica en sus fuentes que no es posible discutir. Conocedor de los Padres de la Iglesia antigua y, en particular, de san Agustín; conoce por igual la teología medieval, y en particular, san Buenaventura. Los dos apoyos de la teología del corazón que lleva hasta Newman y Blondel. La nostalgia de Ratzinger en Tubinga era real y los estudiantes hablaban maravillas de él, aunque muchos consideraban que su marcha a Ratisbona era lo mejor para sus adversarios, que no podían menos de reconocer la amplitud de sus conocimientos. Hans Küng se mostraba ya entonces hondamente decepcionado de él, pues Ratzinger se había opuesto con nitidez a la doctrina del teólogo suizo sobre la infalibilidad pontificia, cuyo debate marcó aquellos años. Después vino la desautorización en 1973 de Küng con la declaración de la Congregación de la Fe Mysterium Ecclesiae sobre algunos errores de la teología del momento sobre la Iglesia, lo que enconó la actitud del teólogo suizo hacia Pablo VI. Su postura fue de neta confrontación con la jerarquía católica alemana descalificando, para nuestro asombro entonces, al Cardenal Höffner de Colonia hasta provocar la protesta de nada sospechosos de no ser renovadores teólogos comprensivos entonces con Küng como el hoy Cardenal Walter Kasper. Estos días ha sido el Cardenal Kart Lehmann, otro de los teólogos católicos renovadores de entonces y ahora Obispo de Maguncia y presidente de los Obispos alemanes, el que ha salido en defensa del nuevo Papa contra sus adversarios, los mismos de Pablo VI y de Juan Pablo II.

Pero sigamos con la reseña. El nombramiento de Ratzinger como arzobispo de Munich en 1977 trasladaba al mundo pastoral a un eclesiástico que se había movido con la mayor soltura en el mundo académico. El Papa convertía en Obispo a un teólogo internacionalmente reconocido, que para entonces acumulaba una evaluación lucidísima del estado de la vida cristiana en las Iglesias de la Reforma protestante igual que en la Iglesia Católica. El nuevo arzobispo muniqués no sólo era un gran conocedor de la teología católica, sino un buen conocedor de los nudos teológicos del debate católico con el protestantismo; de modo que el prontamente creado Cardenal vendría a ser un analista clarividente de la desoladora situación a la que se han visto llevadas las Iglesias evangélicas en su propio país, asimiladas a los principios rectores de la modernidad y partidarias de la Anpassung o acomodación a las exigencias. claudicaciones de la modernidad europea, y del rendimiento de algunos eclesiásticos a sus postulados.

En Munich permaneció poco tiempo como arzobispo porque Juan Pablo II le llamaba en 1981 para ponerlo al frente de la Congregación de la Fe. Comenzaría para el Cardenal un nuevo capítulo en su vida de entregado servicio a la Iglesia. Su figura intelectual se crecía justo cuando arreciaban algunas de las duras oposiciones al magisterio de Juan Pablo II. De toda su labor en la Congregación se ha destacado la "condena" en 1984 de la teología de la liberación, un hecho que resaltan con letras de molde los adversarios del nuevo Papa; pero no dicen la verdad cuando ocultan a la opinión pública que la Congregación ha desautorizado la apropiación del método marxista de análisis aplicado a la práctica de la teología, pero no los modos diversos

de hacer teología de la liberación en fidelidad a la concepción del hombre y de la sociedad que emana de la revelación cristiana y de la doctrina social de la Iglesia.

En este asunto como en otros, la opinión pública inducida por algunos centros de poder mediático es la de hacer de la Iglesia aliada del poder económico y salpicarla con la complicidad del sometimiento de los pobres. Se trata de un prejuicio que no resiste el análisis y que, muy por el contrario, los hechos niegan de forma contundente. Pero no hay mayor terquedad que la de convertir ideologías fracasadas en credos religiosos. Así se ha llegado a justificar en cierta historiografía la cruel persecución de la Iglesia en la historia reciente de España; y así se sigue disculpando y "comprendiendo" la hostigación que no cesa como táctica de arrinconamiento social. Por eso, estos círculos creadores de opinión toleran mal "éxitos" como el del Pontificado de Juan Pablo II.

La Iglesia no sólo es una poderosa fuerza de liberación de los pobres, sino un instancia de amparo de los más débiles del mundo. Cuando acompaña el poder mediático, es difícil combatir un prejuicio interesadamente mantenido, aunque caigan muros como el de Berlín y la ideología totalitaria del comunismo ateo no sólo se haya evidenciado como deudora de una teoría económica equivocada, sino de una concepción del hombre más errónea aún.

La embestida contra el Ratzinger ha tenido otro frente poderoso de creación de opinión en el movimiento que arranca de la llamada "Declaración de Colonia", de teólogos alemanes y otros centroeuropeos que postulaban una acomodación y cambio de la orientación del Magisterio de la Iglesia y del gobierno pastoral. La declaración tocaba cuestiones atendibles y muchas que de atenderse supondrían de hecho la capitulación de la Iglesia a la

mentalidad de época. Lo preocupante de este movimiento ha sido la "resistencia" al magisterio católico que de hecho ha generado y el apoyo a la crítica de la Iglesia que ha seguido alentando, si bien las jóvenes generaciones están muy lejos de sus postulados. El movimiento "Somos Iglesia", surgido del espíritu de Colonia, ha pretendido ensombrecer la imagen de Juan Pablo II no menos que la del Prefecto de la Doctrina. Las acusaciones a la Iglesia de falta de misericordia en relación con la moral sexual y la pandemia del sida, y las declaraciones de la Congregación sobre cuestiones candentes de la bioética, apoyadas todas ellas en documentos luminosos como las encíclicas "Veritatis splendor" y "Evangelium vitae", de Juan Pablo II, no han sido digeridas ni aceptadas por los grupos de resistencia a su magisterio doctrinal, teológicamente apoyado por Ratzinger.

No entro en otras cuestiones, de indudable alcance para el diálogo teológico ecuménico. Que ha recorrido un trecho inmenso con el Papa y su Prefecto de la Fe. ¿Para qué mencionar el asunto de la reivindicación feminista de la ordenación de mujeres? Es bien conocida la resistencia de estos grupos eclesiales disidentes, apoyada por sectores de la opinión pública interesados en quebrar la resistencia de la Iglesia a la orientación que la legislación va tomando en la nueva Europa.

El nuevo Papa, tan denostado por ellos como Prefecto de la Fe, no se va a enrocar en supuestas posturas faltas de análisis intelectual y diálogo. Su talante intelectual y humano se lo impide. Mantendrá con pulso firme la defensa de la verdad revelada y la que es tradición de fe y le quitará la máscara al falso humanismo de la opinión libre frente a al esplendor de la verdad revelada sobre el hombre y el mundo. Así lo creo y espero, porque es su ministerio el que está en juego; pero estoy seguro que su misma pasión por la verdad lo mantendrá en abierto diálogo con los diversos frentes de opinión siempre que esté en juego el bien del ser humano y su salvación. Su amable personalidad humana y su

trato conquistarán a cuantos se acerquen a él. Benedicto XVI es un don de Dios a la Iglesia en el momento justo.

El Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud.

se siente honrado de haber tenido como relator en nuestras Conferencias Internacionales organizadas por nuestro Dicasterio en los años 1990, 1994 y 1996 al Emmo. Sr. Cardenal **Joseph RATZINGER**, que a partir del 19 de abril 2005, por voluntad de Dios es Su **Santidad Benedicto XVI**.

El siguente párrafo de su magistral homilía del domingo 24 de abril 2005, "No somos el produco casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necessario", nos recuerda nuestra "Conferencia Internacional" de 1996 sobre el tema "A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS: ¿SIEMPRE?" LOS ENFERMOS MENTALES".

La grandeza del ser humano es su semejanza con Dios

A la vista del tema de este convenio internacional, emergen en mí recuerdos inquietantes. Os ruego me permitais contaros, a manera de introducción, esta experiencia personal que nos lleva al año 1941, al tiempo de la guerra y del régimen nacionalsocialista. Una de nuestras tías, a la que visitábamos frecuentemente, era madre de un robusto muchacho que era algún año más joven que yo, pero mostraba progresivamente los indicios típicos del síndrome de Down. Suscitaba simpatía por la simplicidad de su mente ofuscada; y su madre que ya había perdido una hija por muerte prematura, le estaba sinceramente aficionada. Pero en 1941 fue ordenado por las autoridades del Tercer Reich que el chico debía ser llevado a un asilo para recibir una mejor asistencia. Todavía no se sospechaba nada de la operación de eliminación de los deshábiles mentales, ya iniciada. Poco tiempo después llegó la noticia de que el niño había

muerto de pulmonía y su cuerpo había sido incinerado. Desde aquel momento se multiplicaron las noticias de tal género. En el pueblo en que habíamos vivido antes, visitábamos de buena gana a una viuda que había quedado sin hijos y se alegraba por la visita de los niños del vecindario. La pequeña propiedad que había heredado de su padre apenas podía darle para vivir, pero tenía buen ánimo, aunque no sin algún temor por el futuro. Más tarde supimos que la soledad en la que se hallaba cada vez más sumergida, había nublado más y más su mente: el temor por el futuro se había hecho patológico, de manera que apenas se atrevía a comer, porque temía siempre por el mañana en el que tal vez quedaría sin comida que llevarse a la boca. La clasificaron como transtornada mentalmente, fue llevada a un asilo y también en este caso pronto llegó la noticia de que había muerto de pulmonía. Poco después en nuestro actual pueblo sucedió la misma cosa: la pequeña finca, junto a nuestra casa, estaba confiada a los cuidados de tres hermanos solteros, a quienes pertenecía. Eran considerados enfermos mentales, pero estaban en condiciones de ocuparse de su casa y de su propiedad. También ellos desaparecieron en un asilo y poco después se nos dijo que habían muerto. A este punto ya no cabía tener dudas de cuanto estaba sucediendo: se trataba de una sistemática eliminación de cuantos no eran considerados como productivos. El Estado se había arrogado el derecho de decidir quién merecía vivir y quién debía ser privado de la existencia en beneficio de la comunidad y de sí mismo, porque no podía ser útil a los demás ni a sí mismo.

A los horrores de la guerra, que se hacían cada vez más sensibles, este hecho añadió un nuevo y diverso temor: advertíamos la helada frialdad de esta lógica de la utilidad y del poder. Sentíamos como el asesinato de esas personas humillaba y amenazaba a todos nosotros, a la esencia humana que había en nosotros: si la paciencia y el amor dedicados a las personas que sufren son eliminados de la existencia humana como pérdida de tiempo y de dinero, no se se hace el mal sólo a los que mueren, sino que en ese caso son mutilados en su espíritu los mismos que sobreviven. Nos dábamos cuenta de que allí donde el misterio de Dios, su dignidad intocable en cada hombre ya no es respetada, no sólo es amenazado cada individuo, sino que es todo el género humano quien está en peligro. En el silencio paralizador, en el temor que nos bloqueaba a todos, fue como una liberación cuando el Cardenal von Galen levantó su

voz y rompió la parálisis del miedo para defender en los deshábiles mentales al hombre mismo, imagen de Dios.

A todas las amenazas contra el hombre, derivadas del cálculo del poder y de lo útil, se opone la luminosa palabra de Dios con la que el Génesis introduce el relato de la creación del hombre: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza - faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram, traduce la Vulgata (Gen 1, 26). Pero ¿qué se entiende con esta palabra? ¿En qué consiste la semejanza divina del hombre? El término, en el interior del Antiguo Testamento es, por decirlo así, un monolito; no vuelve a aparecer en el Antiguo Testamento hebreo, bien que el Salmo 8 - "¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él?" - revela un parentesco interior con aquél. Sólo es repetido en la literatura sapiencial. El Siracide (17, 2) funda la grandeza del ser humano en lo mismo, sin querer dar propiamente una interpretación del significado de la semejanza con Dios. El libro de la Sabiduría (2, 23) da un paso más v ve el ser imagen de Dios esencialmente fundado en la inmortalidad del hombre: lo que hace a Dios, Dios y lo distingue de la criatura es precisamente su inmortalidad y perennidad. Imagen de Dios es la criatura precisamente por el hecho de que participa de su inmortalidad – no por su naturaleza, sino como don del Creador. La orientación a la vida eterna es lo que hace al hombre el correspondiente creado de Dios. Esta reflexión podría continuar y también se podría decir: vida eterna significa algo más que una simple subsistencia eterna. Está llena de un sentido y sólo así es vida que merece y es capaz de eternidad. Una realidad puede ser eterna sólo a condición de que participe de lo que es eterno: de la eternidad de la verdad y del amor. Así pues, orientación a la eternidad sería orientación a la eterna comunión de amor con Dios; y la imagen de Dios remitiría por su naturaleza más allá de la vida terrena. No podría en absoluto ser determinada estadísticamente, estar ligada a alguna cualidad particular, sino que sería ese tender más allá del tiempo de la vida terrena; podría entenderse sólo en la tensión al futuro, en la dinámica hacia la eternidad. Quien niega la eternidad, quien ve al hombre sólo como intramundano, no tendría en principio posibilidad alguna de penetrar la esencia de la semejanza con Dios.

Pero esto sólo queda insinuado en el libro de la Sabiduría y no está desarrollado posteriormente. Así el Antiguo Testamento nos deja con una cuestión abierta, y se debe dar razón a Epifanio que, frente a

todos los intentos de concretar el contenido de la semejanza divina, afirma que no se debe "tratar de definir dónde se coloca la imagen, sino confesar su existencia en el hombre, si no se guiere ofender la gracia de Dios" (Panarion, LXX, 2, 7). Pero nosotros, cristianos, leemos en realidad el Antiguo Testamento siempre en la totalidad de la única Biblia, en la unidad con el Nuevo Testamento, y recibimos de éste la clave para comprender rectamente los textos. Como el relato de la creación "En el principio creó Dios" recibe su correcta interpretación sólo en la lectura de san Juan: "en el principio era el Verbo", lo mismo sucede aquí. Naturalmente, en este momento no puedo presentar, en el cuadro de una breve prolusión, la rica y pluriestratificada serie de testimonios del Nuevo Testamento acerca de nuestro problema. Simplemente trataré de evocar dos temas. Ante todo se debe observar como hecho más importante que en el Nuevo Testamento Cristo es designado como "la imagen de Dios" (2 Co 4, 4; Col 1, 15). Los Padres han introducido aquí una observación lingüística, que tal vez no es tan sostenible, pero ciertamente corresponde a la orientación interior del Nuevo Testamento y de su reinterpretación del Antiquo. Dicen que sólo de Cristo se nos enseña que él es "la imagen de Dios", el hombre, en cambio, no es la imagen, sino ad imaginem, creado a imagen, según la imagen. Llega a ser imagen de Dios, en la medida en que entra en comunión con Cristo, se conforma a él. En otras palabras: la imagen originaria del hombre, que a su vez representa la imagen de Dios, es Cristo, y el hombre es creado a partir de su imagen, sobre su imagen. La criatura humana es al mismo tiempo proyecto preliminar en vista de Cristo, o sea: Cristo es la idea fundamental del Creador y forma al hombre en vista de él, a partir de esta idea fundamental.

El dinamismo ontológico y espiritual, que se oculta en esta concepción, se hace particularmente evidente en Rm 8, 29 y 1 Co 15, 49, y también en 2 Co 4, 6. Según Rm 8, 29, los hombres son predestinados "a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el Primogénito entre muchos hermanos". Esta conformación a la imagen de Cristo se cumple en la resurrección, en la que él nos ha precedido – pero la resurrección, es necesario recordarlo ya aquí – presupone la cruz. La primera Carta a los Corintios distingue al primer Adán, que se hace "ánima viviente" (15, 14; cfr Gen 2, 7) y el último Adán, que se hace Espíritu donador de vida. "Y como hemos llevado la imagen del hombre de tierra, así llevaremos la imagen del hombre celeste" (15, 49). Aquí está representada con toda claridad

la tensión interior del ser humano entre fango y espíritu, tierra y cielo, origen terreno y futuro divino. Esta tensión del ser humano en el tiempo y más allá del tiempo pertenece a la esencia del hombre. Y esta tensión lo determina precisamente en el centro de la vida en este tiempo. El está siempre en camino hacia sí mismo o se aleja de sí mismo; está en camino hacia Cristo o se aleja de él. Se acerca a su imagen originaria o la esconde y la arruina. El teólogo de Innsbruck F. Lakner ha expresado felizmente esta concepción dinámica de la semejanza divina del hombre, característica del Nuevo Testamento, de esta manera: "El ser imagen de Dios del hombre se funda en la predestinación a la filiación divina a través de la incorporación mística en Cristo"; el ser imagen es, por lo tanto, finalidad ínsita en el hombre desde la creación, "hacia Dios por medio de la participación en la vida divina en Cristo".

Pero así nos acercamos ahora a la cuestión decisiva para nuestro tema: esta semejanza divina, ¿puede ser destruída? y eventualmente,

¿cómo? ¿Existen seres humanos que no son imagen de Dios? La Reforma, en su radicalización de la doctrina del pecado original había respondido afirmativamente a esta pregunta y había dicho: Sí, con el pecado el hombre puede destruir en sí mismo la imagen de Dios y de hecho la ha destruído. Efectivamente el hombre pecador, que no quiere reconocer a Dios y no respeta al hombre o incluso lo mata, éste no representa la imagen de Dios, sino que la desfigura, contradice a Dios, que es Santidad, Verdad y Bondad. Recordando lo dicho al comienzo, esto puede y debe llevarnos a la pregunta: ¿en quién está más oscurecida la imagen de Dios, más desfigurada y extinguida, en el frío asesino, consciente de sí mismo, potente y quizá incluso inteligente, que se hace a sí mismo Dios y se burla de Dios, o en el inocente que sufre, en el que la luz de la razón resbala muy débil o incluso ya no se percibe? Pero la pregunta es prematura en este momento. Antes tenemos que decir: la tesis radical de la Reforma se ha demostrado insostenible, precisamente a partir de la Biblia. El hombre es imagen de Dios en cuanto hombre. Y en tanto que es hombre, es un ser humano, tiende misteriosamente a Cristo, al Hijo de Dios hecho hombre y, por lo tanto, orientado al misterio de Dios. La imagen divina está conexionada con la esencia humana en cuanto tal y no está en poder del hombre destruirla completamente. Pero lo que ciertamente el hombre puede hacer es defigurar la imagen, la contradicción interior con ella. Aquí debemos citar de nuevo a Lakner: "...la fuerza divina brilla precisamente en la herida causada por las contradicciones... en este mundo el hombre como imagen de Dios es, por lo tanto, el hombre crucificado". Entre la figura del Adán terrenal formado con el fango, que Cristo junto con nosotros ha asumido en la encarnación y la gloria de la resurrección, está la cruz: el camino de las contradicciones y de las alteraciones de la imagen hacia la conformación con el Hijo, en el que se manifiesta la gloria de Dios, pasa a través del dolor de la cruz. Entre los Padres de la Iglesia, Máximo el Confesor ha reflexionado más que otros sobre esta conexión entre semejanza divina y cruz. El hombre, que es llamado a la "sinergia", a la colaboración con Dios, en cambio se ha opuesto a él. Esta oposición es "una agresión a la naturaleza del hombre. Ella "desfigura el verdadero rostro del hombre, la imagen de Dios, pues aparta al hombre de Dios y lo vuelve hacia sí mismo y erige entre los hombres la tiranía del egoísmo". Cristo, desde el interior de la misma naturaleza humana, ha realizado la superación de este contraste, su transformación en comunión: la obediencia de Jesús, su morir a sí mismo, se convierte en el verdadero éxodo que libera al hombre de su decadencia interior, conduciéndolo a la unidad con el amor de Dios. El crucificado se hace así "icono del amor"; precisamente en el crucificado, en su rostro herido y golpeado, el hombre se hace de nuevo transparencia de Dios, la imagen de Dios vuelve a brillar. Así la luz del amor divino descansa precisamente sobre las personas que sufren, en las que el esplendor de la creación se ha oscurecido exteriormente; porque ellas de modo particular son semejantes a Cristo crucificado, a la imagen del amor, se han acercado en una particular comunidad con aquel que solo es la misma imagen de Dios. Podemos extender a ellos la palabra que Tertuliano formuló con referencia a Cristo: "Por mísero que pueda haber sido su pobre cuerpo..., él siempre será mi Cristo" (Adv. Marc. III, 17, 2).

Por grande que sea su sufrimiento, por desfigurados y ofuscados que puedan ser en su existencia humana, serán siempre los hijos predilectos de nuestro Señor, serán siempre de modo particular su imagen. Fundándose en la tensión entre ocultación y futura manifestación de la imagen de Dios, se puede aplicar a nuestra cuestión la palabra de la primera Carta de Juan: "nosotros desde ahora somos hijos de Dios, pero lo que seremos aún no ha sido revelado" (3, 2). Amamos en todos los seres humanos, pero sobre todo en los que sufren, en los deshábiles mentales, lo que serán y lo

que en realidad ya son desde ahora, Ya desde ahora son hijos de Dios – a imagen de Cristo, aunque aún no se ha manifestado lo que llegarán a ser.

Cristo en la Cruz se ha asimilado definitivamente a los más pobres, a los más indefensos, a los que más sufren, a los más abandonados, a los más despreciados. Y entre estos están aquellos de los que nuestro coloquio se ocupa hoy, aquellos cuya alma racional no llega a expresarse perfectamente mediante un cerebro débil o enfermo, como si por una u otra razón la materia se resistiera a ser asumida por parte del espíritu. Aquí Jesús revela lo esencial de la humanidad, lo que es su verdadero cumplimiento, no la inteligencia, ni la belleza y menos aún la riqueza o el placer, sino la capacidad de amar y de aceptar amorosamente la voluntad del Padre, por desconcertante que sea.

Pero la pasión de Jesús desemboca en su resurrección. Cristo resucitado es el punto culminante de la historia, el Adán glorioso hacia el que tendía ya el primer Adán, el Adán "terreno". Así se manifiesta el fin del proyecto divino: todo hombre está en camino del primero al segundo Adán. Ninguno de nosotros es todavía él mismo. Cada uno debe llegar a serlo, como el grano de trigo que debe morir para dar fruto, como Cristo resucitado es infinitamente fecundo porque se ha dado infinitamente.

Una de las grandes alegrías de nuestro paraíso será sin duda descubrir las maravillas que el amor habrá operado en nosotros y que el amor habrá operado en cada uno de nuestros hermanos y hermanas y en los más enfermos, los más desfavorecidos, en los más dañados, en los que más sufren, en tanto que nosotros ni siquiera comprendíamos como era posible el amor por su parte, mientras su amor permanecía oculto en el misterio de Dios.

Sí, una de nuestras alegrías será descubrir a nuestros hermanos y hermanas en todo el esplendor de su humanidad, en todo su esplendor de imágenes de Dios.

La Iglesia cree en ese esplendor futuro. Quiere ser atenta en subrayar la mínima señal que lo deje entrever. Porque en el más allá cada uno de nosotros brillará tanto más cuanto más haya imitado a Cristo, en el contexto y con las posibilidades que le hayan sido dadas.

Pero se me permita aquí dar testimonio del amor de la Iglesia por las personas que sufren. Sí, la Iglesia os ama. No sólo tiene por vosotros la "predilección" natural de la madre por los hijos que más

sufren. No queda admirada sólo ante lo que sereis, sino ante lo que ya sois: imágenes de Cristo.

Imágenes de Cristo que hay que honrar, respetar, ayudar en lo posible, ciertamente, pero sobre todo imágenes de Cristo portadoras de un mensaje esencial sobre la verdad del hombre. Un mensaje que tendemos demasiado a olvidar: nuestro valor ante Dios no depende de la inteligencia, ni de la estabilidad del carácter, ni de la salud, que nos permiten tantas actividades de generosidad. Estos aspectos podrían desaparecer en todo momento. Nuestro valor ante Dios depende solamente de la opción que hayamos hecho de amar lo más posible, de amar lo más posible en la verdad.

Decir que Dios nos ha creado a su imagen, significa decir que El ha querido que cada uno de nosotros manifieste un aspecto de su esplendor infinito, que El tiene un proyecto sobre cada uno de nosotros, que cada uno de nosotros está destinado a entrar, por el itinerario que le es propio, en la beatífica eternidad.

La dignidad del hombre no es algo que se impone a nuestros ojos, no es mesurable ni calificable, escapa a los parámetros de la razón científica o técnica; pero nuestra cultura, nuestro humanismo, no han hecho progresos sino en la medida en que esta dignidad ha sido más universalmente y más plenamente reconocida a personas cada vez más numerosas. Cada vuelta atrás en este movimiento de expansión, cada ideología o acción política que pusiera a algunos seres humanos fuera de la categoría de quienes merecen respeto, barbarie. indicaría un regreso а la Υ sabemos desafortunadamente la amenaza de nuestra barbarie gravita siempre sobre nuestros hermanos y hermanas que sufren una limitación o una enfermedad mental. Una de nuestras tareas de cristianos es dar a conocer, respetar y promover plenamente su humanidad, su dignidad y su vocación de criaturas a imagen y semejanza de Dios. Quiero aprovechar esta ocasión que se me ofrece para agradecer a cuantos, con la reflexión o la investigación, el estudio o los diversos cuidados, se comprometen a hacer cada vez más reconocible esta imagen.

Cardenal JOSEPH Ratzinger Prefecto de la Congregación

Del cristianismo de los primeros tiempos; como se sabe, la poesía y la política han sido continuas fuentes de inspiración para las religiones de todo el mundo. Por un lado, el cristianismo ha luchado siempre por

mantener su independencia del poder estatal, de separar (a pesar de errores, avances y retrocesos) la Iglesia del Estado, para poder dar así al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Por otra parte, es cierto que el cristianismo asumió la poesía por ser una constante universal humana (piénsese en los cantos y en los himnos), pero fue un poco más allá. El cristianismo desde los primeros tiempos quiso aliarse también con la ciencia y el pensamiento. Para él, hubiera sido más sencillo servirse de las religiones orientales, que tenían un trasfondo mítico y simbólico casi unilateral.

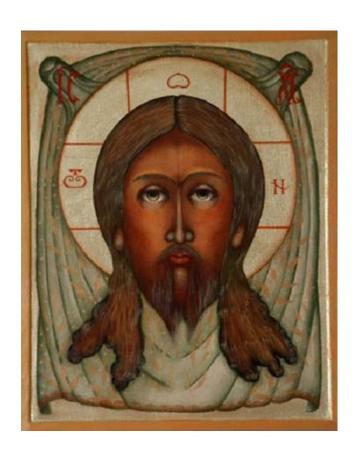
Sin embargo, la religión cristiana apostó por lo más difícil: aliarse con la filosofía pagana, con el pensamiento griego (que era entonces la elaboración racional más completa, y que todavía ahora nos da qué hablar).

Tal vez la presencia de san Pablo en el Aerópago de Atenas sea un símbolo en este sentido: Pablo habla a los atenienses del dios desconocido, de ese dios que tan solo conocen por la razón, y les anima a tener un conocimiento más completo y pleno a través de la fe.

Los nombres de Justino y Clemente de Alejandría son tan solo los primeros de una larga lista. La religión cristiana se ha aliado siempre con la razón; es lo que Ratzinger llama "la victoria de la inteligencia" en el mundo de las religiones.

Cuadrato - AÑO + 125 ca. «Dilexit Ecclesiam» (amó a la Iglesia Católica).

¡Laudetur lesus Christus!



Eusebio menciona un pequeño fragmento de la Apología de Cuadrato (a. 125) dirigida a Adriano (117-138), que encaja en una laguna del "Discurso a Diogneto"; por eso, parece ser que la "Apología de Cuadrato a Adriano" es nada menos que el conocido "Discurso a Diogneto" (o "Epístola a Diogneto").

Cuadrato es el primer apologista. Conoció a algunos "de los que fueron curados o resucitados por Cristo". Es un griego culto, ateniense. Conoció a Pablo y a Juan. Según San Jerónimo fue obispo de Atenas, o por lo menos fue presbítero.

El "Discurso a Diogneto", del año 124, es muy breve. Está dirigido a Adriano, uno de cuyos apelativos era "Diogneto" ("conocido de Zeus"). Fue leido en público y entregado al emperador.

Es de un estilo muy perfecto. Su autor dominaba la retórica. A la vez es sencillo y profundo. Algunos piensan que su autor podría ser el mismo Quadrato, otros (Trevijano) piensan que es posterior (años 190 a 200) y su autor podría localizarse en el ámbito alejandrino (¿Panteno?).

—Contenido

- describe la vida cristiana;
- los cristianos son el alma del mundo,
- origen divino del cristianismo;
- divinidad de Cristo (milagros),
- exhorta a sus oyentes a abrazar la doctrina cristiana.

—Bibliografía: Simonetti, c.5.

+++

Apologética – año 126 - Quizás pocos recuerden que la primera Apología cristiana de la que tenemos noticia es del año 126, y fue presentada al emperador Adriano, de visita en Atenas, por el santo obispo de la ciudad, Quadrato. De las indicaciones que poseemos de esa obra, sabemos que en ella no sólo se mostraba la racionalidad de la fe en Jesús como Mesías, sino que la comunidad cristiana se defendía también de las acusaciones paganas y hebreas. En resumen, un verdadero y característico tratado de apologética, arquetipo de los que en absoluto nos han llegado, cuando alguien ha comenzado a dudar de la validez de instrumentos como éstos, incluso tan consagrados por la tradición más

De cualquier modo, dejemos a un lado cualquier consideración sobre el slogan según el cual la verdad no tiene necesidad de ser defendida, slogan que, entre otras cosas, contradice al Evangelio,

lleno de pullas y respuestas entre Cristo y sus antagonistas; y, aún más, contradice al resto del Nuevo Testamento, desde los Hechos de los Apóstoles a las cartas de Pablo, donde los discípulos de Jesús se afanan, todos, en disputas con ataques y defensas. Convencidos de poseer la verdad, también estaban convencidos de que Dios mismo la había querido confiar a los hombres para que anunciasen su esplendor y, en su caso, también la defendiesen de calumnias. malentendidos equívocos. Dejémoslo aparte, de todos modos, y observemos, más bien, que hoy muchos católicos están convencidos de que la verdad sobre la Iglesia y su historia sea precisamente la contada, es más, gritada con rencor, por sus contestatarios. Estos últimos, por lo tanto, no serían difamadores, sino, por el contrario, desempeñarían un papel providencial para recordar a los católicos la .

El verdadero balance.

No tengo la más mínima intención de analizar aguí esas acusaciones. Aquí, en cambio, quisiera observar que son muchos los que hacen hoscos exámenes a la Iglesia por lo que ha -o habría- hecho mal. Pero prácticamente ninguno se pregunta nunca cuánto mal ha evitado la Iglesia. No nos cansaremos de repetirlo: el verdadero balance de la comunidad eclesial sólo lo puede hacer Dios; para los hombres estará claro (quizá) sólo al final de la Historia, cuando todo será desvelado. Siempre me ha conmovido cuando se cuenta de san Luis, rey de Francia, que guió dos cruzadas, acabando dejándose la vida. Dirigiéndose una vez hacia Tierra Santa, su nave se encontró con una terrible tempestad, hasta el punto de que los marineros dejaron los mandos, resignados, considerando que ya todo estaba perdido. Pero el rey Luis les gritó, en la oscuridad de aquella terrible noche: «¡Resistid todavía un poco, porque a no faltar mucho todos los monjes de la cristiandad se levantarán para cantar los maitines y estaremos salvados!»

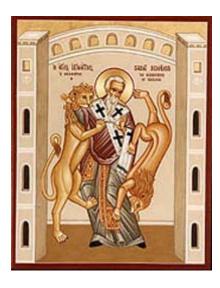
No hay que ser santo, basta ser cristiano para entender que el océano de oración que en veinte siglos de fe no ha dejado nunca de elevarse al cielo no puede no haber tenido efectos misteriosos

y, al mismo tiempo, decisivos para la historia de los hombres individuales y para la de toda la Humanidad.

Al hilo de mencionar a los monjes: no es erróneo, naturalmente, es más, responde a una verdad objetiva, el argumento apologético según el cual su actividad habría sido benéfica para la sociedad. Saneamiento de pantanos, técnicas agrícolas, rescate de antiguos manuscritos, fundaciones de escuelas, incremento de las artes y así sucesivamente: sería largo el elenco de los beneficios materiales aquellos traídos religiosos. por Pero esta actividad suya no es más que secundaria respecto al beneficio verdadero, que los hombres pueden sólo intuir pero no conocer: el opus Dei, el servicio divino, la oración de alabanza y de súplica que nunca ha dejado de resonar en los monasterios, en las abadías, en los conventos. ¿Qué ha obtenido, qué ha evitado durante siglos la oración de todos los nocivos católicos, no sólo la de los consagrados? ¿Qué valor infinito, en cualquier caso incalculable por nosotros, han tenido y tienen los miles de millones de misas celebradas? ¿Qué han representado veinte siglos de ascesis, de penitencia, de sacrificios ofrecidos por amor de Dios? Hay que ser claros: no es lícito hacer balance alguno sin tener en cuenta que esto es lo principal que hay que poner en el activo. Pero, una vez más: entre las acusaciones a la Iglesia, hoy, no falta la que concierne a la confesión individual, auricular, secreta. Se habla de un dominio sobre las conciencias, como si esto representase siempre y de todos modos Pero, ¿qué decir de un dominio espiritual como éste que ha evitado una cantidad de mal que -lo repetimos otra vez- sólo Dios conoce? ¿Quién, entre los hombres, se encuentra en grado de saber cuántos homicidios, suicidios, robos, deshonestidades de todo tipo, adulterios, mentiras... han sido impedidos en la penumbra del confesionario por un hombre, un sacerdote, llamado a ser instrumento para recordar la ley evangélica, para amonestar, para disuadir del pecado, además de para absolverlo de éste? Pero, además de esto, ¿quién puede calcular la consolación donada a infinidad de corazones por la pastoral católica. con sus sacramentos? Es fácil condenar, en el pasado de la Iglesia, a los jerarcas clericales ricos y ambiciosos, a los cardenales cínicos con sus séguitos de púrpura. Pero durante innumerables, anónimas generaciones, en anónimas campañas, ¿cuánto bien se ha hecho y, aún más, cuánto mal se ha evitado por oscuros párrocos, con sus dedicación cotidiana, pobres entre los pobres y, al mismo tiempo, ricos de un mensaje que las multitudes vivir morir? ha avudado а а ٧ а Existen, y son a menudo voluminosas y esmeradas, historias de aquella antiqua y extraordinaria institución que es la parroquia. Pero historia podrá jamás decir qué haya ninguna significado verdaderamente esta defensa ininterrumpida durante siglos, capilar, de la Iglesia entre la gente y para la gente, desde los últimos en la escala humana hasta los grandes del mundo. Un significado enorme en el plano social: pero aún más, más bien inestimable, en el plano invisible a los ojos de los hombres y percibido solamente por el Dueño de la mies. En resumen: en este clima de renovada agresión (incluso a menudo amamantada, al menos en Europa -y mientras dura-, de sospechosas) continuamos proclamas de tolerancia escuchando y analizando las voces del mundo que de tantas cosas nos acusan. Pero no olvidemos nunca que, a estas voces, a menudo infundadas, se les escapa cuanto realmente importa en el gran libro del activo y del pasivo que será abierto y desvelado cuando sea el momento del balance final.

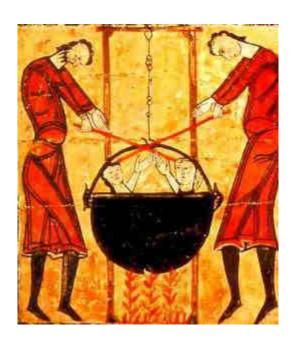
Vittorio Messori - en la revista italiana Jesús

Cuadrato - AÑO + 125 ca. «Dilexit Ecclesiam» (amó a la Iglesia Católica). Laudetur lesus Christus!



Escritor cristiano del s. II, autor de una Apología. Datos biográficos. C. (Quadratus) es, sin duda, la transcripción de Kodrátos, citado numerosas veces en la Historia Eclesiástica de Eusebio; lo que sabemos de este apologista se debe precisamente a Eusebio de Cesarea (v.). En un pasaje de su Historia escribe: «Después del gobierno de Trajano, que duró veinte años menos seis meses, sucede en el Imperio Elio Adriano. A este Adriano le dirigió Cuadrato un discurso, consistente en una Apología que compuso en defensa de nuestra religión, porque algunos malvados trataban de molestar a los nuestros. Este escrito lo conservan todavía numerosos hermanos y nosotros poseemos también una copia y en él pueden verse brillantes pruebas del talento de Cuadrato y de su ortodoxia apostólica. Y él mismo afirma su antigüedad, como se infiere de estas palabras: `las obras, empero, de nuestro Salvador estuvieron siempre presentes, puesto que eran verdaderas; los que curó, los que resucitó de entre los muertos no fueron vistos solamente en el momento de ser curados y resucitados, sino que estuvieron siempre presentes y eso no solamente mientras el Salvador vivía aquí abajo, sino aún después de su muerte han sobrevivido mucho tiempo, de suerte que algunos de ellos han llegado hasta nuestros días'» (IV,3: PG 20,307308). El mismo Eusebio escribe también en su Crónica que el año noveno del reinado de Adriano (117138) C., discípulo de los Apóstoles (S. Jerónimo, en su traducción, le califica de «oyente» de los Apóstoles), y Arístides, filósofo ateniense, enviaron a este Emperador escritos apologéticos.

Según estos datos, C. nació con toda verosimilitud en la segunda mitad del s. I. Resulta difícil probar su identidad con el profeta asiático y discípulo de los Apóstoles, mencionado por Eusebio en su Historia (111,37 y V,17: PG 20,291292 y 473474) y, por supuesto, nadie admite la identificación que S. Jerónimo hace de este apologista con el obispo C. de Atenas, que vivió durante el reinado de Marco Aurelio (De viris illustribus, 19: PL 23,669672; Epistolae, 70,4: PL 22,667). C. está considerado por varios autores como santo, probablemente mártir y discípulo de S. Ignacio de Antioquía.



Obra. Hasta el descubrimiento del texto siriaco de la Apología de Arístides se fechaban las dos obras, la de C. y la de Arístides, en los a. 125126, en conformidad a los datos que suministra la Crónica del historiador Eusebio. Hoy, la Apología de Arístides se fecha en el reinado de Antonino Pío (138161); se pensó que tal vez habría que aplicar un retraso parecido al escrito de C. Sin embargo, la mayoría de los historiadores y patrólogos no comparten esta opinión. Por una parte. Eusebio dice que tuvo en sus manos una copia de la Apología de C., mientras que de la obra de Arístides habla solamente por lo que ha oído; ello demuestra que escribe con conocimiento de causa sobre este asunto. Por otra parte, la frase citada de la Apología que habla de la supervivencia de testigos y sujetos de los milagros relatados en el Evangelio, sería sorprendente si el libro de C. hubiese sido escrito a mediados del s. II. Por ello parece lo más acertado fechar esta obra en la primera mitad del reinado de Adriano. Probablemente C. presentó su Apología al emperador Adriano durante la residencia de éste en Asia Menor, hacia los a. 123124 y no en Atenas, como dice S. Jerónimo. La fecha de composición tiene importancia para la historia de la literatura apologética (v.) cristiana, como hace notar Harnack.

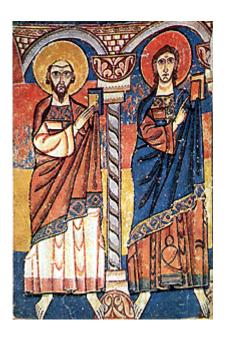
En cuanto al contenido, hasta el momento, y a pesar de los trabajos de J. R. Harris, no contamos más que con la media docena de líneas que nos ha salvado Eusebio de Cesarea. Los acontecimientos que

narra la Apología de C. recuerdan un fragmento de Papías (v.), en el que éste afirma que algunas de las personas resucitadas por Jesús vivieron hasta el reinado de Adriano. Esto nos permite concluir que a finales del s. I y principios del s. Il adquiere vigor, en Asia Menor, la argumentación apologética que se basa primordialmente en el testimonio directo y en los milagros, y que tiene su raíz en el evangelio de S. Juan.

Hay que considerar definitivamente frustrado el intento de Harris de demostrar que en las homilías seudoclementinas y en la novela de Barlaam y Josafat se hallan otros fragmentos de la obra de C. No está demostrada la hipótesis de P. Andriessen según la cual la Apología de C. debe identificarse con la carta a Diogneto (v.).

V. t.: APOLOGÉTICA II, 1.

BIBL.: E. AMANN, Quadratus, en DTC 13,14291431; T. ZAHN, Der álteste Apologete des Christentums, «Neue Kirchliche Zeitschrift» 2 (1891) 281287; A. HARNACK, Die Chronologie der altchristlichen Literatur, I, Leipzig 1897, 264271; O. BARDENHEWER, Geschichte der altkirlichen Literatur, I, Friburgo de Brisgovia 1902, 168171; 1. R. HARRIS, The Apology of Quadratus, «Expository Times» 32 (1921) 147160; G. BARDY, Sur l'apologiste Quadratus, «Annuaire de l'Institut de Philosophie et Histoire Orientale et Slave» 9 (1949) 7586. S. AZNAR TELLO.



El anuncio de Cristo y su Evangelio en un mundo relativista es para el nuevo Papa Benedicto XVI uno de los desafíos centrales de la Iglesia. Así lo explicó el cardenal Joseph Ratzinger en un encuentro con periodistas que mantuvo en la Universidad Católica San Antonio de Murcia (España) al participar en el Congreso Internacional de Cristología, el 30 de noviembre de 2002.

Ofrecemos esta larga entrevista en el que se reflejan algunos de los rasgos característicos de quien es considerado como uno de los teólogos más grandes contemporáneos.

--Algunos interpretan en muchas ocasiones el hecho de anunciar a Cristo como una ruptura en el diálogo con las demás religiones ¿Cómo es posible anunciar a Cristo y dialogar al mismo tiempo?

-- Diría que hoy realmente se da una dominación del relativismo. Quien nos es relativista parecería que es alguien intolerante. Pensar que se puede comprender la verdad esencial es visto ya como algo intolerante. Pero en realidad esta exclusión de la verdad es un tipo de intolerancia muy grave y reduce las cosas esenciales de la vida humana al subjetivismo. De este modo, en las cosas esenciales ya no tendremos una visión común. Cada uno podría y debería decidir como puede. Perdemos así los fundamentos éticos de nuestra vida común.

Cristo es totalmente diferente a todos los fundadores de otras religiones, y no puede ser reducido a un Buda, o a un Sócrates, o un Confucio. Es realmente el puente entre el cielo y la tierra, la luz de la verdad que se nos ha aparecido. El don de conocer a Jesús no significa que no haya fragmentos importantes de verdad en otras religiones. A la luz de Cristo, podemos instaurar un diálogo fecundo con un punto de referencia en el que podemos ver cómo todos estos fragmentos de verdad contribuyen a una profundización de nuestra propia fe y a una auténtica comunión espiritual de la humanidad.

--¿Qué le diría usted a un joven teólogo? ¿Qué aspectos de la cristología le aconsejaría estudiar?

-- Es importante, ante todo, conocer la Sagrada Escritura, el testimonio vivo de los Evangelios, tanto de los sinópticos como del Evangelio de san Juan, para escuchar la auténtica voz. En segundo lugar, son muy importantes los grandes concilios, sobre todo el Concilio de Calcedonia, así como los sucesivos Concilios que aclararon el significado de esa gran fórmula sobre Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. La novedad de que es realmente es Hijo de Dios, y realmente hombre, no es una apariencia, por el contrario une Dios al hombre. En tercer lugar, le sugiero profundizar en el misterio pascual: conocer este misterio del sufrimiento y de la resurrección del Señor y de este modo conocer qué es la Redención. La novedad de que Dios, en la persona de Jesús, sufre, lleva nuestros sufrimientos, comparte nuestra vida, y de este modo crea el paso a la auténtica vida en la Resurrección. Se trata de todo el problema de la liberación de la vida humana, que hoy está comprendida en el misterio pascual, por una parte se relaciona con la vida concreta de nuestro tiempo y, por otra, se representa en la liturgia. Me parece central precisamente este nexo entre liturgia y vida, ambas fundadas en el misterio pascual.

--¿Qué ha aprendido el cardenal Ratzinger que no supiera ya el teólogo Ratzinger?

-- La substancia de mi fe en Cristo ha seguido siendo siempre la misma: conocer a este hombre que es Dios que me conoce, que --como dice san Pablo-- se ha entregado por mí. Está presente para ayudarme y guiarme. Esta substancia ha seguido siendo siempre igual. En el transcurso de mi vida he leído a los Padres de la Iglesia, a los grandes teólogos, así como la teología presente. Cuando yo era joven era determinante en Alemania la

teología de Bultmann, la teología existencialista; después fue más determinante la teología de Moltmann, teología de influencia marxista, por así decir. Diría que en el momento actual el diálogo con las demás religiones es el punto más importante: comprender cómo por una parte Cristo es único, y por otra parte cómo responde a todos los demás, que son precursores de Cristo, y que están en diálogo con Cristo.

--¿Qué debe hacer una Universidad católica, portadora de la verdad de Cristo, para hacer presente la misión evangelizadora del cristianismo?

-- Es importante que en una Universidad católica no se aprenda sólo la preparación para una cierta profesión. Una Universidad es algo más que una escuela profesional, en la que aprendo física, sociología, química.... Es muy importante una buena formación profesional, pero si fuera sólo esto no sería más que un techo de escuelas profesionales diferentes. Una Universidad tiene que tener como fundamento la construcción de una interpretación válida de la existencia humana. A la luz de este fundamento podemos ver el lugar que ocupan cada una de las ciencias, así como nuestra fe cristiana, que debe estar presente a un alto nivel intelectual.

Por este motivo, en la escuela católica tiene que darse una formación fundamental en las cuestiones de la fe y sobre todo un diálogo interdisciplinar entre profesores y estudiantes para que juntos puedan comprender la misión de un intelectual católico en nuestro mundo.

--Ante la búsqueda actual de espiritualidad, mucha gente recurre a la meditación trascendental. ¿Qué diferencia hay entre la meditación trascendental y la meditación cristiana?

-- En pocas palabras, diría que lo esencial de la meditación trascendental es que el hombre se expropia del propio yo, se une con la universal esencia del mundo; por tanto, queda un poco despersonalizado. Por el contrario, en la meditación cristiana no pierdo mi personalidad, entro en una relación personal con la persona de Cristo, entro en relación con el «Tú» de Cristo, y de este modo este «yo» no se pierde, mantiene su identidad y responsabilidad. Al mismo tiempo se abre, entra en una unidad más profunda, que es la unidad del amor que no destruye. Por tanto, diría en pocas palabras, simplificando un poco, que la meditación trascendental es impersonal, y en este sentido «despersonalizante». Mientras que la meditación cristiana «personalizante» y abre a una unidad profunda que nace del amor y no de la disolución del yo.

--Usted es prefecto para la Congregación para la Doctrina de la Fe, lo que antes se llamaba la Inquisición. Mucha gente desconoce los dicasterios vaticanos. Creen que es un lugar de condena. ¿En qué consiste su trabajo?

-- Es difícil responder a esto en dos palabras. Tenemos dos secciones principales: una disciplinar y otra doctrina.

La disciplinar tiene que ocuparse de problemas de delitos de sacerdotes, que por desgracia existen en la Iglesia. Ahora tenemos el gran problema de la pederastia, como sabéis. En este caso, debemos sobre todo ayudar a los obispos a encontrar los procedimientos adecuados y somos una especie de tribunal de apelación: si uno se siente tratado injustamente por el obispo, puede recurrir a nosotros.

La otra sección, más conocida, es doctrinal. En este sentido, Pablo VI definió nuestra tarea como «promover» y «defender» la fe. Promover, es decir, ayudar el diálogo en la familia de los teólogos del mundo, seguir este diálogo, y alentar las corrientes positivas, así como ayudar a las tendencias menos positivas a conformarse con las tendencias más positivas. La otra dimensión es defender: en el contexto del mondo de hoy, con su relativismo, con una oposición profunda a la fe de la Iglesia en muchas partes del mundo, con ideología agnóstica, atea, etc., la pérdida de la identidad de la fe tiene lugar con facilidad. Tenemos que ayudar a distinguir auténticas novedades, auténticos progresos, de otros pasos que implican una pérdida de identidad de la fe.

Tenemos a disposición dos instrumentos muy importantes para este trabajo, la Comisión Teológica Internacional, con 30 teólogos propuestos por cinco años a propuesta de los obispos; y la Comisión Bíblica, con 30 exegetas, también ellos propuestos por los obispos. Son foros de discusión para los teólogos para encontrar por así decir un entendimiento internacional incluso entre las diferentes escuelas de teología, y un diálogo con el Magisterio.

Para nosotros es fundamental la colaboración con los obispos. Si es posible, deben resolver los problemas los obispos. Pero con frecuencia se trata de teólogos que tienen fama internacional y, por tanto, el problema supera las

posibilidades de un obispo, de modo que es llevado a la Congregación. Aquí promovemos el diálogo con estos teólogos para llegar, si es posible, a una solución pacífica. Sólo en poquísimos casos se da una solución negativa.

- --Este último año ha sido difícil para los católicos por el espacio que han tenido en los medios de comunicación los escándalos atribuidos a sacerdotes. Algunos han hablado de campaña contra la Iglesia. Usted, ¿qué piensa?
- -- También en la Iglesia los sacerdotes son pecadores, pero estoy personalmente convencido de que la permanente presencia de pecados de sacerdotes católicos en la prensa, sobre todo en Estados Unidos, es una campaña construida, pues el porcentaje de estos delitos entre sacerdotes no es más elevado que en otras categorías, o quizá es más bajo. En Estados Unidos vemos continuamente noticias sobre este tema, pero menos del 1% de los sacerdotes son culpables de actos de este tipo. La permanente presencia de estas noticias no corresponde a la objetividad de la información ni a la objetividad estadística de los hechos. Por tanto, se llega a la conclusión de que es querida, manipulada, que se quiere desacreditar a la Iglesia. Es una conclusión muy lógica y fundada.
- --Se debate el que en los preámbulos de la futura Constitución europea aparezca la palabra de Dios y referencias al pasado cristiano de Europa. ¿Piensa usted que puede haber una Europa unida de espaldas a su pasado cristiano?
- -- Estoy convencido de que Europa no debe ser sólo algo económico, político, sino que tiene necesidad de fundamentos espirituales. Es un hecho histórico que Europa es cristiana, y que ha crecido sobre el fundamento de la fe cristiana, que sigue siendo el fundamento de los valores para este continente, que a su vez ha influido en otros continentes. Me parece indispensable tener un fundamento de valores y, si nos preguntamos cuál es este fundamento, nos damos cuenta que no hay otro fuera de los grandes valores de la fe cristiana, por encima de las confesiones, y por ello para mí es indispensable el que en esta Constitución futura de Europa se hable de los anos de esta Europa.

No quisiera caer en el error de construir un catolicismo político. La fe no indica inmediatamente recetas políticas, pero indica los fundamentos. Por una parte, la política tiene su autonomía, pero por otra parte no hay una separación total

entre política y fe. Existen fundamentos de la fe que crean después un espacio libre para la razón política. Por tanto, la pregunta es qué es lo que pertenece a estos fundamentos para que pueda funcionar la política. ¿Cuáles son los aspectos que deben dejarse libres?

En primer lugar, es fundamental tener una visión moral antropológica y aquí la fe nos da la luz. Para tener esta visión antropológica, que garantiza la libertad de la razón política, ¿es necesaria la persona de Dios? Estoy convencido de que una moral que no conoce a Dios se fragmenta y, por tanto, al menos la gran intuición de que hay un Dios que nos conoce y nos indica la figura del hombre, como imagen de Dios, pertenece a estos fundamentos. Además [citar a Dios] no es un acto de violencia contra nadie, no destruye la libertad de nadie, sino que abre a todos el espacio libre para poder construir una vida realmente humana, moral.

--Hay profesores de seminario del País Vasco que llegan a justificar el terrorismo de ETA o no lo condenan tajantemente. Parece ser que hay conexiones entre estos sacerdotes y la teología de la liberación. Se habla incluso de una Iglesia indígena vasca. ¿Qué decisiones se pueden tomar contra esto?

-- En este caso se aplica simplemente lo que la Congregación para la Doctrina de la Fe dijo entre los años 1984 [instrucción «Libertatis nuntius»] y 1986 [instrucción «Libertatis conscientia»] sobre la teología de la liberación. Ciertamente el cristianismo se relaciona con la libertad, pero la verdadera libertad no es una libertad política. La política tiene su autonomía, esto ha sido subrayado sobre todo por el Concilio Vaticano II y no debe ser construida por la fe como tal, debe tener su racionalidad. De la Sagrada Escritura no se pueden deducir recetas políticas y muchos menos justificaciones del terrorismo. Me parece que por lo que se refiere a este caso específico ya está dicho todo en las dos instrucciones de nuestra Congregación para la teología de la liberación. La novedad del mesianismo cristiano consiste en que Cristo no es inmediatamente el mesías político, que realiza la liberación de Israel, como se esperaba. Este era el modelo de Barrabás, que querían alcanzar inmediatamente incluso con el terrorismo la liberación de Israel. Cristo creó otro modelo de liberación, que se ha realizado en la comunidad apostólica, y en la Iglesia tal y como se ha constituido, conformado, y testimoniado en el Nuevo Testamento. Pero, como decía, va todo está dicho en esas dos instrucciones.

--Si hacemos un balance de la actividad inaudita del Papa Juan Pablo II, ¿cuál será la contribución más importante de este papado? ¿Cómo recordará el cristianismo a este Papa?

-- No soy un profeta, por eso no me atrevo a decir qué es lo que dirán en cincuenta años, pero creo que será sumamente importante el hecho de que el Santo Padre haya estado presente en todas las partes de la Iglesia. De este modo, ha creado una experiencia sumamente viva de la catolicidad y de la unidad de la Iglesia. La síntesis entre catolicidad y unidad es una sinfonía, no es uniformidad. Lo dijeron los Padres de la Iglesia. Babilonia era uniformidad, y la técnica crea uniformidad. La fe, como se ve en Pentecostés en donde los apóstoles hablan todos los idiomas, es sinfonía, es pluralidad en la unidad. Esto aparece con gran claridad en el pontificado del Santo Padre con sus visitas pastorales, sus encuentros.

Pienso que algunos documentos serán importantes para siempre: quiero mencionar las encíclicas «Redemtoris missio», la «Veritatis splendor», la «Evangelium vitae» y también «Fides et ratio». Son cuatro documentos que serán realmente monumentos para el futuro.

Por último, me parece que se recordará su apertura a las demás comunidades cristianas, a las demás religiones del mundo, al mundo profano, a las ciencias, al mundo político. En esto, él ha hecho siempre referencia a la fe y a sus valores, pero al mismo tiempo ha mostrado también que la fe es capaz de entrar en diálogo con todos.

--¿Cuál es la aportación de Juan Pablo II al diálogo interreligioso?

-- El Santo Padre ve su misión propia como una misión de conciliación en el mundo, una misión de paz. Mientras en el pasado por desgracia se daban guerras de religión, el Santo Padre quiere mostrar que la justa relación entre las religiones no es la guerra, no es la violencia, es el diálogo, y el intento de comprender los elementos de verdad que se dan en las demás religiones. El Santo Padre no pretende relativizar la unicidad de Cristo, que es el Camino, la Verdad, y la Vida, pero quiere mostrar que esta verdad sobre Cristo no puede anunciarse con violencia o con el poder humano, sino sólo con la fuerza de la verdad. Y para eso se requiere un contacto humano de diálogo y de amor, como hicieron los apóstoles en la gran misión de la Iglesia antigua: sin servirse del poder mundano, utilizando la fuerza de convicción. El testimonio del sufrimiento, el testimonio de la caridad y del diálogo convenció al mundo

antiguo. El Santo Padre trata simplemente de renovar esta fuerza de diálogo y de amor de los primeros siglos en la relación con las religiones.

--Se ha dicho que es necesario convocar un nuevo Concilio Vaticano III para que la Iglesia se vaya adaptando a los nuevos tiempos. Usted, ¿qué opina?

-- Ante todo, yo diría que es un problema práctico. No hemos realizado suficientemente la herencia del Vaticano II, estamos trabajando todavía para asimilar e interpretar bien esta herencia, pues los procesos vitales requieren tiempo. Una medida técnica se puede aplicar rápidamente, pero la vida tiene caminos mucho más largos. Se requiere tiempo para que crezca un bosque, se requiere tiempo para que crezca un hombre... De este modo, estos caminos espirituales, como el de la asimilación de un Concilio, son caminos de vida, que tienen necesidad de una cierta duración, y que no se pueden recorrer de un día para otro. Por eso creo que no ha llegado el momento de un nuevo Concilio. Este no es el problema primario, pero sería también un problema práctico. En el Vaticano II tuvimos dos mil obispos y era ya sumamente difícil poder tener una reunión de diálogo; ahora tendríamos cuatro mil obispos y creo que habría que inventar técnicas para el diálogo.

Quisiera recordar algo que sucedió en el siglo IV, siglo de grandes concilios. Cuando invitaron diez años después de un concilio a san Gregorio Nazianceno a participar en un nuevo concilio, dijo: «¡No! Yo no voy. Ahora tenemos que seguir trabajando sobre el otro. Tenemos tantos problemas. ¿Para qué queréis convocar inmediatamente otro?». Creo que esta voz algo emotiva nos muestra que se requiere tiempo para asimilar un concilio.

En el tiempo intermedio entre dos grandes concilios, son necesarias sobre todo otras formas de contacto entre los episcopados: los Sínodos en Roma, por ejemplo. Es necesario sin duda mejorar el procedimiento, pues hay demasiados monólogos. Tenemos que encontrar realmente un proceso sinodal, de un camino en común. Después están los sínodos continentales, regionales, etc. El trabajo efectivo de las Conferencias Episcopales. El encuentro de las Conferencias Episcopales con la Santa Sede. Nosotros [en la Curia romana] vemos en el transcurso de cinco años a todos los obispos del mundo. Hemos mejorado mucho estas visitas «ad limina», que antes eran muy formales y que ahora son auténticos encuentros de diálogo. Por tanto, tenemos que mejorar estos instrumentos para tener un permanente diálogo entre todas las partes de la Iglesia y entre todas las partes con la Santa Sede,

para llegar a una mejor aplicación del Concilio Vaticano II. Y después veremos...

- --¿Cómo mantener la fidelidad a la Iglesia y favorecer la comunión, estando abiertos a que el Espíritu nos lleve hasta la verdad completa. Es decir, ¿cómo es posible no caer en el extremo de rigidez y ruptura?
- -- Creo que es una cuestión sobre todo de la maduración de la fe personal. Aparentemente fidelidad y apertura parecen excluirse. Pero yo creo que la auténtica fidelidad al Señor Jesús, y a su Iglesia, que es su Cuerpo, es una fidelidad dinámica. La verdad es para todos y todos están creados para llegar al Señor. Sus brazos abiertos en la cruz simbolizan para los Padres de la Iglesia al mismo tiempo la máxima fidelidad --el Señor es clavado en la cruz-y el abrazo al mundo, para atraer al mundo hacia sí, y dejar espacio a todos. Por tanto, una auténtica fidelidad al Señor participa en el dinamismo de la persona de Cristo, que puede abrirse a los diferentes desafíos de la realidad, del otro, del mundo, etc. Pero al mismo tiempo, encuentra ahí su identidad profunda, que no excluye nada que sea verdadero, sólo excluye la mentira. En la medida en que entramos en comunión con Cristo, en su amor que nos acepta a todos y nos purifica a todos, en la medida en que participamos en la comunión con Cristo, podemos ser fieles y abiertos.
- --¿En qué situación se encuentra actualmente la comunicación ecuménica del concepto de Iglesia? Después de la instrucción «Dominus lesus» (6 de agosto de 2000) de la Congregación para la Doctrina de la Fe se dieron críticas entre representantes de las Iglesias evangélicas, pues no aceptaron o no entendieron bien declaraciones suyas, pues usted decía que más que Iglesias debían ser consideradas como comunidades cristianas.
- -- El tema exigiría una discusión larga. En primer lugar, se nos dijo que. si en la «Dominus lesus», sólo hubiéramos hablado del carácter único de Cristo, toda la cristiandad habría quedado encantada con este documento, todos se hubieran unido en un aplauso a la Congregación. «¿Por qué habéis añadido el problema eclesiológico que ha suscitado críticas?», nos han preguntado.

Sin embargo, era necesario hablar también de la Iglesia, pues Jesús creó este Cuerpo, y Él está presente a través de los siglos a través de su Cuerpo, que es la Iglesia. La Iglesia no es un espíritu que revolotea. Estoy convencido de que [en la «Dominus Iesus»] hemos interpretado de manera totalmente fiel

la «Lumen Gentium» del Vaticano II, mientras que en estos últimos treinta años hemos ido atenuando el texto. De hecho, nuestros críticos, nos han dicho que nos hemos quedado en la letra del Concilio, pero que no hemos entendido el Concilio. Al menos reconocen que somos fieles a la letra.

La Iglesia de Cristo no es una utopía ecuménica, no es algo que hacemos nosotros, no sería la Iglesia de Cristo. Por eso estamos convencidos de que la Iglesia es un Cuerpo, no es sólo una idea, pero esto no excluye diferentes modos de una cierta presencia de la Iglesia incluso fuera de la Iglesia católica que son especificados por el Concilio. Me parece evidente que existen, por tanto matices, y es comprensible que esto genere debates dentro de la Iglesia.

- --¿Piensa que la Iglesia, especialmente en el mundo occidental, está preparada para afrontar la descristianización y el vacío de la fe tan grande que hay? O, ¿todavía se da entre los hombres de Iglesia una visión de cristiandad, y no de una Iglesia misionera?
- -- Creo que en este sentido tenemos mucho que aprender. Nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, de las cuestiones estructurales, del celibato, de la ordenación de las mujeres, de los consejos pastorales, de los derechos de estos consejos, de los sínodos... Trabajamos siempre sobre nuestros problemas internos y no nos damos cuenta de que el mundo tiene necesidad de respuestas, no sabe cómo vivir. Esta incapacidad de vivir del mundo se ve en la droga, en el terrorismo, etc. Por tanto, el mundo tiene sed de respuestas, y nosotros nos quedamos en nuestros problemas. Estoy convencido de que si salimos al encuentro de los demás y presentamos a los demás de manera apropiada el Evangelio, se relativizarán y resolverán incluso los problemas internos. Para mí este es un punto fundamental: tenemos que hacer el Evangelio accesible al mundo secularizado de hoy.
- --¿Cuál cree que puede ser el punto de partida para coordinar el crecimiento del poder técnico y científico de la humanidad con la fe y la moral?
- -- Es algo que hay que descubrir de nuevo, pues los paradigmas científicos cambian, y de este modo la situación del diálogo entre ciencia y fe se encuentra ante nuevos desafíos. Un instrumento importante, por ejemplo, es la Academia Pontificia de las Ciencias, de la que ahora soy también miembro, y de hecho hace poco he participado por primera vez en una de sus

reuniones. Hasta ahora era solamente una asamblea de científicos: físicos, biólogos, etc.; ahora han entrado también filósofos y teólogos. Hemos visto que es difícil el diálogo entre las ciencias y la filosofía y la teología pues son modos totalmente diferentes de afrontar la realidad, con métodos diferentes, etc. Uno de estos académicos --era especialista en la investigación del cerebro humano-- dijo: existen dos mundos inconciliables, por una parte tenemos la ciencia exacta para la cual --en su campo-- no hay libertad, no hay una presencia del espíritu, y por otra parte, me doy cuenta de que soy un hombre y sé que soy libre. Por tanto, según él, son dos mundos diferentes y no tenemos la posibilidad de conciliar estas dos percepciones del mundo. Él mismo reconocía que creía en los dos mundos: en la ciencia que niega la libertad y en su experiencia de hombre libre. Pero de este modo no podemos vivir, sería una esquizofrenia permanente. En esta situación actual de una aguda especialización metodológica por parte de ambas partes, debemos buscar la manera en la que uno descubra la racionalidad del otro y encontrar un auténtico diálogo. Por el momento no existe una fórmula. Por eso es sumamente importante el que se encuentren exponentes de las dos partes del pensamiento humano: las ciencias, y la filosofía y la teología. Así pueden descubrir que ambas son expresiones de la razón auténtica, pero deben comprender que la realidad es una y que el hombre es uno. Por eso es muy importante que, en la Universidades, las facultades no estén una junto a otra, sino que estén en un contacto permanente, en el que aprendemos a pensar con los demás y a encontrar la unidad de la realidad.

Fecha publicación: 2005-10-14

Intervenciones escritas que no pudieron ser leídas ante el Sínodo

CIUDAD DEL VATICANO, viernes, 14 octubre 2005 (<u>ZENIT.org</u>).- Publicamos las intervenciones escritas de padres sinodales y un auditor que no pudieron pronunciarlas ante el aula del Sínodo sobre la Eucaristía. Los textos han sido distribuidos por la Secretaría General del Sínodo.

* * *

- S. Em. R. Mons. Evaristus Thatho BITSOANE, Obispo de Qacha's Nek, Presidente de la Conferencia Episcopal (LESOTO)
- S. Em. R. Mons. Ian MURRAY, Obispo de Argyll y de las Islas (GRAN BRETAÑA (ESCOCIA)
- S. Em. R. Mons. Liborius Ndumbukuti NASHENDA, O.M.I., Arzobispo de Windhoek (NAMIBIA)
- S. Em. R. Mons. Tesfay MEDHIN, Obispo de Adigrat (ETIOPÍA)
- S. Em. R. Mons. Felix Alaba Adeosin JOB, Arzobispo de Ibadan (NIGERIA)

* * *

- S. Em. R. Mons. Evaristus Thatho BITSOANE, Obispo de Qacha's Nek, Presidente de la Conferencia Episcopal (LESOTO)

La unión personal del fiel con Cristo es el centro de la Liturgia Eucarística. Nuestro problema principal es la escasez de sacerdotes para la celebración Eucarística cada domingo, especialmente en aquellos distritos apartados que los sacerdotes visitan pocas veces al año. Recurrir a los ministros extraordinarios de la Eucaristía, que seguían a los sacerdotes a estos lugares apartados, parecía una buena solución. También los enfermos pudieron recibir el Santo Sacramento algunas veces al año.

En seguida se presentaron serios problemas. No existían lugares donde se pudiera custodiar el Santísimo Sacramento de manera apropiada. Los contenedores del Santísimo no se encontraban fácilmente y la gente acababa por usar lo que encontraba. En algunas ocasiones sucedió que el tabernáculo se rompía y se llevaban el Santísimo Sacramento o se desmigajaba por todas partes.

Con el tiempo los ministros extraordinarios de la Eucaristía recibían la misma consideración que los ministros ordinarios, podían distribuir la Eucaristía cuando lo deseaban y a quien quisieran. La relación entre la Eucaristía y el Sacramento de la reconciliación disminuyó gradualmente, hasta el punto de que los fieles no sentían la necesidad de confesarse antes de la Comunión. El Sacramento de la reconciliación es poco frecuentado, especialmente entre los jóvenes.

Para poner fin a estos abusos, consideramos que hay que empezar desde el seminario: dar a la Eucaristía el sitio de honor en la formación de nuestros futuros sacerdotes. Hacerles conscientes, cuando son jóvenes, de que son ministros ordinarios de la Eucaristía y de que la Eucaristía debe ser el centro de sus vidas. Hay que recordar a menudo a los sacerdotes que son ellos los ministros ordinarios de la Eucaristía, que delegan el importante ministerio de la distribución de la Santa Comunión a laicos oportunamente preparados.

Hay que intensificar la catequesis, especialmente entre los jóvenes, para superar la indiferencia que se percibe en nuestros días.

[Texto original: inglés]

- S. Em. R. Mons. Ian MURRAY, Obispo de Argyll y de las Islas (GRAN BRETAÑA (ESCOCIA)

Es actuando in persona Christi en el único sacrificio de la Eucaristía, que todo el ministerio sacerdotal extrae la propia fuerza (CCC 1566). La disminución de las vocaciones al sacerdocio en los países desarrollados hace que la Eucaristía, si bien menos disponible que en el pasado, sea más accesible que en los países en vías de desarrollo. En estos países, de hecho, pobrezas temporal y espiritual están en el mismo nivel; en los países ricos éstas parecen ser inversamente proporcionales.

Hoy las vocaciones se dan cada vez más entre hombres adultos. Nacen de su experiencia, pero, muchas veces, se ven afectadas por el peso de actitudes más adecuadas al mundo que a la Iglesia. Con frecuencia se hace necesaria una reeducación. En lo que concierne a la formación del clero se deben considerar dos aspectos: la formación académica y la formación humana y espiritual. El desarrollo intelectual solamente no es suficiente. Una mujer que padeció persecuciones por su fe dijo: "Conservé la fe gracias a la santidad de los sacerdotes". Es interesante poner en evidencia cuánto invertimos en la formación académica de nuestros sacerdotes en comparación a cuánto invertimos, en cambio, en su formación humana y espiritual.

La liturgia es un instrumento clave de evangelización y debe ser celebrada en una lengua que introduzca a los fieles en ese corazón del Misterio de la fe. Los textos deben trascender los caprichos de las modas lingüísticas. Las lenguas locales presentan dificultades particulares, como ocurre en mi diócesis con el gaélico escocés. En situaciones como ésta se debería conferir a las Conferencias episcopales locales la autoridad para armonizar y aprobar estos textos litúrgicos.

Los capellanes, gracias al conocimiento lingüístico de los países europeos, deberían ser capaces de acoger a los inmigrantes y servirles, posiblemente, en las diversas lenguas.

[Texto original: inglés]

- S. Em. R. Mons. Liborius Ndumbukuti NASHENDA, O.M.I., Arzobispo de Windhoek (NAMIBIA)

Os traigo cordiales saludos de Namibia.

Mi reflexión trata fundamentalmente de nuestra impresión general, como Conferencia Episcopal, sobre el Instrumentum Laboris, dividida en seis puntos:

- 1. Los progresos en los estudios bíblicos y patrísticos han ampliado nuestra comprensión de la teología eucarística. Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, es particularmente consciente de la rica herencia teológica que hemos recibido de los primeros Padres de la Iglesia, lo que ha sido ya afirmado en muchas intervenciones.
- 2. La teología de la Eucaristía afecta a casi todos los sectores fundamentales de la teología. Desde el Concilio Vaticano II se han venido afrontando los principales temas. Por eso, cada documento que salga directamente del Sínodo de los Obispos debería facilitar un tratamiento equilibrado, intertextual del tema. Sería un error producir un documento que afronte sólo algunos de los temas en cuestión para corregir determinados abusos de los que nos hemos dado cuenta. Más bien debería sugerir respuestas pastorales a las necesidades de esas personas de la tierra que están privadas del don de la Eucaristía (por ejemplo, divorciados que reciben la Santa Comunión, por citar sólo una de estas situaciones).
- 3. Deberíamos evitar producir a toda costa un documento disciplinar, o que dé la sensación de que se concentra en rúbricas carentes de un fuerte fundamento teológico.
- 4. La dimensión pastoral-misionera de la Eucaristía debería ser evidenciada en alguna deliberación o en algún documento. Estos deberían subrayar el

vínculo esencial entre eclesiología y Eucaristía, entre ministerio y Eucaristía, y, obviamente, entre misión y Eucaristía. 5. La relación entre inculturación y Eucaristía es muy importante, sobre todo para los países en vías de desarrollo, especialmente en África, Asia y América Latina. La experiencia de las Iglesias orientales en el desarrollo de algunos ritos puede ser ejemplarmente instructivo.

6. Todos nosotros, Padres sinodales, deberíamos ser conscientes de que el documento que vamos a preparar tiene que constituir una parte de la trilogía sobre la Eucaristía recientemente producida. En primer lugar, la carta de nuestro difunto Santo Padre Mane Nobiscum, Domine; luego, la reflexión publicada por la Congregación para el Culto divino; y ahora, el documento sinodal. De este modo, nuestra reflexión podrá hablar al corazón de la gente de esta sociedad nuestra secularizada, especialmente a aquellos que han sido contagiados o están afectados por el virus del SIDA, con el fin de ofrecerles alimento eucarístico y consuelo en el camino de la fe.

[Texto original: inglés]

- S. Em. R. Mons. Tesfay MEDHIN, Obispo de Adigrat (ETIOPÍA)

Deseo centrar mi intervención en el aspecto relacional de la Eucaristía, en y 85 referencia nº 28. 33 del Instrumentum Laboris: а los "Percepción del misterio eucarístico entre los fieles" - "su dimensión ecuménica"

La Misa dominical y la Santa Comunión siguen siendo el centro y la espina dorsal de la vida parroquial, individual y colectivamente, de la Iglesia de Etiopía, tanto católica como ortodoxa. El domingo y en las solemnidades, por las calles y a lo largo de los senderos del campo que conducen a las iglesias, se ven filas ininterrumpidas de personas vestidas principalmente de blanco. Se podría afirmar que en el campo la participación a la Misa dominical y a la Comunión puede alcanzar el 70-80 %. En las ciudades, en cambio, y entre las generaciones más jóvenes, los datos no son tan elevados (tal vez en torno al 55 %).

La fuerza motriz que está detrás de este fenómeno no es la pura racionalidad, sino una formación litúrgica, un sentido de devoción y de respeto por lo "sagrado" muy profundo, al que no afectan fácilmente criterios exteriores como el tiempo y las presiones de la vida material. Según la tradición etíope, que tiene en cuenta la profunda convicción entre los fieles de la naturaleza misteriosa de la Eucaristía:

su comprensión radica en el aspecto sacrificial del Misterio, junto con la

participación en el Misterio Pascual de Cristo y la construcción de su Cuerpo que es la Iglesia. Éste es el aspecto preponderante del Misterio preponderante en la tradición litúrgica etíope.

La Trinidad, Cristo, el Cordero Pascual, y María ocupan el lugar central en la celebración del rito etíope. Siempre ha existido una profunda devoción por María, Madre de Dios, a la que se considera también "mujer de la Eucaristía", "primer tabernáculo de la Eucaristía" (cf. nº 76). Fuente y santuario de la Eucaristía. Por eso, es un deber litúrgico en la Iglesias de tradición oriental tener la imagen de María siempre cercana al Hijo.

En la liturgia son evidentes la solemnidad, un gran respeto por lo sagrado, reverencia en presencia del "Mysterium Tremendum", y cada movimiento físico que crea distracción se reduce al mínimo. Si bien hoy participan en mayor número, hay gran reluctancia de los fieles a recibir la comunión sin haber recibido antes adecuadamente la gracia de la Penitencia. Como fruto de esta práctica de devoción eclesial común a la Eucaristía y a la liturgia, es decir, como implicaciones sociales de la Eucaristía (IL 79), esto obviamente ha ayudado a las comunidades a avanzar y a conservar sus valores familiares y religiosos y su integridad, a pesar de los diversos problemas políticos y sociales, las calamidades naturales y los conflictos que han causado tanto sufrimiento a la gente.

No obstante, los aspectos destructivos de la globalización y las presiones seculares y consumistas han alcanzado y están influenciando la vida familiar, jóvenes y la autoridad moral los de la Nuestro mundo tiene más que nunca necesidad de orden y de redención, y creo que no hay nada más poderoso que la fuerza transformadora de la Eucaristía y el magnífico programa del Santo Padre para testimoniar la "cultura de la Eucaristía" a través del instrumento del "diálogo" (IL 76). Espero mucho de este Sínodo, que el Espíritu Santo siga inspirándolo a fin de que presente al Santo Padre propuestas innovadoras y oportunas, que puedan salvar las almas , y con orientaciones pastorales capaces de dar esperanza a nuestros sacerdotes y fieles centrados en el vínculo pastoral de la Eucaristía en lo que concierne a la familia y a los jóvenes, gravemente amenazados por la más letal de las pandemias, el HIV/Sida, en muchas partes del mundo.

Por lo tanto, como fruto del Año de la Eucaristía, deseo rezar al Espíritu Santo para que inspire este Sínodo y pueda:

- proponer opciones, por ejemplo un Sínodo especial, para promover la unidad de los cristianos;

-promover la catequesis basada en la espiritualidad eucarística, afrontando

especialmente la vida de la familia y de los jóvenes para profundizar la fe y la devoción eucarística en la familia y entre los jóvenes; -dedicar una atención particular a la formación en el seminario a fin de asegurar la espiritualidad eucarística en la vida de los sacerdotes y de los fieles y para la adhesión a homilías y a celebraciones litúrgicas bien preparadas.

Que el Espíritu Santo siga inspirando este Sínodo a ser el instrumento de esperanza y de vida en Cristo, y que la fuerza transformadora del amor de Cristo sane, a través de la Eucaristía, el mundo de sus heridas.

[Texto original: inglés]

- S. Em. R. Mons. Felix Alaba Adeosin JOB, Arzobispo de Ibadan (NIGERIA)

Cuidado pastoral de los inmigrantes

Deseo hablar a esta Asamblea acerca del cuidado pastoral de los inmigrantes. Por inmigrantes entiendo todas aquellas personas que dejaron la propia nación o región, para dirigirse a otro lugar a causa de desastres naturales, para buscar prados más verdes o el vellocino de oro (títulos académicos). Deseo dirigirme principalmente al obispo, que es el supremo Pastor del rebaño encomendado a sus cuidados, el ordinario local y el "primus mysteriorum dei dispensator". El Instrumentum laboris nos recuerda que la Eucaristía reúne a los fieles y hace de ellos una comunidad, no obstante las diferencias nación de raza. lengua, cultura. Es difícil, actualmente, encontrar una nación que no dé refugio a miles de inmigrantes. San Pablo nos recuerda que, "porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan" (1 Cor 10, 17). El obispo o el párroco no deberían tratar a los fieles inmigrantes como huéspedes de la Iglesia. Deberían, más bien, acogerlos, hacer que se sientan como en su propia casa y miembros de la Iglesia universal. Su liturgia viva debe ser usada para rejuvenecer a la Iglesia local y deben ser preparados para ser misioneros de ellos mismos, sirviendo como categuistas, lectores laicos, etc. en el seno de la comunidad. En el Nº 25 del Instrumentum laboris, se nos recuerda que "los fieles laicos (son) parte esencial de la Iglesia comunión". La emigración no se limita solamente a los fieles laicos. Tenemos sacerdotes y religiosos que son envidados a estudiar o a adquirir la experiencia necesaria para el desarrollo de sus congregaciones o sus diócesis. No existen presbíteros "vagi". Ellos pertenecen al presbiterio de la diócesis (obispo) en la cual permanecen. Cada vez que ofrecen el sacrificio de la Misa rezan por el Papa y per el ordinario local. El obispo residencial, por lo tanto, debería preocuparse por la vida litúrgica, pastoral y espiritual de cada sacerdote en su diócesis, especialmente por la de los presbíteros emigrantes. Si el sacerdote inmigrante debe celebrar el santo sacrificio con dignidad, devoción y reverencia, es necesario que sea reconocido, que se le garantice un medio de subsistencia digno y que se le dé seguridad respecto de su pertenencia. El sagrado Sínodo también debe solicitar a los Obispos y a los Superiores que no envíen a sus presbíteros a institutos fuera de su diócesis sin informar al obispo "ad quem" y realizar los debidos acuerdos. El cuidado de las inmigrantes religiosas es más complejo y merece una mayor atención. La vida consagrada es un testimonio de Cristo en la Iglesia y su presencia es una bendición para la Iglesia local. Sin embargo, ellas no deben residir en una Iglesia local sin la autorización escrita del ordinario local. En estos tiempos, la disminución del número de religiosos en la antigua Iglesia y el deseo de sobrevivencia y de continuidad llevaron a reclutar indiscriminadamente jóvenes mujeres en los territorios de misión. Estas jóvenes son desarraigadas de su cultura y de su tradición y trasplantadas a Europa y a América, donde, con frecuencia son subyugadas por el clima, la cultura y las costumbres y son expulsadas de las instituciones. Inevitablemente, muchas de ellas caen víctimas de las personas y de las circunstancias. Su situación como cuerpo despedazado de Cristo debe ser mirada con compasión y amor. Ellas forman parte del cuerpo de Cristo, la Iglesia. En síntesis, exhorto a cada Obispo a: 1. Considerar a los fieles inmigrantes como a fieles propios, único cuerpo de

- Cristo, del cual el Espíritu Santo lo ha hecho Pastor. Junto con sus sacerdotes, acogerlos en cada celebración religiosa, especialmente en la Misa dominical, para que la Eucaristía reúna a sus fieles y haga de ellos una comunidad a pesar de la diversidad de raza, lengua, nación y cultura. 2. Asegurar la integración de todos los presbíteros emigrantes (con frecuencia por motivos de estudio) en su presbiterio, ya que no existen sacerdotes "vagi". Asistirlos para que sean fieles en la celebración del Sacrificio y en la alabanza y la adoración a Cristo en el sacramento de su amor.
- 3. Guiar la vocación de las religiosas en su diócesis a través de la administración adecuada de los sacramentos en sus conventos y el control del reclutamiento indiscriminado de las jóvenes mujeres por fuera de su diócesis, cosa que podría llevar a abusos.

[Texto original: inglés]

* * *

El siguiente auditor ha entregado sólo por escrito una intervención:

Sr. Gioacchino TOSCANO, Secretario General de las Confraternidades de las Diócesis de Italia

* * *

El Sínodo de los Obispos, evento de la Iglesia Universal entre los más relevantes, nos ha abierto el corazón a todos los continentes, donde el Misterio de Jesús Eucaristía ha llevado sus frutos a todos los pueblos de la Tierra. En este contexto deseamos traer la experiencia de las Cofradías, instituciones laicas que, aunque se remontan a los albores de la historia de la Iglesia, llevan consigo carismas y una vitalidad eclesial tales como para permitirnos someterlas a la atención de los Padres Sinodales como instituciones particularmente apropiadas para convertirse cada vez más en "una nueva frontera" de Evangelización. la Actualmente se reúnen bajo la Confederación de las Cofradías de las Diócesis de Italia, instituida por la Conferencia Episcopal Italiana y son guiadas, siempre bajo el encargo de la C.E.I. por S.E. Mons. Armando Brambilla, Obispo Auxiliar de Roma y Delegado para las Cofradías y los Pías Asociaciones.

Para celebrar dignamente el Año de la Eucaristía, la Confederación de las Cofradías de las Diócesis de Italia promovió, en Bolsena y Orvieto, ciudades eucarísticas, el 24 y el 25 se septiembre de 2005, una especial convocación nacional del "Camino de Fraternidad" de las Cofradías italianas, en particular "Santísimo Sacramento". que llevan la denominación de La Confradía no vive encerrada en sí misma, sino que es un componente eclesial misionero, centrado en una pastoral global de la familia. Tal pastoral se distingue por una formación cristiana permanente cuidada por el sacerdote, Primicerio, que la anima a: 1) la vida de la liturgia y de la devoción, atenta a la vida Diocesana, particularmente sensible al llamado del Obispo; 2) la vida caritativa, con obras que superaron la prueba del tiempo, mantenidas a través de la administración de los bienes, de los cuales disponen con la aprobación diocesana; 3) el testimonio responsable ante la propia ciudad, en los barrios y en las diversas realidades de trabajo (no son pocas las Cofradías vinculadas a artes y oficios), con una participación "como cristianos" en la vida civil y en los eventos sociales. La trayectoria de formación a la vida cristiana es fundamental para entrar con el espíritu adecuado en la conducción de los diversos servicios, son indispensables para el autogobierno de la Cofradía, procediendo a realizar las adquisiciones técnicas de la administración en el espíritu de quien se ubica entre los últimos si "quiere ser el primero en la secuela de Cristo Jesús".

Por esto, las Cofradías, dóciles al Magisterio de los Sumos Pontífices y de los Obispos, han sabido conservar con la experimentación de siglos, tesoros de fe y el patrimonio de religiosidad popular, centrado en el Culto Eucarístico, que se expresa a través de un patrimonio artístico y de oratorios a disposición de momentos de agregación misionera en la dimensión de la cultura y de la comunicación, que hoy entrecruzan de manera ineludible la misma realidad pastoral, la misión y la evangelización de los pueblos.

[Texto original: italiano]

[Traducción distribuida por la Secretaría General del Sínodo]

El escudo Papal de Benedicto XVI

O de cómo un escudo papal puede convertirse en una lección de catequesis.

El Escudo de obispo de Munich y Freising

Cuando Pablo VI nombró a Joseh Ratzinger el 25 de marzo de 1977arzobispo de Munich y Freising, éste eligió para su escudo algunos elementos del escudo de Baviera y un lema: "Colaborador de la verdad".

Explicación del lema por el propio Joseph Ratzinger: "me parecía que ésa (colaborador de la verdad) era la relación entre mi trabajo anterior como profesor y mi nueva misión.

A pesar de los diferentes modos de servir, lo que estaba en juego y seguía estándolo, era caminar tras la Verdad, estar a su servicio".

"Elegí ese lema también -explicaba- porque en el mundo actual la cuestión de la verdad se olvida casi totalmente, ya que parece algo demasiado grande para el hombre; y, sin embargo, todo se desmorona cuando falta la verdad".

Sin embargo el Papa no ha puesto las palabras de su lema, inspiradas en la Carta III de San Juan en su escudo. Ha preferido que los símbolos hablen por sí mismos.

El escudo del Papa Benedicto XVI

Quizá en otros Pontífices de la edad contemporánea la elección de los símbolos del escudo hayan podido ser de carácter secundario. Pero el Papa actual, que conoce bien el lenguaje y la importancia de la cultura de la imagen en el mundo contemporáneo, ha introducido elementos innovadores, como innovador se adivina ya que será este pontificado.

Y se advierte en el escudo:

Una sustitución muy significativa: en vez de la tiara se ve una mitra de obispo, más conforme a la realidad teológica del Papa, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal.

Un añadido: el Palio, la estola de lana de la que habló en su primera homilía como Papa.

El Palio tiene símbolos que recuerdan las cinco llagas y los tres clavos con los que fue crucificado Jesucristo.

Explicó el Papa en esa homilía:

"Este signo antiquísimo, que los Obispos de Roma llevan desde el siglo IV, puede ser considerado como una imagen del yugo de

Cristo, que el Obispo de esta ciudad, el Siervo de los Siervos de Dios, toma sobre sus hombros.

El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es la vía de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio.

Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica –quizás a veces de manera dolorosa– y nos hace volver de este modo a nosotros mismos. Y así, no servimos solamente Él, sino también a la salvación de todo el mundo, de toda la historia.

En realidad, el simbolismo del Palio es más concreto aún: la lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestas para conducirla a las aguas de la vida. La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia.

La humanidad –todos nosotros– es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas.

El Palio indica primeramente que Cristo nos Ileva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros.

Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy".

Benedicto XVI conserva algunos elementos de su antiguo escudo como obispo:

El escudo del Papa conserva elementos del escudo de Munich y Freising, capital de Baviera, su tierra natal, que es uno de los múltiples países que conforman Alemania. El Papa fue obispo de Baviera desde 1977 hasta 1981.

La cabeza de san Mauricio

- "Sobre el blasón de los obispos de Frisinga se encuentra
 -explicaba el cardenal Ratzinger-, desde hace cerca de mil años,
 el moro coronado: no se sabe cuál es su significado. Para mí es la
 expresión de la universalidad de la Iglesia, que no conoce ninguna
 distinción de raza ni de clase porque todos nosotros "somos uno"
 en Cristo".
- Esa imagen de un hombre de tez oscura, llamado popularmente el *Moro de Freising,* con una cabeza, vuelta hacia la izquierda, que forma parte desde 1316 del escudo del obispado, es, para algunos heraldistas, **San Mauricio**, santo muy venerado en Alemania, que sufrió martirio con sus camaradas militares por su fidelidad a Cristo. El Greco realizó uno de sus lienzos más célebres sobre este asunto, donde se representa el martirio de la Legión Tebana. Es el único de los cuadros del cretense que se conserva en El Escorial.

El oso de san Corbiniano

Otro elemento es el "Oso de san Corbiniano", animal que para este Papa tiene un significado muy especial: simboliza el peso del cargo, y la necesidad de cumplir la voluntad de Dios por encima de las preferencias personales.

Alude a la figura del obispo san Corbiniano, proveniente de una

familia de origen galo por parte de madre y de francos por parte de padre, que predicó el Evangelio en la antigua Baviera y es considerado el padre espiritual de la archidiócesis de Munich-Freising.

Según la leyenda, un oso mató al caballo de san Corbiniano cuando se dirigía a Roma. El santo regañó severamente al oso y, como castigo, le cargó con el fardo que hasta entonces había llevado el caballo sobre sus lomos. Así, el oso tuvo que arrastrar el fardo hasta Roma, donde Corbiniano lo dejó en libertad...

En cierto sentido, para Ratzinger, san Corbiniano representa el alma bávara: "Se diría que somos siempre un Corbiniano que necesita pelear consigo mismo y con Grimualdo; porque nuestra cultura bávara -rica, noble y ardorosa, de la que nos sentimos justamente orgullosos- no ha nacido de sí misma".

Y el Santo -un pensador, amante de la naturaleza, que deseaba recluirse en su estudio- ofrece también a Joseph Ratzinger paralelos con su propia vida.

"Corbiniano se enfrentó constantemente con el dilema de optar entre el recogimiento interior y las tareas apostólicas de servicio a los demás. Su deseo íntimo fue siempre vivir como un ermitaño, entregarse plena y únicamente a Jesucristo, para vivir el gozo de la fe en su exclusiva compañía.

Con este deseo se encaminó a Arpajón, en los alrededores de París.

Pero la luz de su lámpara, que le hubiese gustado ver cubierta por el celemín, le tracionó, brillando a su pesar; y fueron tantas las personas que acudían a pedirle apoyo y consejo, que no lograba estar sólo ni de día ni de noche...

"Decidió escapar de aquello y marchar a Roma donde encontró al fin la calma necesaria para vivir junto al Señor en el anonimato.

Pero precisamente allí le sorprendió la misión apostólica que le traería a nosotros, hasta Freising."

Estas palabras, dichas en la Catedral de Freising, el 19 de noviembre de 1977 tienen un claro sentido premonitorio.

El cardenal Ratzinger al hablar de las palabras de san Agustín en sus comentarios del Salmo 72: «Me he convertido para ti en una bestia de carga". Es una imagen -decía el cardenal- de lo que debo ser".

Muchos años después, en 2005, cuando el cardenal Ratzinger soñaba con regresar a su Baviera natal para dedicarse tranquilamente -no en el anonimato, pero si en medio de una discreta jubilación- a la oración y al estudio, recibió una carga insospechada por parte de aquellos que habían descubierto, muy a su pesar, la luz de su lámpara: las Llaves de Pedro.

La concha del niño de San Agustín

Otro elemento es la concha del peregrino.

Independientemente de otros significados (la fe, el bautismo, "el signo de nuestra condición de peregrinos", en palabras del cardenal Ratzinger), para el Papa esta concha recuerda un suceso significativo -estrechamente vinculado con la humildad intelectual que debe vivir el teólogo- de la vida de San Agustín, al que Benedicto XVI profesa especial veneración.

Cuenta la historia que mientras san Agustín paseaba por la playa, pensando en el misterio de la Trinidad, se encontró a un niño que había hecho un hoyo en la arena y con una concha llenaba el agujero con agua de mar.

El niño corría hasta la orilla, llenaba la concha con agua de mar y

depositaba el agua en el hoyo. San Agustín le preguntó por qué lo hacía, y el niño le dijo que intentaba vaciar toda el agua del mar en el agujero.

-¡Eso es imposible!

-¡Más imposible es para un hombre -le dijo el niño- descifrar el misterio de la Trinidad!

Estos dos símbolos -el oso y el niño de la playa-, servían al cardenal Ratzinger para realizar esta reflexión: "¡Cuántas veces se rebeló san Agustín contra las tareas que tenía que cargar sobre sus espaldas su carga, que le impedían la gran labor intelectual que sentía como su vocación más profunda! "

Y comentaba a continuación la necesidad de seguir al Señor como un borrico humilde, un animal de carga: como un borrico soy junto a Ti, y siempre estaré contigo.

"Así como el animal de tiro es el más cercano al campesino y cumple con su trabajo, de la misma manera el Santo, con su humilde servicio a la Iglesia, estaba más cerca de Dios, se abandonaba totalmente en sus manos y era su instrumento.

No podría estar más cerca de su Señor, no podría ser más importante para Él".

Esta reflexión guarda, como se ve, para el alma de Joseph Ratzinger, la misma clave biográfica que la que hizo sobre san Corbiniano.

Las llaves de san Pedro

El escudo se completa con las dos llaves cruzadas, símbolo del ministerio de Pedro: simbolizan el poder de atar y desatar que le confirió Cristo, que permite abrir las puertas del Cielo.

Un ministerio que -como es conocido- Joseph Ratzinger no deseaba para sí: había pedido varias veces a Juan Pablo II

retirarse a descansar en su Baviera natal, para dedicarse al ejercicio intelectual.

Sin embargo -como san Agustín y san Corbiniano- aceptó la carga pastoral de la Iglesia entera sobre sus hombros, haciéndose hasta el final de sus días, instrumento de Cristo.

José Miguel Cejas

San Agustín y San Buenaventura en el desarrollo del pensamiento de Joseph Ratzinger

¿Por qué San Agustín y San Buenaventura en un tiempo de gran predominio de Santo Tomás? Para Ratzinger, como para la mayoría de los teólogos asociados con la renovación teólogica que culminó en el Concilio Vaticano II, la teología neoescolástica predominante hasta este concilio representaba un reto. Para estos teólogos renovadores, la neoescolástica incluía una serie de problemas tales como la relación extrínseca entre naturaleza y gracia frente al extrincesismo de Lutero, Calvino y otros reformadores protestantes; la eclesiología del Cardenal Bellarmino, fundada en el concepto de que la Iglesia era una sociedad perfecta ("Ecclesia est societas perfecta"); la ausencia de la historicidad en la Iglesia y el olvido de la escatología como un aspecto central en la proclamación e irrupción del Reino de Dios en el Nuevo Testamento, aclarados por la renovación de los estudios bíblicos y litúrgicos. Ratzinger conocía los resultados de los estudios filosófico-teológicos de Pierre Rousselot, Joseph Marechal y Henri de Lubac. Especialmente hay que destacar aquí la publicación en 1942 del libro Surnaturel de Henri de Lubac, reconocido por muchos como tal vez el más influyente libro de teología del siglo XX. Durante los diez o quince años antes del Concilio Vaticano II, se desenvuelve una verdadera pugna intelectual neoescolásticos, capitaneados por Reginald Garrigou los Lagrange y los renovadores de la teología, como Karl Rahner, Yves Congar, Marie-Dominique Chenu, y el mismo De Lubac. Ratzinger se asocia a la nueva teología a través de una reflexión profunda sobre los padres de la Iglesia y la tradición (no bien comprendida por los neoescolásticos) inspirado por las contribuciones, de, entre otros, De

Lubac. Recuérdese que la tesis original de Karl Rahner sobre Santo Tomás, Geist in Welt, fue rechazada por no atenerse a los cánones de interpretación neoescolástica.

Eclesiología de San Agustín

En contraste con la eclesiología de Bellarmino, según San Agustín, ni la Iglesia ni el sacerdocio ejercen, en el sentido estricto, un poder (potestas) sino un mero servicio (ministerio). Contra los donatistas, Agustín afirmaba que el sujeto de la acción sacramental no era ni la Iglesia, ni el sacerdocio, sino Cristo. Esta acción sacramental de la Iglesia se funda, según San Agustín, en que la Iglesia visible e histórica es la mera participación en la comunidad celestial de los santos, es decir, la participación en los que ya viven en Cristo (en íntima e irreversible comunión con él) en una realidad supratemporal. Es solamente a través de la comunión espiritual en los sacramentos visibles e históricos de la Iglesia que los miembros de la Iglesia en esta vida participamos de la realidad profunda o corazón de la Iglesia, a saber, la comunidad celestial de los santos en Dios. La Iglesia visible sacramental sólo significa algo que está más allá de su realidad histórica, y que es la realidad eclesial y definitiva, la realidad espiritual de la gracia o de la vida del Espiritu de Dios en Jesucristo. De ahí que la Iglesia es ante todo participación de los dones o carismas de la Iglesia celestial y escatológica. En los términos del gran teólogo Hans Urs von Balthasar, que también ha influenciado a Ratzinger profundamente, no se puede confundir la comunión con la comunidad, aunque estas dos sean inseparables. La comunidad mas profunda de la Iglesia es la espiritual y celestial. Nosotros en esta vida tenemos acceso a participar en esta comunidad de los santos sólo por nuestra comunión espiritual en los sacramentos visibles de la Iglesia, especialmente en la Eucaristía. Así pues, ni clericalismo ni laicismo eclesiales son teologicamente adecuados, pues toda acción eclesial y sacerdotal en la historia de la Iglesia es un mero servicio (ministerio) a la gracia de Jesucristo que se hace históricamente accesible precisamente en la medida que de alguna manera se de la comunión espiritual en la

vida sacramental e histórica de la Iglesia. Por eso, Ratzinger afirma que todas las acciones sacramentales de la Iglesia están orientadas inclusiva y universalmente a la salvación de todos los seres humanos. Como nos recuerda la teología del Concilio Vaticano II, influenciada por la teología inclusivista y universalista de San Agustín en su obra La Ciudad de Dios, la Iglesia es el Sacramento de Salvación de todos los seres humanos.

San Buenaventura y la escatología

La influencia de Joaquín de Fiori en el siglo XIII en la orden franciscana, especialmente en el grupo franciscano de los espirituales fue inmensa. Según su visión escatológica, el final definitivo de la historia es el tiempo espiritual y de plena libertad que ya irrumpe en San Francisco de Asís. En su estudio del Collationes in Hexaemeron de Buenaventura, Ratzinger descubre un pensamiento profundamente escatológico presente en este gran santo medieval, amigo de Santo Tomás. Para San Buenaventura, las escrituras están orientadas hacia el futuro. Pero sólo quien ha entendido el pasado puede comprender el futuro, y vice versa. Esta circularidad del sentido de la historia tiene su clave interpretativa en Jesucristo, pues la historia es una sucesión de eventos con significados progresivos que tienen su profunda unidad en Jesucristo. Así pues, las realidades del Antiquo Testamento son sólo comprendidas a la luz de Jesucristo, pero Jesucristo es entendido como la culminación del Antiguo Testamento. De ahí que la exégesis sobre las escrituras en San Buenaventura hace énfasis en la dimensión proféticoescatológica, y no tanto, en los términos de Michael Theunisen, en perspectivas arqueológicas o apocalípticas. La sabiduría concreta está basada no en las meras abstracciones metafísicas de los principios aristotélicos, ni en las fantasías desbordantes, utópicas y gnósticas, que no tomaban en serio la positividad histórica, especialmente la irrupción positiva del evento Jesucristo. Para San Buenaventura, Jesucristo, como el alfa y el omega de la historia y del cosmos, es el centro de toda auténtica ciencia o sabiduría. Para Ratzinger, la interpretación neoescolástica sobre Santo Tomas implicaba una separación entre la filosofa y la teología, entre la razón y la fe, entre la naturaleza y la gracia, etc. que era incompatible con la unidad en la verdad y en la sabiduría de la fe cristiana. Pero Ratzinger también critica a San Buenaventura por dejarse influenciar demasiado por Joaquín de Fiori, sosteniendo una era penúltima, espiritual y de índole contemplativa, anterior a

compañero Santo Domingo. Pues, que Jesucristo sea el final y consumación de la historia no nos permite decir concretamente cómo y cuando se realizará la parusía.

Iglesia antes y después del Concilio Vat II

De acuerdo a Ratzinger, la Iglesia pre-conciliar se fijaba demasiado en sí misma. No destacaba bien la diferencia entre el reino escatológico y la Iglesia. Era una Iglesia que hacía énfasis en su realidad como institución y en la que los laicos en el mejor de los casos eran delegados de la autoridad jerárquica. Según Ratzinger, los padres del Concilio Vaticano II querían dialogar con la modernidad, pero no simplemente convertirse a ella. Para la Iglesia del Concilio Vaticano II, no se trata de una Iglesia en la que los seres humanos se salvan del mundo perverso, sino de la Iglesia que es el sacramento de salvación precisamente del mundo. La Iglesia está para redimir al mundo y elevarlo a su verdadera vocación en Dios y no para refugiarse del mundo saliendo de él.

3.- Cuestiones de método. La esencia del quehacer teológico y de la fe en la vida de la Iglesia

Los teólogos renovadores del Concilio Vaticano II, con los que Ratzinger se identificó desde sus estudios universitarios, como hemos visto, rechazaron la posición neoescolástica sobre las dos fuentes diversas y originarias de la revelación, a saber, las escrituras y la tradición (frente a la posición de Lutero "Sola Scriptura"). La revelación es el evento escatológico de Dios en Jesucristo. Las escrituras y la tradición son dos aspectos inseparables de la Iglesia que nos permiten tener acceso a la revelación que se da en el evento de Jesucristo. Para Ratzinger, hay que destacar la diferencia entre la realidad inagotable de Jesucristo y las expresiones históricas del acceso a esta realidad de Jesucristo, tales como las escrituras y las diversas manifestaciones de la tradición. Esta diferencia es la base del desarrollo histórico de la teología y de las verdades de la fe (dogmas de fe). Hay que señalar a este respecto la diferencia entre la fe y el evento revelatorio de Jesucristo, así como también la diferencia, por una parte, entre

la fe por otra parte. Catolicismo no es uniformidad, sino comunión basada en la vida trinitaria y "celestial" de Dios en sus santos. La catolicidad de la Iglesia incluye necesariamente expresiones diversas y la pluralidad teológica en la unidad de la fe. A diferencia de la visión uniforme del Nuevo Testamento promovida por muchos teólogos neoescolásticos, que hacían énfasis en que sólo había diferencias superficiales o "cosméticas" en los cuatro evangelios, hay que reconocer una gran pluralidad teológica, no sólo en los cuatro evangelios, sino además en todos los libros del Nuevo Testamento (como en los del Antiguo Testamento también). Ratzinger ha mantenido que la posición generalmente aceptada a través de la historia por muchos teólogos, pero en sí antihistórica, y presente en el Concilio Vaticano I, de San Vicente de Lerins del siglo V -según la cual, la tradición en la Iglesia es lo que se ha creído siempre, en todas partes, y por todos- no solamente es inadecuada, sino que ha tenido unas consecuencias en gran parte perjudiciales para el quehacer teológico necesario en la Iglesia. En esto Ratzinger nos recuerda la posición de Karl Rahner, según la cual, toda declaración dogmática no sólo es el final de un proceso de cuestionamiento y clarificación de la teología de la Iglesia, sino también un comienzo de nuevos cuestionamientos teológicos que requieren nuevas articulaciones y expresiones teológicas. De acuerdo a Ratzinger, la forma antihistórica de entender la tradición estuvo presente en la reacción de la Iglesia, por lo demás justificada, contra el reduccionismo historicista y antropológico del modernismo, en los tiempos de la preponderancia oficial de la neoescolástica durante el papado de San Pío X. El reto que tuvo que enfrentar la renovación teológica del siglo XX fue la de distinguir entre historicidad e historicismo, y auténtico antropocentrismo cristiano humanismo meramente subjetivo o ateo. Por otra parte, la teología neoescolástica quería hacerle frente al énfasis protestante de que la historia del cristianismo había incluído un proceso histórico de degeneración o catolicización progresiva que había tergiversado el depósito revelatorio originario del evento Jesucristo. De ahí su énfasis en dos fuentes diversas, pero originarias y suplementarias, de la revelación: la tradición y las escrituras. Ratzinger nos recuerda, sin embargo, que la historicidad de la fe no significa que es el resultado en la historia de la reflexión e invención humana, sino que debe experimentarse como don gratuito e inagotable. Contrario a la tendencia congregacional e individualista de los reformadores protestantes del siglo XVI, la fe de la Iglesia no es la expresión de la experiencia de fe individual de los miembros de la Iglesia, algo así como la suma de lo que los miembros de la Iglesia creen, sino al revés, la fe de cada miembro de la Iglesia es por participación en la fe de la Iglesia. Por

eso la Iglesia es nuestra madre, y como nos recuerda Karl Rahner, no sólo es importante el sentir con la Iglesia para el crecimiento en la fe, sino que la Iglesia es el horizonte hermenéutico dentro del cual se articula la teología auténtica. Más aún, para Ratzinger, la teología de la Iglesia surgió en el contexto litúrgico de la vida de la Iglesia, especialmente en referencia a las celebraciones bautismales y eucarísticas. De este contexto surgen los símbolos de la fe, o Credos (Ratzinger hace énfasis en el significado de la palabra "símbolo" - que sólo se puede entender destacando la diferencia entre el lenguaje metafórico y el lenguaje analógico). Ratzinger recalca la importancia de las reglas de la fe o dogmas en Irereo (también Tertuliano), de manera que hay que resaltar la necesaria relación entre los dogmas de la fe y la comunión con el magisterio y especialmente con el obispo de Roma. Para Ratzinger, hay una relación necesaria entre entre la sucesión apostólica de los obispos y la comunión y colegialidad episcopal.

4.- Reflexión sobre el contenido de la fe. El Credo

En casi toda su obra teológica, y de manera específica en su libro probablemente más conocido e influyente, Introducción al Cristianismo (Einfuhrung in das Christentum), publicado en 1968, Ratzinger nos ofrece una reflexión sobre el contenido de la fe del Credo. La fe, según Ratzinger, versa sobre la exigencia histórico-existencial del ser humano de trascender no sólo hacia el ser absoluto, sino sobre todo hacia lo definitivo de toda la realidad. El Credo es un sistema linguístico-simbólico sobre lo que es el misterio dinámico, escatológico e inagotable de la realidad. La eternidad de Dios no es una mera realidad estática sino, como en Santo Tomás de Aquino, la energía o acto infinito, cuya expresión finita es el mundo creado. Lo eterno es un infinito acto de amor recíproco en el que el Padre es en el Otro de sí, y el Otro del Padre, es decir el Hijo, es en el Otro de sí, es decir el Padre. Por tanto, la realidad de los seres creados no es otra cosa que su participación finita en la relación activa e infinita de amor que se da entre el Padre y el Hijo, a saber el Espíritu Santo, y no añade nada a lo que es Dios en sí mismo. Otra manera de ver esto es refiriéndose más directamente al Nuevo Testamento y a la tradición de los Padres de la Iglesia: todo ha sido creado por el Padre en y por el Hijo, a través del Espíritu Santo. Pero de forma más concreta, Dios creó a los seres racionales para salvarlos del pecado. De manera más radical, el fin de la creación es la Pascua de Cristo.

histórico, sino la expresión en el evento Cristo de la misma realidad del Dios trinitario. Pues, asociando el pensamiento de Ratzinger al de Hans Urs von Balthasar, Dios es la Pascua eterna y sacrificial del amor kenótico entre el Padre y el Hijo. ¿Cual es la realidad más profunda que está latente en todo pecado humano? El amor Pascual y sacrificial del Dios de Jesucristo. Por eso el centro de la teología y de la fe cristiana es el misterio Pascual del Dios de Jesucristo, misterio celebrado sacramentalmente en la Eucaristía, y en el que se puede dar la comunión profunda con Dios, pues Dios es precisamente eso, el amor hasta la muerte de sí, expresado en la cruz de Cristo, por la gloria y felicidad del otro que se realiza en la resurrección de Cristo. Siguiendo la teología paulina, el bautismo es el sacramento de iniciación que nos introduce en esta realidad celebrada en la Eucaristía. De ahí que, recordando las palabras de Rahner, no se puede, según Ratzinger, separar la trinidad inmanente de Dios en sí mismo de la trinidad económica que es Dios en la medida que es participado por las realidades creadas. Para Ratzinger, como es ya un lugar común en la teología de las últimas décadas, no se puede separar la reflexión teológica sobre la Trinidad de la reflexión teológica sobre Cristo, es decir, la Cristología. Lo oscuro no es el misterio de la realidad divina de Cristo. Pues todo ser hunde sus raíces ontológicas, su propio ser, en el ser de Dios, que es el fundamento más interior y profundo de la existencia de todo ser. Como era un lugar común en la mística española del siglo XVI, que ha tenido una extraordinaria influencia en el desarrollo de la teología del siglo XX, y recordando a la gran mística de Avila, en lo más profundo del alma humana habita Dios. Lo difícil de comprender no es que Cristo sea Dios en su más profunda realidad personal, sino que siendo Dios la realidad más profunda en todo, se dé el pecado. Así, pues, el misterio del absurdo es el pecado, y el misterio del mal es lo misterioso como oscuro e irracional. Para Ratzinger el misterio trinitario de Dios es misterio en el sentido de ser lo verdadero por antonomasia, lo luminoso que deslumbra y que nunca podremos agotar y abarcar con nuestro entendimiento. El misterio Trinitario y Cristológico de la fe de la Iglesia es lo supra-racional, como nos lo enseñaba Tomás de Aquino (no lo infra-racional). Para Ratzinger el reto del pensamiento teológico y filosófico de la Iglesia en el presente y futuro es el llegar a una comprensión articulada sobre las diversas dimensiones de la realidad a partir de una cosmovisión trinitaria de toda la realidad. Pues el paradigma supremo según el cual la realidad del cosmos creado se puede entender es precisamente el misterio trinitario de la fe. Es importante señalar aquí que la fe trinitaria de la Iglesia no es sobre todo la manera metafórica de hablar sobre la infinitud de Dios. La fe trinitaria versa ante todo sobre la realidad misma de Dios revelada por Jesucristo. El

Dios de Jesucristo no es exclusivamente espiritual y ajeno a la materialidad. Pues el Dios de la fe cristiana es un Dios encarnado en Jesucristo. Nuestra propia materialidad participa de la materialidad de Jesucristo. Pues no es Jesucristo el que está hecho a imagen de nosotros, sino más bien nosotros a imagen de Jesucristo. De ahí la importancia del dogma de María como madre de Dios, contra el nestorianismo. De ahí la importancia también de la positividad material histórica de la fe. El cristianismo no es una gnosis o un sistema de ideas, o una mera expresión cultural, sino ante todo la expresión del verdadero significado histórico y escatológico de la existencia humana que se nos da en el don de Jesucristo. De ahí que en Jesucristo descubrimos nuestra propia identidad en la historia. Esta identidad es la de configurar nuestro ser en sí como ser en sí para los otros, acogiendo la misión correspondiente a la vocación irrepetible que todos recibimos en Jesucristo. Vivir en estado de misión nos ilumina sobre el sentido de la libertad humana. No se es libre primero, para después decidir de la vida, sino que se decide uno por el amor, el amor de Dios en Jesucristo, y este amor es la verdad que nos hace libres. En otras palabras, la libertad es un aspecto del amor. Lo racional es el amor, pues la verdad del intelecto es el amor. Para Ratzinger, y al riesgo de repetirnos, el amor es sacrificial o no es amor. Es pues nuestra participación en la cruz de Cristo en que realizamos el amor de manera auténtica. Pensar en que puede haber progreso verdaderamente humano en la sociedad, ya bien sea en las relaciones sociales, políticas, o económicas, sin el amor personal, sacrificial y participativo del amor pascual de Cristo, está en contradicción con la revelación de Dios en Jesucristo y constituye una extraordinaria osadía que nos hace creernos más poderosos que Cristo. Esto es muy importante para Ratzinger en su refutación de las promesas utópicas de las diversas utopías e ideologías puramente humanistas, va bien sea de corte individualista o de corte socialista.

5.- Reflexión sobre la Iglesia. Ideas eclesiológicas

La Iglesia debe apuntar siempre, y de manera dinámica, hacia lo que la trasciende, y debe estar constantemente en actitud de escuchar lo que está más allá de sí y es la palabra escatológica de Dios (frente a cualquier reduccionismo antropocéntrico, culturalista o individualista). El Concilio de Trento había hablado de tradiciones y de sacramentos. El Concilio Vaticano II

contexto total de la Iglesia para leer las escrituras, según el cual, la tradición de la Iglesia (no simplemente las diversas tradiciones de la Iglesia) es transmitida no sólo en las enseñanzas de la Iglesia, sino en su vida total, particularmente en su culto y liturgia. Así pues, la tradición es, para Ratzinger, la perpetuación de todo lo que es la Iglesia y lo que cree. En este sentido no es tanto que se da la tradición en la Iglesia, y menos que se dan tradiciones diversas en la Iglesia, sino que la misma esencia de la Iglesia es ser tradición. En este sentido, Ratzinger nos recuerda que la Iglesia siempre está en estado de conversión y de renovación (Ecclesia semper reformanda). Esto no quiere decir que no haya estabilidad en la Iglesia, especialmente en la liturgia pública de la Iglesia. Hay que recordar aquí que, tras las expresiones cambiantes de la historia, Jesucristo es el alfa y el omega de la historia, el mismo ayer, hoy y siempre. Pero lo estable necesario en la Iglesia está enmarcado en orden a la continua peregrinación de la Iglesia en la historia hacia la parusía no calculada por las meras expectativas humanas. Como decía Oscar Cullman, el Reino ya ha llegado, pero todavía no, pues aunque los cristianos ya celebramos nuestra comunión en Jesucristo, todavía Jesucristo no ha llegado al final de los tiempos dando plena realización a la creación. Puesto que la tradición necesariamente se enraíza en el devenir histórico y la historia está marcada por el pecado y las limitaciones de la finitud de todo lo creado, hay que reconocer que ciertas prácticas y enseñanzas de la Iglesia pueden ser renovadas, o inclusive corregidas, en la medida que su sentido inicial no fue del todo adecuadamente articulado doctrinalmente (pues las categorías y formas del pensamiento también tienen su historia compleja y tortuosa que llegan a su plenitud sólo con la claridad definitiva de la parusía). Además estas prácticas y enseñanzas de la Iglesia o pueden ser renovadas o corregidas también en la medida que hayan ido perdiendo vigencia, o inclusive se conviertan en un estorbo para las exigencias siempre cambiantes de la historia. Pues los aspectos esenciales de la vida de la Iglesia que no cambian siempre vienen acompañados de los coyunturales y meramente históricos. Ahora bien, para Ratzinger, los cambios en las meras estructuras gubernamentales eclesiásticas no son los que conllevan la renovación eclesial profunda y necesaria. Para Ratzinger, las grandes renovaciones de la Iglesia se basan en los carismas del Espíritu Santo y en las iniciativas proféticas de los santos. La Iglesia como comunión fundada en los sacramentos requiere de la función del sacerdocio ministerial y de la jerarquía. La Iglesia es el pueblo de Dios en la medida que es el Cuerpo de Cristo. Como pueblo de Dios, la Iglesia incluye a todos sus miembros, que como la comunidad escatológica, es la expresión de la comunión fundada en

la participación en el cuerpo de Cristo, especialmente, en la Eucaristía. La celebración Eucarística significa la realidad escatológica por la que la realidad se transforma en la realidad de la Pascua de Cristo. Así pues, la transsubstanciación del pan y del vino en la realidad de Jesucristo, significa lo que realmente está pasando en la historia del cosmos, a saber, la transformación escatológica de todo en el cuerpo de Cristo. De ahí que nuestra participación en la Eucaristía nos compromete en la misión de transformar este mundo hacia los misterios pascuales de Cristo. Para Ratzinger, el obispo no es obispo por sí mismo y de manera individual, sino sólo en comunión con todos los obispos de todos los tiempos de la Iglesia, y que son sucesores de los apóstoles, con los que están también en comunión. Los apóstoles fueron auténticamente apóstoles por su comunión con los Doce en comunión con Pedro. Los obispos, en sucesión de los Apóstoles, forman un colegio en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma. Como hemos visto ya, todo sacerdocio en la Iglesia es un ministerio, un servicio, que sólo realiza la acción del verdadero sujeto de la Iglesia ministerial, a saber, Jesucristo. Así pues, el sacerdocio ministerial necesario en la Iglesia está ordenado hacia el servicio del sacerdocio universal de los bautizados. La necesaria complementariedad entre bautizados y clero no es simétrica, pues el clero está para servir lo decisivo en la vida de la Iglesia, a saber, los carismas del Espíritu Santo con los que se nutre y enriquece la comunión y la actividad histórica de la Iglesia.

6.- Reflexión sobre la escatología

Ratzinger rechaza la tendencia a identificar la esperanza cristiana con el progreso humano material, sociológico o tecnológico. El ser humano no puede lograr la unidad y la armonía social por su propia cuenta. No puede realizar por su cuenta la reconciliación sin la cual no se pueden destruir las enajenaciones injustas de la opresión de unos por otros. El ser humano necesita la reconciliación y el perdón de Dios para realizar la armonía social de la auténtica paz y justicia a las que aspira. Para salir del pantano del pecado y la injusticia, el ser humano no puede simplemente tratar de no ahogarse en el lodo tirándose de los pelos de la cabeza. Debido al pecado original, y a los pecados de la historia, el ser humano es incapaz de realizar inclusive lo que en principio es de la competencia de su naturaleza y de la ley natural. De ahí que el ser

Dios, que es el soberano bien, sino la sed de salvación que sólo Dios puede darnos, y que de hecho nos da en Jesucristo. Para Ratzinger, todas las culturas, y todas las civilizaciones y religiones de la historia son un velado anuncio de Jesucristo, en quien todos los logros humanos encuentran su plena realización y perfección. La proclamación del mensaje de salvación que realizó Jesús de Nazaret estuvo enmarcada en un entorno de expectativa escatológica, al que hemos aludido anteriormente. Jesús es, como nos recuerda Ratzinger, el profeta definitivo de Israel que es el vehículo de la iniciativa de Dios al final de la historia a favor de Israel, y a través de Israel, a favor de todos los seres humanos. En otras palabras, Jesús vino a su pueblo judío para dar cumplimiento definitivo a las promesas universalizantes hechas por Dios a ese pueblo. Este cumplimiento definitivo de la historia no se identifica con el mismo desenvolvimiento histórico, sino que es su realización escatológica y supra-histórica. Relacionado a este punto, Ratzinger rechaza la identificación que algunos teólogos de la liberación de América Latina, y de la llamada teología política alemana, hacen entre historia humana e historia de la salvación. La historia de la salvación está, a cada momento de la historia, más allá de la historia, aunque en definitiva, es la que le da el verdadero sentido a la historia. Así pues, la escatología cristiana, que es la que guía a los cristianos en la historia, no se identifica con la mera construcción del reino de este mundo. Precisamente por ello, a partir de la fe escatológica cristiana, es que todos los intentos políticos, filosóficos y sociológicos que están ordenados hacia el progreso humano pueden ser evaluados con una visión crítica y profética que los trasciende. Siguiendo a San Agustín, para Ratzinger, el cristiano vive en presencia de la comunidad de los santos. Con su identificación con la cruz de Cristo, el cristiano anuncia que la verdad definitiva del ser humano está más allá de los logros temporales, y que en definitiva, el fin último de todos estos logros temporales es el don de la vida eterna de comunión en el Dios de Jesucristo. En cuanto al sentido de la muerte personal de todo ser humano, Ratzinger apela explícitamente a las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino, para quien el alma humana es la forma substancial del cuerpo y que trasciende al cuerpo, siendo aquello por medio de lo cual el compuesto humano de alma y cuerpo tiene su acto de existencia. Así pues, el alma no depende para existir del cuerpo humano, sino al revés, es el cuerpo humano el que participa del acto de existencia del alma humana. Con la muerte, es el cuerpo que comienza a descomponerse por no ser informado ya por el alma humana que sobrevive a la descomposición del cuerpo con su propio acto de existencia. Pero como lo propio del alma es informar un cuerpo, con el que el alma se concretiza como persona individual.

la separación del cuerpo implica para el alma una deficiencia a causa de la cual el acto de existencia del alma no podría individualizarse o concretarse de forma personal. Esta deficiencia es suplida por el Dios de Jesucristo. Al fin y al cabo, la muerte, a pesar de ser una experiencia única de cada ser humano, no es necesariamente un evento de aislamiento radical e impersonal, sino la posible participación precisamente en la comunión con la muerte y resurrección de Cristo. Al fin y al cabo, las almas de los que están en el cielo no están del todo desprovistas de la corporalidad, pues están en Jesucristo resucitado, en quien todos los cuerpos encuentran su plena realización al final de la historia en la resurrección universal de los muertos. Los que están en comunión con Cristo en el cielo constituyen la comunidad celestial de los santos que, como hemos visto, es la realidad más profunda de la Iglesia. De ahí que los santos de ninguna manera han perdido su relación con la historia temporal. Al contrario, a ellos se les puede invocar en la oración e interceden por nosotros, especialmente la Virgen María. El purgatorio es el estado en que los muertos se purifican de toda resistencia a morir del todo a sí mismos por amor, es decir, a toda resistencia a morir en la cruz de Cristo, sin lo cual no se puede participar plenamente de la realidad de la resurrección de Jesucristo. ¿Qué se puede decir del infierno? Que es una realidad posible debido al respeto que tiene Dios a la libertad humana. Pues todos estamos llamados a vivir en el amor de Dios, pero el amor es libre o no es amor. Ya hemos visto anteriormente que el mal es lo irracional, lo absurdo y oscuro o tenebroso. El infierno es, por tanto, la posibilidad real de lo absurdo e irracional por antonomasia, que siempre amenaza a la existencia humana en la historia, y que refleja paradójicamente la exigencia radical del ser humano de perseguir el verdadero sentido y auténtica razón de su misma existencia.

7.- La Liturgia

La liturgia es para Ratzinger el corazón de toda renovación genuina en la Iglesia. La liturgia es ante todo la obra de Dios, "opus Dei". La liturgia es un reflejo de la liturgia celestial. No es el resultado del esfuerzo humano por relacionarse con Dios, sino su participación en la gracia de Dios, en su vida trinitaria a la que nos llama a participar por nuestra comunión en Cristo que es un don para nosotros. La liturgia cristiana es, por lo tanto, esencialmente trinitaria. Ratzinger, como muchos otros teólogos asociados a la renovación del Concilio Vaticano II, señala que la liturgia cristiana nos recuerda la manera adecuada de relacionarnos con Dios. Así pues, de

con Dios, sino que en Jesucristo se relaciona con el Padre, insertado así en la misma relación interior y trinitaria entre el Padre y el Hijo. La liturgia cristiana no está constituida, pues, por una simple relación entre Dios y el ser humano, sino que es la elevación del ser humano a una relación que le trasciende y le diviniza. Es por esto que Ratzinger critica todo reduccionismo antropocéntrico en las celebraciones de la liturgia, especialmente en la Eucaristía. Puesto que la liturgia cristiana está llamada a divinizar, a partir del don del Dios en Jesucristo, Ratzinger acentúa la exigencia que los gestos, ritos, lugares y la música de la liturgia no sean entendidos como la expresión meramente existencial o arbitraria de los miembros de la congregación litúrgica o de los ministros oficiales de la Iglesia. Seguir las normas establecidas por la Iglesia nos recuerda que la liturgia es una celebración de comunión eclesial y que es la expresión de la sacramentalidad de toda la Iglesia como tal, de la catolicidad de la Iglesia. Así pues, cuando la celebración eucarística, que es la liturgia por excelencia de la Iglesia, se realiza, está realmente presente toda la Iglesia. Para Ratzinger, pues, la liturgia no es la celebración solamente de nosotros mismos cuando participamos en una celebración litúrgica, sino más bien de la realidad trinitaria de toda la Iglesia en la que participamos. Por ello, Ratzinger ha expresado sus reservas sobre la celebración de la Eucaristía post-conciliar en que el sacerdote-celebrante oficia de cara a la congregación. Según Ratzinger, el peligro en esto es precisamente olvidar que la liturgia no es la celebración de la congregación y el sacerdote-celebrante, sino que trasciende a éstos, y que como sacramento de nuestra divinización, debe simbolizar e indicar de diversas maneras que esta divinización es un don que nos transforma hacia algo que nos viene y se nos da como don. De ahí que Ratzinger piensa que el ideal (no necesariamente posible de manera física hoy en día) de la celebración eucarística es que todos los participantes en ella estén orientados hacia el oriente, de donde surge la luz del sol, y que en las liturgias de los primeros tiempos de la Iglesia simbolizaba el don de la luz de Cristo que vencía a las tinieblas del pecado y que era el resplandor de la gloria del Padre. En todo esto, lo decisivo para Ratzinger es señalar en la liturgia eucarística que la victoria de Cristo sobre las tinieblas del pecado es una transformación cósmica por medio de la cual todo es recreado de nuevo por el poder de la resurrección de Jesucristo. Al fin y al cabo, no sólo el pecado es una realidad con consecuencias sociales y cósmicas, pero también la salvación es algo universal que no se puede restringir al mero individualismo o particularismo de las decisiones de este o aquel grupo eclesial. Más aún, la sacramentalidad de la Iglesia, en la que se basa la liturgia de la Iglesia, exige la existencia del sacerdocio ministerial y

sacramental del orden. No que este sacerdocio le dé más dignidad al clero que a los laicos. Al contrario, por ser precisamente el sacerdocio ministeral y oficial de la Iglesia algo sacramental, los clérigos, en cuanto ejercen su actividad en la Iglesia como sacerdotes ministeriales y oficiales de la Iglesia, son meros instrumentos de algo que les trasciende, y que es expresión de la gracia salvífica del Dios de Jesucristo.

SAN BENITO

«No anteponer nada al amor de Cristo»

«Nihil amori Christi praeponere». Esta repetida indicación de la Regla une al papa Benedicto XVI con el santo patrono de Europa. Un artículo del abad del monasterio de Santa Escolástica de Subiaco

«Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo... Necesitamos hombres como Benito de Nursia, quien en un tiempo de disipación y decadencia, penetró en la soledad más profunda logrando, después de todas las purificaciones que tuvo que sufrir, alzarse hasta la luz, regresar y fundar Montecassino, la ciudad sobre el monte que, con tantas ruinas, reunió las fuerzas de las que se formó un mundo nuevo. De este modo Benito, como Abraham, legó a ser padre de muchos pueblos». Cuando el 1 de abril de 2005 el tridenal Joseph Ratzinger concluyó con estas palabras su conferencia in Subiaco titulada "Europa en la crisis de las culturas", nadie se naginaba lo que iba a pasar al cabo de poco.

El día siguiente moría el amadísimo papa Juan Pablo II y pocos días spués, el 19 de abril, el cardenal Ratzinger era elegido Obispo de oma y, por tanto, supremo pastor de la Iglesia católica con el nombre Benedicto XVI.

Con este nombre el Papa se unía a su predecesor Benedicto XV, omprometido en la defensa de la paz y en la evangelización de todo el undo, y, de manera especial, a san Benito, legislador del monaquismo cidental y patrono de Europa. Su devoción personal y el hecho de ompartir esa profunda espiritualidad expresada por la repetida cita del apítulo 4, 21 de la Regla –«Nihil amori Christi praeponere»— unen al anto Padre con el santo de Nursia.

Todo esto ha hecho que muchos sientan el deseo de conocer un co mejor la figura y la obra de san Benito, figura tan alabada como conocida por la aparente distancia que la separa de la vida común la lejanía cronológica.

De san Benito sabemos lo que nos dice el papa Gregorio I Magno 90-604) en el Segundo Libro de los Diálogos y poseemos un sólo scrito autógrafo, la Regula monachorum.

Benito nació en torno al 480 en Nursia. Tras un periodo de estudios i Roma se retiró a Subiaco donde vivió durante unos tres años como mitaño en una cueva cerca del monasterio del monje Romano. rededor del 500 comenzó a recoger discípulos fundando, en las ruinas la Villa neroniana, trece monasterios de doce monjes cada uno, unidos en torno a un abad, según el modelo apostólico. Varios hechos una nueva visión de la vida monástica como única familia en torno a núnico abad hacen que en el 529 deje Subiaco y vaya a Montecassino onde funda esa "Ciudad sobre el monte" orgullo de toda la tradición onástica. Allí, mientras rezaba de pie sostenido por dos discípulos, urió el 21 de marzo del 547.

Hoy san Benito es conocido como patrono de Europa, pero hay spectos de su historia personal y de los fines de su obra que pueden acer difícil comprender la congruencia de este patronato

CARTA ENCÍCLICA.

SPIRITUS PARACLITUS.

DEL SUMO PONTÍFICE. BENEDICTO XV.

SOBRE LA INTERPRETACIÓN DE LA SAGRADA ESCRITURA.

- 1. El Espíritu Consolador, habiendo enriquecido al género humano en las Sagradas Letras para instruirlo en los secretos de la divinidad, suscitó en el transcurso de los siglos numerosos expositores santísimos y doctísimos, los cuales no sólo no dejarían infecundo este celestial tesoro(1), sino que habían de procurar a los fieles cristianos, con sus estudios y sus trabajos, la abundantísima consolación de las Escrituras. El primer lugar entre ellos, por consentimiento unánime, corresponde a San Jerónimo, a quien la Iglesia católica reconoce y venera como el Doctor Máximo concedido por Dios en la interpretación de las Sagradas Escrituras.
- 2. Próximos a celebrar el decimoquinto centenario de su muerte, no querernos, venerables hermanos, dejar pasar una ocasión tan favorable sin hablaros detenídamente de la gloria y de los méritos de San Jerónimo en la ciencia de las Escrituras. Nos sentimos movido por la conciencia de nuestro cargo apostólico a proponer a la imitación, para el fomento de esta nobilísima disciplina, el insigne ejemplo de varón tan eximio, y a confirmar con nuestra autoridad apostólica y adaptar a los tiempos actuales de la Iglesia las utilísimas advertencias y prescripciones que en esta materia dieron nuestros predecesores, de feliz memoria, León XIII y Pío X.
- 3. En efecto, San Jerónimo, «hombre extraordinariamente católico y muy versado en la ley sagrada»(2), «maestro de católicos»(3), «modelo de virtudes y maestro del mundo entero»(4), habiendo ilustrado maravillosamente y defendido con tesón la doctrina católica acerca de los libros sagrados, nos suministra muchas e irnportantes enseñanzas que emplear para inducir a todos los hijos de la Iglesia,

- y especialmente a los clérigos, el respeto a la Escritura divina, unido a su piadosa lectura y meditación asidua.
- 4. Como sabéis, venerables hermanos, San Jerónimo nació en Estridón, «aldea en otro tiempo fronteriza entre Dalmacia y Pannonia»(5), y se crió desde la cuna en el catolicismo(6); desde que recibió aquí mismo en Roma la vestidura de Cristo por el bautismo(7), empleó a lo largo de su vida todas sus fuerzas en investigar, exponer y defender los libros sagrados. Iniciado en las letras latinas y griegas en Roma, apenas había salido de las aulas de los retóricos cuando, joven aún, acometió la interpretación del profeta Abdías: con este ensayo «de ingenio pueril»(8), de tal manera creció en él el amor de las Escrituras, que, como si hubiera encontrado el tesoro de que habla la parábola evangélica, consideró que debía despreciar por él «todas las ventajas de este mundo»(9). Por lo cual, sin arredrarse por las dificultades de semejante proyecto, abandonó su casa, sus padres, su hermana y sus allegados; renunció a su abastecida mesa y marchó a los Sagrados Lugares de Oriente, para adquirir en mayor abundancia las riquezas de Cristo y la ciencia del Salvador en la lectura y estudio de la Biblia(10).
- 5. Más de una vez refiere él mismo cuánto hubo de sudar en el empeño: «Me consumía por un extraño deseo de saber, y no fui yo, como algunos presuntuosos, mi propio maestro. Oí frecuentemente y traté en Antioquía a Apolinar de Laodicea, y cuando me instruía en las Sagradas Escrituras, nunca le escuché su reprobable opinión sobre los sentidos de la misma»(11). De allí marchó a la región desierta de Cálcide, en la Siria oriental, para penetrar más a fondo el sentido de la palabra dívina y refrenar al mismo tiempo, con la dedicación al estudio, los ardores de la juventud; allí se hizo discípulo de un cristiano convertido del judaísmo, para aprender hebreo y caldeo. «Cuánto trabajo empleé, cuántas dificultades hube de pasar, cuántas veces me desanimé, cuántas lo dejé para comenzarlo de nuevo, llevado de mi ansia de saber; sólo yo, que lo sufrí, podría decirlo, y los que convivieron conmigo. Hoy doy gracias a Dios, porque percibo los dulces frutos de la amarga semilla de las letras»(12).
- 6. Mas como las turbas de los herejes no lo dejaron tranquilo ni siquiera en aquella soledad, marchó a Constantinopla, donde casi por tres años tuvo como guía y maestro para la interpretación de las

Sagradas Letras a San Gregorio el Teólogo, obispo de aquella sede y famosísimo por su ciencia; en esta época tradujo al latín las Homilías de Orígenes sobre los Profetas y la Crónica de Eusebio, y comentó la visión de los serafines de Isaías. Vuelto a Roma por las dificultades de la cristiandad, fue familiarmente acogido y empleado en los asuntos de la Iglesia por el papa San Dámaso(13). Aunque muy ocupado en esto, no dejó por ello de revolver los libros divinos(14), de transcribir códices(15) y de informar en el conocimiento de la Biblia a discípulos de uno y otro sexo(16), y realizó el laboriosísimo encargo que el Pontífice le hizo de enmendar la versión latina del Nuevo Testamento, con tal diligencia y agudeza de juicio, que los modernos conocedores de estas materias cada día estiman y admiran más la obra jeronimiana.

- 7. Pero, como su atracción máxima eran los Santos Lugares de Palestina, muerto San Dámaso, Jerónimo se retiró a Belén, donde, habiendo construido un cenobio junto a la cuna de Cristo, se consagró todo a Dios, y el tiempo que le restaba después de la oración lo consumía totalmente en el estudio y enseñanza de la Biblia. Pues, como él mismo certificaba de sí, «ya tenía la cabeza cubierta de canas, y más me correspondía ser maestro que discípulo, y, no obstante, marché a Alejandría, donde oí a Dídimo. Le estoy agradecido por muchas cosas. Aprendí lo que no sabía; lo que sabía no lo perdí, aunque él enseñara lo contrario. Pensaban todos que ya había terminado de aprender; pero, de nuevo en Jerusalén y en Belén, ¡con cuánto esfuerzo y trabajo escuché las lecciones nocturnas de Baranías! Temía éste a los judíos y se me presentaba como otro Nicodemo»(17).
- 8. Ni se conformó con la enseñanza y los preceptos de estos y de otros maestros, sino que empleó todo género de ayudas útiles para su adelantamiento; aparte de que, ya desde el principio, se había adquirido los mejores códices y comentarios de la Biblia, manejó también los libros de las sinagogas y los volúmenes de la biblioteca de Cesarea, reunidos por Orígenes y Eusebio, para sacar de la comparación de dichos códices con los suyos la forma original del texto bíblico y su verdadero sentido. Para mejor conseguir esto último, recorrió Palestina en toda su extensión, persuadido como estaba de lo que escribía a Domnión y a Rogaciano: «Más claramente entenderá la Escritura el que haya contemplado con sus

ojos la Judea y conozca los restos de las antiguas ciudades y los nombres conservados o cambiados de los distintos lugares. Por ello me he preocupado de realizar este trabajo con los hebreos mejor instruidos, recorriendo la región cuyo nombre resuena en todas las Iglesias de Cristo».

- 9. Jerónimo, pues, alimentó continuamente su ánimo con aquel manjar suavísimo, explicó las epístolas de San Pablo, enmendó según el texto griego los códices latinos del Antiguo Testamento, tradujo nuevamente casi todos los libros del hebreo al latín, expuso diariamente las Sagradas Letras a los hermanos que junto a él se reunían, contestó las cartas que de todas partes le llegaban proponiéndole cuestiones de la Escritura, refutó duramente a los impugnadores de la unidad y de la doctrina católica; y pudo tanto el amor de la Biblia en él, que no cesó de escribir o dictar hasta que la muerte inmovilizó sus manos y acalló su voz. Así, no perdonando trabajos, ni vigilias, ni gastos, perseveró hasta la extrema vejez meditando día y noche la ley del Señor junto al pesebre de Belén, aprovechando más al nombre católico desde aquella soledad, con el ejemplo de su vida y con sus escritos, que si hubiera consumido su carrera mortal en la capital del mundo, Roma.
- 10. Saboreados a grandes rasgos la vida y hechos de Jerónimo, vengamos ya, venerables hermanos, a la consideración de su doctrina sobre la dignidad divina y la verdad absoluta de las las crituras. En lo cual, ciertamente, no encontraréis una página en los escritos del Doctor Máximo por donde no aparezca que sostuvo firme y constantemente con la Iglesia católica universal: que los Libros Sagrados, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y como tales han sido entregados a la Iglesia(18). Afirma, en efecto, que los libros de la Sagrada Biblia fueron compuestos bajo la inspiración, o sugerencia, o insinuación, o incluso dictado del Espíritu Santo; más aún, que fueron escritos y editados por El mismo; sin poner en duda, por otra parte, que cada uno de sus autores, según la naturaleza e ingenio de cada cual, hayan colaborado con la inspiración de Dios. Pues no sólo afirma, en general, lo que a todos los hagiógrafos es común: el haber seguido al Espíritu de Dios al escribir, de tal manera que Dios deba ser considerado como causa principal de todo sentido y de todas las sentencias de la Escritura: sino que, además.

cuidadosamente lo que es propio de cada uno de ellos. Y así particularmente muestra cómo cada uno de ellos ha usado de sus facultades y fuerzas en la ordenación de las cosas, en la lengua y en el mismo género y forma de decir, de tal manera que de ahí deduce y describe su propia índole y sus singulares notas y características, principalmente de los profetas y del apóstol San Pablo.

11. Esta comunidad de trabajo entre Dios y el hombre para realizar la misma obra, la ilustra Jerónimo con la comparación del artífice que para hacer algo emplea algún órgano o instrumento; pues lo que los escritores sagrados dicen «son palabras de Dios y no suyas, y lo que por boca de ellos dice lo habla Dios como por un instrumento»(19).

Y si preguntamos que de qué manera ha de entenderse este influjo y acción de Dios como causa principal en el hagiógrafo, se ve que no hay diferencia entre las palabras de Jerónimo y la común doctrina católica sobre la inspiración, ya que él sostiene que Dios, con su gracia, aporta a la mente del escritor luz para proponer a los hombres la verdad en nombre de Dios; mueve, además, su voluntad y le impele a escribir; finalmente, le asiste de manera especial y continua hasta que acaba el libro. De aquí principalmente deduce el Santo la suma importancia y dignidad de las Escrituras, cuyo conocimiento compara a un tesoro precioso(20) y a una rica margarita(21), y afirma encontrarse en ellas las riquezas de Cristo(22) y «la plata que adorna la casa de Dios»(23).

12. De tal manera exaltaba con la palabra y el ejemplo la suprema autoridad de las Escrituras, que en cualquier controversia que surgiera recurría a la Biblia como a la más surtida armería, y empleaba para refutar los errores de los adversarios los testimonios de ellas deducidos como los argumentos más sólidos e irrefragables. Así, a Helvidio, que negaba la virginidad perpetua de la Madre de Dios, decía lisa y llanamente: «Así como no negamos esto que está escrito, de igual manera rechazamos lo que no está escrito. Creemos que Dios nació de la Virgen, porque lo leemos(24); no creemos que María tuviera otros hijos después del parto, porque no lo leemos». Y con las mismas armas promete luchar acérrimamente contra Joviniano en favor de la doctrina católica sobre el estado virginal, sobre la perseverancia, sobre la abstinencia y sobre el mérito de las buenas obras: «Contra cada una de sus proposiciones

me apoyaré principalmente en los testimonios de las Escrituras, para que no se ande quejando de que se le vence más con la elocuencia que con la verdad»(25). Y en la defensa de sus libros contra el mismo hereje escribe: «Como si hubiera de ser rogado para que se rindiese a mí y no más bien conducido a disgusto y a despecho suyo a la cárcel de la verdad»(26).

- 13. Sobre la Escritura en general, leemos, en su comentario a Jeremías, que la muerte le impidió terminar: «Ni se ha de seguir el error de los padres o de los antepasados, sino la autoridad de las Escrituras y la voluntad de Dios, que nos enseña»(27). Ved cómo indica a Fabiola la forma y manera de pelear contra los enemigos: «Cuando estés instruido en las Escrituras divinas y sepas que sus leyes y testimonios son ligaduras de la verdad, lucharás con los adversarios, los atarás y llevarás presos a la cautividad y harás hijos de Dios a los en otro tiempo enemigos y cautivos»(28).
- 14. Ahora bien: San Jerónimo enseña que con la divina inspiración de los libros sagrados y con la suma autoridad de los mismos va necesariamente unida la inmunidad y ausencia de todo error y engaño; lo cual había aprendido en las más célebres escuelas de Occidente y de Oriente, como recibido de los Padres y comúnmente aceptado. Y, en efecto, como, después de comenzada por mandato del pontífice Dámaso la corrección del Nuevo Testamento, algunos «hombrecillos» le echaran en cara que había intentado «enmendar algunas cosas en los Evangelios contra la autoridad de los mayores y la opinión de todo el mundo», respondió en pocas palabras que no era de mente tan obtusa ni de ignorancia tan crasa que pensara habría en las palabras del Señor algo que corregir o no divinamente inspirado(29). Y, exponiendo la primera visión de Ezequiel sobre los cuatro Evangelios, advierte: «Admitirá que todo el cuerpo y el dorso están llenos de ojos quien haya visto que no hay nada en los Evangelios que no luzca e ilumine con su resplandor el mundo, de tal manera que hasta las cosas consideradas pequeñas y despreciables brillen con la majestad del Espíritu Santo»(30).
- 15. Y lo que allí afirma de los Evangelios confiesa de las demás «palabras de Dios» en cada uno de sus comentarios, como norma y fundamento de la exégesis católica; y por esta nota de verdad se distingue, según San Jerónimo, el auténtico profeta del falso(31). Porque «las palabras del Señor son verdaderas, y su decir es

hacer»(32). Y así, «la Escritura no puede mentir»(33) y no se puede decir que la Escritura engañe(34) ni admitir siquiera en sus palabras el solo error de nombre(35).

- 16. Añade asimismo el santo Doctor que «considera distintos a los apóstoles de los demás escritores» profanos; «que aquéllos siempre dicen la verdad, y éstos en algunas cosas, como hombres, suelen errar»(36), y aunque en las Escrituras se digan muchas cosas que parecen increíbles, con todo, son verdaderas(37); en esta «palabra de verdad» no se pueden encontrar ni cosas ni sentencias contradictorias entre sí, «nada discrepante, nada diverso»(38), por lo cual, «cuando las Escrituras parezcan entre sí contrarias, lo uno y lo otro es verdadero aunque sea diverso»(39). Estando como estaba firmemente adherido a este principio, si aparecían en los libros sagrados discrepancias, Jerónimo aplicaba todo su cuidado y su inteligencia a resolver la cuestión; y si no consideraba todavía plenamente resuelta la dificultad, volvía de nuevo y con agrado sobre ella cuando se le presentaba ocasión, aunque no siempre con mucha fortuna. Pero nunca acusaba a los hagiógrafos de error ni siquiera levísimo, «porque esto —decía— es propio de los impíos, de Celso, de Porfirio, de Juliano»(40). En lo cual coincide plenamente con San Agustín, quien, escribiendo al mismo Jerónimo, dice que sólo a los libros sagrados suele conceder la reverencia y el honor de creer firmemente que ninguno de sus autores haya cometido ningún error al escribir, y que, por lo tanto, si encuentra en las Escrituras algo que parezca contrario a la verdad, no piensa eso, sino que o bien el códice está equivocado, o que está mal traducido, o que él no lo ha entendido; y añade: «¡Y no creo que tú, hermano mío, pienses de otro modo; no puedo en manera alguna pensar que tú quieras que se lean tus libros, como los de los profetas y apóstoles, de cuyos escritos sería un crimen dudar que estén exentos de todo error»(41).
- 17. Con esta doctrina de San Jerónimo se confirma e ilustra maravillosamente lo que nuestro predecesor, de feliz memoria, León XIII dijo declarando solemnemente la antigua y constante fe de la Iglesia sobre la absoluta inmunidad de cualquier error por parte de las Escrituras: «Está tan lejos de la divina inspiración el admitir error, que ella por sí misma no solamente lo excluye en absoluto, sino que lo excluye y rechaza con la misma necesidad con que es necesario

que Dios, Verdad suma, no sea autor de ningún error». Y después de aducir las definiciones de los concilios Florentino y Tridentino, confirmadas por el Vaticano I, añade: «Por lo cual nada importa que el Espíritu Santo se haya servido de hombres como de instrumentos para escribir, como si a estos escritores inspirados, ya que no al autor principal, se les pudiera haber deslizado algún error. Porque El de tal manera los excitó y movió con su influjo sobrenatural para que escribieran, de tal manera los asistió mientras escribían, que ellos concibieran rectamente todo y sólo lo que El quería, y lo quisieran fielmente escribir, y lo expresaran aptamente con verdad infalible; de otra manera, El no sería el autor de toda la Sagrada Escritura»(42).

- 18. Aunque estas palabras de nuestro predecesor no dejan ningún lugar a dudas ni a tergiversaciones, es de lamentar, sin embargo, venerables hermanos, que haya habido, no solamente entre los de fuera, sino incluso entre los hijos de la Iglesia católica, más aún —y esto atormenta especialmente nuestro espíritu—, entre los mismos clérigos y maestros de las sagradas disciplinas, quienes, aferrándose soberbiamente a su propio juicio, hayan abiertamente rechazado u ocultamente impugnado el magisterio de la Iglesia en este punto. Ciertamente aprobamos la intención de aquellos que para librarse y librar a los demás de las dificultades de la Sagrada Biblia buscan, valiéndose de todos los recursos de las ciencias y del arte crítica, nuevos caminos y procedimientos para resolverlas, pero fracasarán lamentablemente en esta empresa si desatienden las directrices de nuestro predecedor y traspasan las barreras y los límites establecidos por los Padres.
- 19. En estas prescripciones y límites de ninguna manera se mantiene la opinión de aquellos que, distinguiendo entre el elemento primario o religioso de la Escritura y el secundarío o profano, admiten de buen grado que la inspiración afecta a todas las sentencias, más aún, a cada una de las palabras de la Biblia, pero reducen y restringen sus efectos, y sobre todo la inmunidad de error y la absoluta verdad, a sólo el elemento primario o religioso. Según ellos, sólo es intentado y enseñado por Dios lo que se refiere a la religión; y las demás cosas que pertenecen a las disciplinas profanas, y que sólo como vestidura externa de la verdad divina sirven a la doctrina revelada, son simplemente permitidas por Dios y dejadas a la debilidad del escritor. Nada tiene, pues, de particular

que en las materias físicas, históricas y otras semejantes se encuentren en la Biblia muchas cosas que no es posible conciliar en modo alguno con los progresos actuales de las ciencias. Hay quienes sostienen que estas opiniones erróneas no contradicen en nada a las prescripciones de nuestro predecesor, el cual declaró que el hagiógrafo, en las cosas naturales, habló según la apariencia externa, sujeta a engaño.

- 20. Cuán ligera y falsamente se afirme esto, aparece claramente por las palabras del Pontífice. Pues ninguna mancha de error cae sobre las divinas Letras por la apariencia externa de las cosas —a la cual muy sabiamente dijo León XIII, siguiendo a San Agustín y a Santo Tomás de Aquino, que había que atender—, toda vez que es un axioma de sana filosofía que los sentidos no se engañan en la percepción de esas cosas que constituyen el objeto propio de su conocimiento. Aparte de esto, nuestro predecesor, sin distinguir para nada entre lo que llaman elemento primario y secundario y sin dejar lugar a ambigüedades de ningún género, claramente enseña que está muy lejos de la verdad la opinión de los que piensan «que, cuando se trata de la verdad de las sentencias, no es preciso buscar principalmente lo que ha dicho Dios, sino examinar más bien el fin para el cual lo ha dicho»; e igualmente enseña que la divina inspiración se extiende a todas las partes de la Biblia sin distinción y que no puede darse ningún error en el texto inspirado: «Pero lo que de ninguna manera puede hacerse es limitar la inspiración a solas algunas partes de las Escrituras o conceder que el autor sagrado haya cometido error».
- 21. Y no discrepan menos de la doctrina de la Iglesia —comprobada por el testimonio de San Jerónimo y de los demás Santos Padres—los que piensan que las partes históricas de la Escritura no se fundan en la verdad absoluta de los hechos, sino en la que llaman verdad relativa o conforme a la opinión vulgar; y hasta se atreven a deducirlo de las palabras mismas de León XIII, cuando dijo que se podían aplicar a las disciplinas históricas los principios establecidos a propósito de las cosas naturales. Así defienden que los hagiógrafos, como en las cosas físicas hablaron según lo que aparece, de igual manera, desconociendo la realidad de los sucesos, los relataron según constaban por la común opinión del vulgo o por

los testimonios falsos de otros y ni indicaron sus fuentes de información ni hicieron suyas las referencias ajenas.

- 22. ¿Para qué refutar extensamente una cosa tan injuriosa para nuestro predecesor y tan falsa y errónea? ¿Qué comparación cabe entre las cosas naturales y la historia, cuando las descripciones físicas se ciñen a las cosas que aparecen sensiblemente y deben, por lo tanto, concordar con los fenómenos, mientras, por el contrario, es ley primaria en la historia que lo que se escribe debe ser conforme con los sucesos tal como realmente acaecieron? Una vez aceptada la opinión de éstos, ¿cómo podría quedar a salvo aquella verdad inerrante de la narración sagrada que nuestro predecesor a lo largo de toda su encíclica declara deber mantenerse?
- 23. Y si afirma que se debe aplicar a las demás disciplinas, y especialmente a la historia, lo que tiene lugar en la descripción de fenómenos fisicos, no lo dice en general, sino solamente intenta que empleemos los mismos procedimientos para refutar las falacias de los adversarios y para defender contra sus ataques la veracidad histórica de la Sagrada Escrítura.
- 24. Y ojalá se pararan aquí los introductores de estas nuevas teorías; porque llegan hasta invocar al Doctor Estridonense en defensa de su opinión, por haber enseñado que la veracidad y el orden de la historia en la Biblia se observa, «no según lo que era, sino según lo que en aquel tiempo se creía», y que tal es precisamente la regla propia de la historia(43). Es de admirar cómo tergiversan en esto, a favor de sus teorías, las palabras de San Jerónimo. Porque ¿quién no ve que San Jerónimo dice, no que el hagiógrafo en la relación de los hechos sucedidos se atenga, como desconocedor de la verdad, a la falsa opinión del vulgo, sino que sigue la manera común de hablar en la imposición de nombres a las personas y a las cosas? Como cuando llama padre de Jesús a San José, de cuya paternidad bien claramente indica todo el contexto de la narración qué es lo que piensa. Y la verdadera ley de la historia para San Jerónimo es que, en estas designaciones, el escritor, salvo cualquier peligro de error, mantenga la manera de hablar usual, ya que el uso tiene fuerza de ley en el lenguaje.
- 25. ¿Y qué decir cuando nuestro autor propone los hechos narrados en la Biblia al igual que las doctrinas que se deben creer con la fe

necesaria para salvarse? Porque en el comentario de la epístola a Filemón se expresa en los siguientes términos: «Y lo que digo es esto: El que cree en Dios Creador, no puede creer si no cree antes en la verdad de las cosas que han sido escritas sobre sus santos». Y después de aducir numerosos ejemplos del Antiguo Testamento, concluye que «el que no creyera en estas y en las demás cosas que han sido escritas sobre los santos no podrá creer en el Dios de los santos»(44).

- 26. Así pues, San Jerónimo profesa exactamente lo mismo que escribía San Agustín, resumiendo el común sentir de toda la antigüedad cristiana: «Lo que acerca de Henoc, de Elías y de Moisés atestigua la Escritura, situada en la máxima cumbre de la autoridad por los grandes y ciertos testimonios de su veracidad, eso creemos... Lo creemos, pues, nacido de la Virgen María, no porque no pudiera de otra manera existir en carne verdadera y aparecer ante los hombres (como quiso Fausto), sino porque así está escrito en la Escritura, a la cual, si no creyéramos, ni podríamos ser cristianos ni salvarnos»(45).
- 27. Y no faltan a la Escritura Santa detractores de otro género; hablamos de aquellos que abusan de algunos principios ciertamente rectos si se mantuvieran en sus justos límites— hasta el extremo de socavar los fundamentos de la verdad de la Biblia y destruir la doctrina católica comúnmente enseñada por los Padres. Si hoy viviera San Jerónimo, ciertamente dirigiría contra éstos los acerados dardos de su palabra, al ver que con demasiada facilidad, y de espaldas al sentido y al juicio de la Iglesia, recurren a las llamadas citas implícitas o a las narraciones sólo en apariencia históricas; o bien pretenden que en las Sagradas Letras se encuentren determinados géneros literarios, con los cuales no puede compaginarse la íntegra y perfecta verdad de la palabra divina, o sostienen tales opiniones sobre el origen de los Libros Sagrados, que comprometen y en absoluto destruyen su autoridad.
- 28. ¿Y qué decir de aquellos que, al explicar los Evangelios, disminuyen la fe humana que se les debe y destruyen la divina? Lo que Nuestro Señor Jesucristo dijo e hizo piensan que no ha llegado hasta nosotros íntegro y sin cambios, como escrito religiosamente para testigos de vista y oído, sino que —especialmente por lo que al cuarto Evangelio se refiere— en parte proviene de los evangelistas,

que inventaron y añadieron muchas cosas por su cuenta, y en parte son referencias de los fieles de la generación posterior; y que, por lo tanto, se contienen en un mismo cauce aquas procedentes de dos fuentes distintas que por ningún indicio cierto se pueden distinguir entre sí. No entendieron así Jerónimo, Agustín y los demás doctores de la Iglesia la autoridad histórica de los Evangelios, de la cual el que vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis(46). Y así, San Jerónimo, después de haber reprendido a los herejes que compusieron los evangelios apócrifos por «haber intentado ordenar una narración más que tejer la verdad de la historia»(47), por el contrario, de las Escrituras canónicas escribe: «A nadie le quepa duda de que han sucedido realmente las cosas que han sido escritas»(48), coincidiendo una vez más con San Agustín, que, hablando de los Evangelios, dice: «Estas cosas son verdaderas y han sido escritas de El fiel y verazmente, para que los que crean en su Evangelio sean instruidos en la verdad y no engañados con mentiras»(49).

- 29. Ya veis, venerables hermanos, con cuánto esfuerzo habéis de luchar para que la insana libertad de opinar, que los Padres huyeron con toda diligencia, sea no menos cuidadosamente evitada por los hijos de la Iglesia. Lo que más fácilmente conseguiréis si persuadiereis a los clérigos y seglares que el Espíritu Santo encomendó a vuestro gobierno, que Jerónimo y los demás Padres de la Iglesia aprendieron esta doctrina sobre los Libros Sagrados en la escuela del mismo divino Maestro, Cristo Jesús.
- 30. ¿Acaso leemos que el Señor pensara de otra manera sobre la Escritura? En sus palabras escrito está y conviene que se cumpla la Escritura, tenemos el argumento supremo para poner fin a todas las controversias. Pero, deteniéndonos un poco en este asunto, ¿quién desconoce o ha olvidado que el Señor Jesús, en los sermones que tuvo al pueblo, sea en el monte junto al lago de Genesaret, sea en la sinagoga de Nazaret y en su ciudad de Cafarnaum, sacaba de la Sagrada Escritura la materia de su enseñanza y los argumentos para probarla? ¿Acaso no tomó de allí las armas invencibles para la lucha con los fariseos y saduceos? Ya enseñe, ya dispute, de cualquier parte de la Escritura aduce sentencias y ejemplos, y los aduce de manera que se deba necesariamente creer en ellos; en

este sentido recurre sin distinción a Jonás y a los ninivitas, a la reina de Saba y a Salomón, a Elías y a Eliseo, a David, a Noé, a Lot y a los sodomitas y hasta a la mujer de Lot(50).

- 31. Y testifica la verdad de los Libros Sagrados, hasta el punto de afirmar solemnemente: Ni una iota ni un ápice pasará de la ley hasta que todo se cumpla (51) y No puede quedar sin cumplimiento la Escritura(52), por lo cual, el que incumpliere uno de estos mandamientos, ¡por pequeño que sea, y lo enseñare así a los hombres, será tenido por el menor en el reino de los cielos(53). Y para que los apóstoles, a los que pronto había de dejar en la tierra, se empaparan de esta doctrina, antes de subir a su Padre, al cielo, les abrió la inteligencia, para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Porque así está escrito y así convenía que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día(54). La doctrina, pues, de San Jerónimo acerca de la importancia y de la verdad de la Escritura es, para decirlo en una sola palabra, la doctrina de Cristo. Por lo cual exhortamos vivamente a todos los hijos de la Iglesia, y en especial a los que forman en esta disciplina a los alumnos del altar, a que sigan con ánimo decidido las huellas del Doctor Estridonense; de lo cual se seguirá, sin duda, que estimen este tesoro de las Escrituras como él lo estimó y que perciban de su posesión frutos suavísimos de santidad.
- 32. Porque tener por guía y maestro al Doctor Máximo no sólo tiene las ventajas que dejamos dichas, sino otras no pocas ni despreciables que queremos brevemente, venerables hermanos, recordar con vosotros. De entrada se ofrece en primer lugar a los ojos de nuestra mente aquel su amor ardentísimo a la Sagrada Biblia que con todo el ejemplo de su vida y con palabras llenas del Espíritu de Dios manifestó Jerónimo y procuró siempre más y más excitar en los ánimos de los fieles: «Ama las Escrituras Santas —exhorta a todos en la persona de la virgen Demetríades—, y te amará la sabiduría; ámala, y te guardará; hónrala, y te abrazará. Sean éstos tus collares y pendientes»(55).
- 33. La continua lección de la Escritura y la cuidadosa investigación de cada libro, más aún, de cada frase y de cada palabra, le hizo tener tal familiaridad con el sagrado texto como ningún otro escritor de la antigüedad eclesiástica. A este conocimiento de la Biblia, unido a la agudeza de su ingenio, se debe atribuir que la versión Vulgata,

obra de nuestro Doctor, supere en mucho, según el parecer unánime de todos los doctos, a las demás versiones antiguas, por reflejar el arquetipo original con mayor exactitud y elegancia.

- 34. Dicha Vulgata, que, «recomendada por el largo uso de tantos siglos en la Iglesia», el concilio Tridennno declaró había de ser tenida por auténtica y usada en la enseñanza y en la oración, esperamos ver pronto, si el Señor benignísimo nos concediere la gracia de esta luz, enmendada y restituida a la fe de sus mejores códices; y no dudamos que de este arduo y laborioso esfuerzo, providentemente encomendado a los Padres Benedictinos por nuestro predecesor Pío X, de feliz memoria, se han de seguir nuevas ventajas para la inteligencia de las Escrituras.
- 35. El amor a las cuales resplandece sobre todo en las cartas de San Jerónimo, de tal manera que parecen tejidas con las mismas palabras divinas; y así como a San Bernardo le resultaba todo insípido si no encontraba el nombre dulcísimo de Jesús, de igual manera nuestro santo no encontraba deleite en las cartas que no estuvieran iluminadas por las Escrituras. Por lo cual escribía ingenuamente a San Paulino, varón en otro tiempo distinguido por su dignidad senatorial y consular, y poco antes convertido a la fe de Cristo: «Si tuvieres este fundamento (esto es, la ciencia de las Escrituras), más aún, si te guiara la mano en tus obras, no habría nada más bello, más docto ni más latino que tus volúmenes... Si a esta tu prudencia y elocuencia se uniera la afición e inteligencia de las Escrituras, pronto te vería ocupar el primer puesto entre los maestros...»(56).
- 36. Mas por qué camino y de qué modo se deba buscar con esperanza cierta de buen éxito este gran tesoro concedido por el Padre celestial para consuelo de sus hijos peregrinantes, lo indica el mismo Jerónimo con su ejemplo. En primer lugar advierte que llevemos a estos estudios una preparación diligente y una voluntad bien dispuesta. El, pues, una vez bautizado, para remover todos los obstáculos externos que podían retardarle en su santo propósito, imitando a aquel hombre que habiendo hallado un tesoro, por la alegría del hallazgo va y vende todo lo que tiene y compra el campo(57), dejó a un lado las delicias pasajeras y vanas de este mundo, deseó vivamente la soledad y abrazó una forma severa de vida con tanto mayor afán cuanto más claramente había

experimentado antes que estaba en peligro su salvación entre los incentivos de los vicios. Con todo, quitados estos impedimentos, todavía le faltaba aplicar su ánimo a la ciencia de Jesucristo y revestirse de aquel que es manso y humilde de corazón, puesto que había experimentado en sí lo que Agustín asegura que le pasó cuando empezó los estudios de las Sagradas Letras. El cual, habiéndose sumergido de joven en los escritos de Cicerón y otros, cuando aplicó su ánimo a la Escritura Santa, «me pareció —dice indigna de ser comparada con la dignidad de Tulio. Mi soberbia rehusaba su sencillez, y mi agudeza no penetraba sus interioridades. Y es que ella crece con los pequeños, y yo desdeñaba ser pequeño y, engreído con el fausto, me creía grande»(58). No de otro modo Jerónimo, aunque se había retirado a la soledad, de tal manera se deleitaba con las obras profanas, que todavía no descubría al Cristo humilde en la humildad de la Escritura. «Y así, miserable de mí dice—, ayunaba por leer a Tulio. Después de frecuentes vigilias nocturnas, después de las lágrimas que el recurso de mis pecados pasados arrancaba a mis entrañas, se me venía Plauto a las manos. Si alguna vez, volviendo en mí, comenzaba a leer a los profetas, me horrorizaba su dicción inculta, y, porque con mis ojos ciegos no veía la luz, pensaba que era culpa del sol y no de los ojos»(59). Pero pronto amó la locura de la cruz, de tal manera que puede ser testimonio de cuánto sirva para la inteligencia de la Biblia la humilde y piadosa disposición del ánimo.

- 37. Y así, persuadido de que «siempre en la exposición de las Sagradas Escrituras necesitamos de la venida del Espíritu Santo» 6° y de que la Escritura no se puede leer ni entender de otra manera de como «lo exige el sentido del Espíritu Santo con que fue escrita»(60), el santo varón de Dios implora suplicante, valiéndose también de las oraciones de sus amigos, las luces del Paráclito; y leemos que encomendaba las explicaciones de los libros sagrados que empezaba, y atribuía las que acababa felizmente, al auxilio de Dios y a las oraciones de los hermanos.
- 38. Además, de igual manera que a la gracia de Dios, se somete también a la autoridad de los mayores, hasta llegar a afirmar que «lo que sabía no lo había aprendido de sí mismo, ya que la presunción es el peor maestro, sino de los ilustres Padres de la Iglesia»(62); confiesa que «en los libros divinos no se ha fiado nunca de sus

propias fuerzas»(63), y a Teófilo, obispo de Alejandría, expone así la norma a la cual había ajustado su vida y sus estudios: «Ten para ti que nada debe haber para nosotros tan sagrado como salvaguardar los derechos del cristiano, no cambiar el sentido de los Padres y tener siempre presente la fe romana, cuyo elogio hizo el Apóstol»(64).

- 39. Con toda el alma se entrega y somete a la Iglesia, maestra suprema, en la persona de los romanos pontífices; y así, desde el desierto de Siria, donde le acosaban las insidias de los herejes. deseando someter a la Sede Apostólica la controversia de los orientales sobre el misterio de la Santísima Trinidad, escribía al papa Dámaso: «Me ha parecido conveniente consultar a la cátedra de Pedro y a la fe elogiada por el Apóstol, buscando hoy el alimento de mi alma allí donde en otro tiempo recibí la librea de Cristo... Porque no quiero tener otro guía que a Cristo, me mantengo en estrecha comunión con Vuestra Santidad, es decir, con la cátedra de Pedro. Sé muy bien que sobre esta piedra está fundada la Iglesia... Declarad vuestro pensamiento: si os agrada, no temeré admitir las tres hipóstasis; si lo ordenáis, aceptaré que una fe nueva reemplace a la de Nicea y que seamos ortodoxos con las mismas fórmulas de los arrianos»(65). Por último, en la carta siguiente renueva esta maravillosa confesión de fe: «Entretanto, protesto en alta voz: El que está unido a la cátedra de Pedro, está conmigo»(66).
- 40. Siempre fiel a esta regla de fe en el estudio de las Escrituras, rechaza con este único argumento cualquier falsa interpretación del sagrado texto: «Esto no lo admite la Iglesia de Dios»(67), y con estas breves palabras rechaza el libro apócrifo que contra él había aducido el hereje Vigilancio: «Ese libro no lo he leído jamás. ¿Para qué, si la Iglesia no lo admite?»(68)
- 41. A fuer de hombre celoso en defender la integridad de la fe, luchó denodadamente con los que se habían apartado de la Iglesia, a los cuales consideraba como adversarios propios: «Responderé brevemente que jamás he perdonado a los herejes y que he puesto todo mi empeño en hacer de los enemigos de la Iglesia mis propios enemigos personales»(69). Y en carta a Rufino: «Hay un punto sobre el cual no podré estar de acuerdo contigo: que, transigiendo con los herejes, pueda aparecer no católico»(70). Sin embargo, condolido por la defección de éstos, les suplicaba que hicieran por

volver al regazo de la Madre afligida, única fuente de salvación(71), y rezaba por «los que habían salido de la Iglesia y, abandonando la doctrina del Espíritu Santo, seguían su propio parecer», para que de todo corazón se convirtieran(72).

- 42. Si alguna vez fue necesario, venerables hermanos, que todos los clérigos y el pueblo fiel se ajusten al espíritu del Doctor Máximo, nunca rnás necesario que en nuestra época, en que tantos se levantan con orgullosa terguedad contra la soberana autoridad de la revelación divina y del magisterio de la Iglesia. Sabéis, en efecto —y va León XIII nos lo advertía—, qué clase de enemigos tenemos enfrente y en qué procedimientos o en qué armas tienen puesta su confianza. Es, pues, de todo punto necesario que suscitéis para esta empresa cuantos más y mejor preparados defensores, que no sólo estén dispuestos a luchar contra quienes, negando todo orden sobrenatural, no reconocen ni revelación ni inspiración divina, sino a medirse con quienes, ávidos de novedades profanas, se atreven a interpretar las Sagradas Escrituras como un libro puramente humano, o se desvían del sentir recibido en la Iglesia desde la más remota antigüedad, o hasta tal punto desprecian su magisterio que desdeñan las constituciones de la Sede Apostólica y los decretos de la Pontificia Comisión Bíblica, o los silencian e incluso los acomodan a su propio sentir con engaño y descaro. Ojalá todos los católicos se atengan a la regla de oro del santo Doctor y, obedientes al mandato de su Madre, se mantengan humildemente dentro de los límites señalados por los Padres y aprobados por la Iglesia.
- 43. Pero volvamos a nuestro asunto. Así preparados los espíritus con la piedad y humildad, Jerónimo los invita al estudio de la Biblia. Y antes que nada recomienda incansablemente a todos la lectura cotidiana de la palabra divina: «Entrará en nosotros la sabiduría si nuestro cuerpo no está sometido al pecado; cultivemos nuestra inteligencia mediante la lectura cotidiana de los libros santos»(73). Y en su comentario a la carta a los Efesios: «Debemos, pues, con el mayor ardor, leer las Escrituras y meditar de día y de noche en la ley del Señor, para que, como expertos cambistas, sepamos distinguir cuál es el buen metal y cuál el falso»(74). Ni exime de esta común obligación a las mujeres casadas o solteras. A la matrona romana Leta propone sobre la educación de su hija, entre otros consejos, los siguientes: «Tómale de memoria cada día el trozo señalado de las

Escrituras...; que prefiera los libros divinos a las alhajas y sedas... Aprenda lo primero el Salterio, gócese con estos cánticos e instrúyase para la vida en los Proverbios de Salomón. Acostúmbrese con la lectura del Eclesiástico a pisotear las vanidades mundanas. Imite los ejemplos de paciencia y de virtud de Job. Pase después a los Evangelios, para nunca dejarlos de la mano. Embébase con todo afán en los Hechos y en las Epístolas de los Apóstoles. Y cuando haya enriquecido la celda de su pecho con todos estos tesoros, aprenda de memoria los Profetas, y el Heptateuco, y los libros de los Reyes, y los Paralipómenos, y los volúmenes de Esdras y de Ester, para que, finalmente, pueda leer sin peligro el Cantar de los Cantares»(75). Y de la misma manera exhorta a la virgen Eustoquio: «Sé muy asidua en la lectura y aprende lo más posible. Que te coja el sueño con el libro en la mano y que tu rostro, al rendirse, caiga sobre la página santa»(76). Y, al enviarle el epitafio de su madre Paula, elogiaba a esta santa mujer por haberse consagrado con su hija al estudio de las Escrituras, de tal manera que las conocía profundamente y las sabía de memoria. Y añade: «Diré otra cosa que acaso a los envidiosos parecerá increíble: se propuso aprender la lengua hebrea, que sólo parcialmente y con muchos trabajos y sudores aprendí yo de joven y no me canso de repasar ahora para no olvidarla, y de tal manera lo consiguió, que llegó a cantar los Salmos en hebreo sin acento latino alguno. Esto mismo puede verse hoy en su santa hija Eustoquio»(77). Ni olvida a Santa Marcela, que también dominaba perfectamente las Escrituras(78).

- 44. ¿quién no ve las ventajas y goces que en la piadosa lectura de los libros santos liban las almas bien dispuestas? Todo el que a la Biblia se acercare con espíritu piadoso, fe firme, ánimo humilde y sincero deseo de aprovechar, encontrará en ella y podrá gustar el pan que bajó de los cielos y experimentará en sí lo que dijo David: Me has manifestado los secretos y misterios de tu sabiduría(79), dado que esta mesa de la divina palabra «contiene la doctrina santa, enseña la fe verdadera e introduce con seguridad hasta el interior del velo, donde está el Santo de los Santos»(80).
- 45. Por lo que a Nos se refiere, venerables hermanos, a imitación de San Jerónimo, jamás cesaremos de exhortar a todos los fieles cristianos para que lean diariamente sobre todo los santos Evangelios de Nuestro Señor y los Hechos y Epístolas de los

Apóstoles, tratando de convertirlos en savia de su espíritu y en sangre de sus venas.

- 46. Y así, en estas solemnidades centenarias, nuestro pensamiento se dirige espontáneamente a la Sociedad que se honra con el nombre de San Jerónimo; tanto más cuanto que Nos mismo tuvimos parte en los principios y en el desarrollo de la obra, cuyos pasados progresos hemos visto con gozo y auguramos mayores para lo porvenir. Bien sabéis, venerables hermanos, que el propósito de esta Sociedad es divulgar lo más posible los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, de tal manera que ninguna familia carezca de ellos y todos se acostumbren a su diaria lectura y meditación. Deseamos ardientemente que esta obra, tan querida por su bien demostrada utilidad, se propague y difunda en vuestra diócesis con la creación de sociedades del mismo nombre y fin agregadas a la de Roma.
- 47. En este mismo orden de cosas, resultan muy beneméritos de la causa católica aquellos que en las diversas regiones han procurado y siguen procurando editar en formato cómodo y claro y divulgar con la mayor diligencia todos los libros del Nuevo Testamento y algunos escogidos del Antiguo; cosa que ha producido abundancia de frutos en la Iglesia de Dios, siendo hoy muchos más los que se acercan a esta mesa de doctrina celestial que el Señor proporcionó al mundo cristiano por medio de sus profetas, apóstoles y doctores(81).
- 48. Mas, si en todos los fieles requiere San Jerónimo afición a los libros sagrados, de manera especial exige esto en los que «han puesto sobre su cuello el yugo de Cristo» y fueron llamados por Dios a la predicación de la palabra divina. Con estas palabras se dirige a todos los clérigos en la persona del monje Rústico: «Mientras estés en tu patria, haz de tu celda un paraíso; coge los frutos variados de las Escrituras, saborea sus delicias y goza de su abrazo... Nunca caiga de tus manos ni se aparte de tus ojos el libro sagrado; apréndete el Salterio palabra por palabra, ora sin descanso, vigila tus sentidos y ciérralos a los vanos pensamientos»(82). Y al presbítero Nepociano advierte: «Lee a menudo las divinas Escrituras; más aún, que la santa lectura no se aparte jamás de tus manos. Aprende allí lo que has de enseñar. Procura conseguir la palabra fiel que se ajusta a la doctrina, para que puedas exhortar con doctrina sana y argüir a los contradictores»(83). Y después de

haber recordado a San Paulino las normas que San Pablo diera a sus discípulos Timoteo y Tito sobre el estudio de las Escrituras, añade: «Porque la santa rusticidad sólo aprovecha al que la posee, y tanto como edifica a la Iglesia de Cristo con el mérito de su vida, otro tanto la perjudica si no resiste a los contradictores. Dice el profeta Malaguías, o mejor, el Señor por Malaguías: Pregunta a los sacerdotes la ley. Forma parte del excelente oficio del sacerdote responder sobre la ley cuando se le pregunte. Leemos en el Deuteronomio: Pregunta a tu padre, y te indicará; a tus presbíteros, y te dirán. Y Daniel, al final de su santísima visión, dice que los justos brillarán como las estrellas, y los inteligentes, es decir, los doctos, como el firmamento. ¿Ves cuánto distan entre sí la santa rusticidad y la docta santidad? Aquéllos son comparados con las estrellas, y éstos, con el cielo»(84). En carta a Marcela vuelve a atacar irónicamente esta santa rusticidad de algunos clérigos: «La consideran como la única santidad, declarándose discípulos de pescadores, como si pudieran ser santos por el solo hecho de no saber nada»(85). Pero advierte que no sólo estos rústicos, sino incluso los clérigos literatos pecaban de la misma ignorancia de las Escrituras, y en términos severísimos inculca a los sacerdotes el asiduo contacto con los libros santos.

49. Procurad con sumo empeño, venerables hermanos, que estas enseñanzas del santo Doctor se graben cada vez más hondamente en las mentes de vuestros clérigos y sacerdotes; a vosotros os toca sobre todo llamarles cuidadosamente la atención sobre lo que de ellos exige la dignidad del oficio divino al que han sido elevados, si no quieren mostrarse indignos de él: Porque los labios del sacerdote custodiarán la ciencia, y de su boca se buscará la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos(86). Sepan, pues, que ni deben abandonar el estudio de las Escrituras ni abordarlo por otro camino que el señalado expresamente por León XIII en su encíclica Providentissimus Deus. Lo mejor será que frecuenten el Pontificio Instituto Bíblico, que, según los deseos de León XIII, fundó nuestro próximo predecesor con gran provecho para la santa Iglesia, como consta por la experiencia de estos diez años. Mas, como esto será imposible a la mayoría, es de desear que, a instigación vuestra y bajo vuestos auspicios, vengan a Roma miembros escogidos de uno y otro clero para dedicarse a los estudios bíblicos en nuestro Instituto. Los que vinieren podrán de diversas maneras aprovechar

las lecciones del Instituto. Unos, según el fin principal de este gran Liceo, de tal manera profundizarán en los estudios bíblicos, que «puedan luego explicarlos tanto en privado como en público, escribiendo o enseñando..., y sean aptos para defender su dignidad, bien como profesores en las escuelas, bien como escritores en pro de la verdad católica»(87), y otros, que ya se hubieren iniciado en el sagrado ministerio, podrán adquirir un conocimiento más amplio que en el curso teológico de la Sagrada Escritura, de sus grandes intérpretes y de los tiempos y lugares bíblicos; conocimiento preferentemente práctico, que los haga perfectos administradores de la palabra divina, preparados para toda obra buena(88).

- 50. Aquí tenéis, venerables hermanos, según el ejemplo y la autoridad de San Jerónimo, de qué virtudes debe estar adornado el que se consagra a la lectura y al estudio de la Biblia; oigámosle ahora hacia dónde debe dirigirse y qué debe pretender el conocimiento de las Sagradas Letras. Ante todo se debe buscar en estas páginas el alimento que sustente la vida del espíritu hasta la perfección; por ello, San Jerónimo acostumbraba meditar en la ley del Señor de día y de noche y gustar en las Santas Escrituras el pan del cielo y el maná celestial que tiene en sí todo deleite(89). ¿Cómo puede nuestra alma vivir sin este manjar? ¿Y cómo enseñarán los eclesiásticos a los demás el camino de la salvación si, abandonando la meditación de las Escrituras, no se enseñan a sí mismos? ¿Cómo espera ser en la administración de los sacramentos «guía de ciegos, luz de los que viven en tinieblas, preceptor de rudos, maestro de niños y hombre que tiene en la ley la norma de la ciencia y de la verdad»(90), si se niega a escudriñar esta ciencia de la ley y cierra la puerta a la luz de lo alto? ¡Cuántos ministros sagrados, por haber descuidado la lectura de la Biblia, se mueren ellos mismos y dejan perecer a otros muchos de hambre, según lo que está escrito: Los niños pidieron pan, y no había quien se lo partiera(91). Está desolada la tierra entera porque no hay quien piense en su corazón(92).
- 51. De la Escritura han de salir, en segundo lugar, cuando sea necesario, los argumentos para ilustrar, confirmar y defender los dogmas de nuestra fe. Que fue lo que él hizo admirablemente en su lucha contra los herejes de su tiempo; todas sus obras manifiestan claramente cuán afiladas y sólidas armas sacaba de los distintos

pasajes de la Escritura para refutarlos. Si nuestros expositores de las Escrituras le imitan en esto, se conseguirá, sin duda, lo que nuestro predecesor en sus letras encíclicas *Providentissimus Deus* declaraba «deseable y necesario en extremo»: que «el uso de la Sagrada Escritura influya en toda la ciencia teológica y sea como su alma».

- 52. Por último, el uso más importante de la Escritura es el que dice relación con el santo y fructuoso ejercicio del ministerio de la divina palabra. Y aquí nos place corroborar con las palabras del Doctor Máximo las enseñanzas que sobre la predicación de la palabra divina dimos en nuestras letras encíclicas Humani generis. Si el insigne exegeta recomienda tan severa y frecuentemente a los sacerdotes la continua lectura de las Sagradas Letras, es sobre todo para que puedan dignamente ejercer su oficio de enseñar y predicar. Su palabra no tendría ni autoridad, ni peso, ni eficacia para formar las almas si no estuviera informada por la Sagrada Escritura y no recibiese de ella su fuerza y su vigor. «La palabra del sacerdote ha de estar condimentada con la lectura de las Escrituras»(93). Porque «todo lo que se dice en las Escrituras es como una trompeta que amenaza y penetra con voz potente en los oídos de los fieles»(94). «Nada conmueve tanto como un ejemplo sacado de las Escrituras Santas»(95).
- 53. Y lo que el santo Doctor enseña sobre las reglas que deben guardarse en el empleo de la Biblia, aunque también se refieren en gran parte a los intérpretes, pero miran sobre todo a los sacerdotes en la predicación de la divina palabra. Advierte en primer lugar que consideremos diligentemente las mismas palabras de la Escritura, para que conste con certeza qué dijo el autor sagrado. Pues nadie ignora que San Jerónimo, cuando era necesario, solía acudir al texto original, comparar una versión con otra, examinar la fuerza de las palabras, y, si se había introducido algún error, buscar sus causas, para quitar toda sombra de duda a la lección. A continuación se debe buscar la significación y el contenido que encierran las palabras, porque «al que estudia las Escrituras Santas no le son tan necesarias las palabras como el sentido»(96). En la búsqueda de este sentido no podemos negar que San Jerónimo, imitando a los doctores latinos y a algunos de entre los griegos de los tiempos antiguos, concedió más de lo justo en un principio a las

interpretaciones alegóricas. Pero el amor que profesaba a los Libros Sagrados, y su continuo esfuerzo por repasarlos y comprenderlos mejor, hizo que cada día creciera en él la recta estimación del sentido literal y que expusiera sobre este punto principios sanos; los cuales, por constituir todavía hoy el camino más seguro para sacar el sentido pleno de los Libros Sagrados, expondremos brevemente.

- 54. Debemos, ante todo, fijar nuestra atención en la interpretación literal o histórica: «Advierto siempre al prudente lector que no se contente con interpretaciones supersticiosas que se hacen aisladamente según el arbitrio de los que las inventan, sino que considere lo primero, lo del medio y lo del fin, y que relacione todo lo que ha sido escrito»(97). Añade que toda otra forma de interpretación se apoya, como en su fundamento, en el sentido literal(98), que ni siguiera debe creerse que no existe cuando algo se afirma metafóricamente; porque «frecuentemente la historia se teje con metáforas y se afirma bajo imágenes»(99). Y a los que opinan que nuestro Doctor negaba en algunos lugares de la Escritura el sentido histórico, los refuta él mismo con estas palabras: «No preferimos negamos la historia, sino que la inteligencia espiritual»(100).
- 55. Puesta a salvo la significación literal o histórica, busca sentidos más internos y profundos, para alimentar su espíritu con manjar más escogido; enseña a propósito del libro de los Proverbios, y lo mismo advierte frecuentemente de las otras partes de la Escritura, que no debemos pararnos en el solo sentido literal, «sino buscar en lo más hondo el sentido divino, como se busca en la tierra el oro, en la nuez el núcleo y en los punzantes erizos el fruto escondido de las castañas»(101). Por ello, enseñando a San Paulino «por qué camino se debe andar en las Escrituras Santas», le dice: «Todo lo que leemos en los libros divinos resplandece y brilla aun en la corteza, pero es más dulce en la médula. Quien quiere comer la nuez, rompe su cáscara»(102). Advierte, sin embargo, cuando se trata de buscar este sentido interior, que se haga con moderación, «no sea que, las riquezas espirituales, parezca mientras buscamos despreciamos la pobreza de la historia»(103). Y así desaprueba no interpretaciones místicas de los escritores antiguos precisamente porque no se apoyan en el sentido literal: «Que todas aquellas promesas cantadas por los profetas no sean sonidos vacíos

o simples términos de retórica, sino que se funden en la tierra y sólo sobre el cimiento de la historia levanten la cumbre de la inteligencia espiritual»(104). Prudentemente observa a este respecto que no se deben abandonar las huellas de Cristo y de los apóstoles, los cuales, aunque consideran el Antiquo Testamento como preparación y sombra de la Nueva Alianza y, consiguientemente, interpretan muchos pasajes típicamente, no por eso lo reducen todo a significaciones típicas. Y, para confirmarlo, apela frecuentemente al apóstol San Pablo, quien, por ejemplo, «al exponer los misterios de Adán y Eva, no niega su creación, sino que, edificando la inteligencia espiritual sobre el fundamento de la historia, dice: Por esto dejará el hombre, etc.(105). Si los intérpretes de las Sagradas Letras y los predicadores de la palabra divina, siguiendo el ejemplo de Cristo y de los apóstoles y obedeciendo a los consejos de León XIII, no despreciaren «las interpretaciones alegóricas o análogas que dieron los Padres, sobre todo cuando fluyen de la letra y se apoyan en la autoridad de muchos», sino que modestamente se levantaren de la interpretación literal a otras más altas, experimentarán con San Jerónimo la verdad del dicho de Pablo: «Toda la Sagrada Escritura, divinamente inspirada, es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para instruir en la santidad» (106), y obtendrán del infinito tesoro de las Escrituras abundancia de ejemplos y palabras con que orientar eficaz y suavemente la vida y las costumbres de los fieles hacia la santidad.

56. Por lo que se refiere a la manera de exponer y de expresarse, dado que entre los dispensadores de los misterios de Dios se busca sobre todo la fidelidad, establece San Jerónimo que se debe mantener antes que nada «la verdad de la interpretación», y que «el deber del comentarista es exponer no lo que él quisiera, sino lo que pensaba aquel a quien interpreta»(107) y añade que «hablar en la Iglesia tiene el grave peligro de convertir, por una mala interpretación, el Evangelio de Cristo en evangelio de un hombre»(108). En segundo lugar, «en la exposición de las Santas Escrituras no interesan las palabras rebuscadas ni las flores de la retórica, sino la instrucción y sencillez de la verdad»(109). Habiéndose ajustado en sus escritos a esta norma, declara en sus comentarios haber procurado, no que sus palabras «fueran alabadas, sino que las bien dichas por otro se entendieran como habían sido dichas»(110); y que en la exposición de la palabra divina

se requiere un estilo que «sin amaneramientos... exponga el asunto, explique el sentido y aclare las oscuridades sin follaje de palabras rebuscadas»(111).

57. Plácenos aquí reproducir algunos pasajes de Jerónimo por los cuales aparece claramente cuánto aborrecía él la elocuencia propia de los retóricos, que con el vacío estrépito de las palabras y con la rapidez en el hablar busca los vanos aplausos. «No me gusta que seas —dice al presbítero Nepociano— un declamador y charlatán, sino hombre enterado del misterio y muy versado en los secretos de tu Dios. Atropellar las palabras y suscitar la admiración del vulgo ignorante con la rapidez en el hablar es de tontos»(112). «Los que hoy se ordenan de entre los literatos se preocupan no de asimilarse la médula de las Escrituras, sino de halagar los oídos de la multitud con flores de retórica»(113). «Y nada digo de aquellos que, a semejanza mía, si de casualidad llegaron a las Escrituras Santas después de haber frecuentado las letras profanas y lograron agradar el oído de la muchedumbre con su estilo florido, ya piensan que todo lo que dicen es ley de Dios, y no se dignan averiguar qué pensarán los profetas y los apóstoles, sino que adaptan a su sentir testimonios incongruentes; como si fuera grande elocuencia, y no la peor de todas, falsificar los textos y violentar la Escritura a su capricho»(114). «Y es que, faltándoles el verdadero apoyo de las Escrituras, su verborrea no tendría autoridad si no intentaran corroborar con testimonios divinos la falsedad de su doctrina»(115). Mas esta elocuencia charlatana e ignorancia locuaz «no tiene mordiente, ni vivacidad, ni vida; todo es algo desnutrido, marchito y flojo, semillero de plantas y hierbas, que muy pronto se secan y corrompen»; por el contrario, la sencilla doctrina del Evangelio, semejante al pequeño grano de mostaza, «no se convierte en planta, síno que se hace árbol, de manera que los pájaros del cielo vengan y habiten en sus ramas»(116). Por eso él buscaba en todo esta santa sencillez del lenguaje, que no está reñida con la clarídad y elegancia no buscada: «Sean otros oradores, obtengan las alabanzas que tanto ansían y atropellen los torrentes de palabras con los carrillos hinchados; a mí me basta hablar de manera que sea entendido y que, explicando las Escrituras, imite su sencillez»(117). Porque «la interpretación de los eclesiásticos, sin renunciar a la elegancia en el decir, debe disimularla y evitarla de tal manera que pueda ser entendida no por la vanas escuelas de los filósofos o por pocos discípulos, sino por

toda clase de hombres»(118). Si los jóvenes sacerdotes pusieren en práctica estos consejos y preceptos y los mayores cuidaran de tenerlos siempre presentes, tenemos la seguridad de que su ministerio sería muy provechoso a las almas de los fieles.

58. Réstanos por recordar, venerables hermanos, los «dulces frutos» que «de la amarga semilla de las letras» obtuvo Jerónimo, en la esperanza de que, a imitación suya, los sacerdotes y fieles encomendados a vuestros cuidados se han de inflamar en el deseo de conocer y experimentar la saludable virtud del sagrado texto. Preferimos que conozcáis las abundantes y exquisitas delicias que llenaban el alma del piadoso anacoreta, más que por nuestras palabras, por las suyas propias. Escuchad cómo habla de esta sagrada ciencia a Paulino, su «colega, compañero y amigo»: «Dime, hermano queridísimo, ¿no te parece que vivir entre estos misterios, meditar en ellos, no querer saber ni buscar otra cosa, es ya el paraíso en la tierra?»(119) Y a su discípula Paula pregunta: «Dime, ¿hay algo más santo que este misterio? ¿Hay algo más agradable que este deleite? ¿Qué manjares o qué mieles más dulces que conocer los designios de Dios, entrar en su santuario, penetrar el pensamiento del Creador y enseñar las palabras de tu Señor, de las cuales se ríen los sabios de este mundo, pero que están llenas de sabiduría espiritual? Guarden otros para sí sus riquezas, beban en vasos preciosos, engalánense con sedas, deléitense en los aplausos de la multitud, sin que la variedad de placeres logre agotar sus tesoros; nuestras delicias serán meditar de día y de noche en la ley del Señor, llamar a la puerta cerrada, gustar los panes de la Trinidad y andar detrás del Señor sobre las olas del mundo»(120). Y nuevamente a Paula y a su hija Eustoquio en el comentario a la epístola a los Efesios: «Si hay algo, Paula y Eustoquio, que mantenga al sabio en esta vida y le anime a conservar el equilibrio entre las tribulaciones y torbellinos del mundo, yo creo que es ante todo la meditación y la ciencia de las Escrituras»(121). Porque así lo hacía él, disfrutó de la paz y de la alegría del corazón en medio de grandes tristezas de ánimo y enfermedades del cuerpo; alegría que no se fundaba en vanos y ociosos deleites, sino que, procediendo de la caridad, se transformaba en caridad activa para con la Iglesia de Dios, a la cual fue confiada por el Señor la custodia de la palabra divina.

59. En las Sagradas Letras de uno y otro Testamento leía frecuentemente predicadas las alabanzas de la Iglesia de Dios. ¿Acaso no representaban la figura de esta Esposa de Cristo y todas y cada una de las ilustres y santas mujeres que ocupan lugar preferente en el Antiquo Testamento? El sacerdocio y los sacrificios, las instituciones y las fiestas y casi todos los hechos del Antiguo Testamento, ¿no eran acaso la sombra de esta Iglesia? ¿Y el ver tantas predicciones de los Salmos y de los Profetas divinamente cumplidas en la Iglesia? ¿Acaso no había oído él en boca de Cristo y de los apóstoles los mayores privilegios de la misma? ¿Qué cosa podía, pues, excitar diariamente en el ánimo de Jerónimo mayor amor a la Esposa de Cristo que el conocimiento de las Escrituras? Ya hemos visto, venerables hermanos, la gran reverencia y ardiente amor que profesaba a la Iglesia romana y a la cátedra de Pedro; hemos visto con cuánto ardor impugnaba a los adversarios de la Iglesia. Alabando a su joven compañero Agustín, empeñado en la misma batalla, y felicitándose por haber suscitado juntamente con él la envidia de los herejes, le dice: «¡Gloria a ti por tu valor! El mundo entero te admira. Los católicos te veneran y reconocen como el restaurador de la antigua fe, y —lo que es timbre de mayor gloria todavía— todos los herejes te aborrecen y te persiguen con igual odio que a mí, suspirando por matarnos con el deseo, ya que no pueden con las armas»(122). Maravillosamente confirma esto Postumiano en las obras de Sulpicio Severo, diciendo de Jerónimo: «Una lucha constante y un duelo ininterrumpido contra los malos le ha granjeado el odio de los perversos. Le odian los herejes porque no cesa de impugnarlos; le odian los clérigos porque ataca su mala vida y sus crímenes. Pero todos los hombres buenos lo admiran y quieren»(122). Por este odio de los herejes y de los malos hubo de sufrir Jerónimo muchas contrariedades, especialmente cuando los pelagianos asaltaron el convento de Belén y lo saquearon; pero soportó gustoso todos los malos tratos y los ultrajes, sin decaer de ánimo, pronto como estaba para morir por la defensa de la fe cristiana. «Mi mayor gozo —escribe a Apronio— es oír que mis hijos combaten por Cristo; que aquel en quien hemos creído fortalezca en nosotros este celo valeroso para que demos gustosamente la sangre por defender su fe... Nuestra casa, completamente arruinada en cuanto a bienes materiales por las persecuciones de los herejes, está llena de riquezas espirituales por la bondad de Cristo. Más vale comer sólo pan que perder la fe»(124).

60. Y si jamás permitió que el error se extendiera impunemente, no puso menor celo en condenar, con su enérgico modo de hablar, la corrupción de costumbres, deseando, en la medida de sus fuerzas, presentar a Cristo una Esposa gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada(125). ¡Cuán duramente reprende a los que profanaban con una vida culpable la dignidad sacerdotal! ¡Con qué elocuencia condena las costumbres paganas que en gran parte inficionaban a la misma ciudad de Roma! Para contener por todos los medios aquel desbordamiento de todos los vicios y crímenes, les opone la excelencia y hermosura de las virtudes cristianas, convencido de que nada puede tanto para apartar del mal como el amor de las cosas más puras; reclama insistentemente para la juventud una educación piadosa y honesta; exhorta con graves consejos a los esposos a llevar una vida pura y santa; insinúa en las almas más delicadas el amor a la virginidad; tributa todo género de elogios a la dificil, pero suave austeridad de la vida interior; urge con todas sus fuerzas aquel primer precepto de la religión cristiana —el precepto de la caridad unida al trabajo—, con cuya observancia la soledad humana pasaría felizmente de las actuales perturbaciones a la tranquilidad del orden. Hablando de la caridad, dice hermosamente a San Paulino: «El verdadero templo de Cristo es el alma del creyente: adórnala, vístela, ofrécele tus dones, recibe a Cristo en ella. ¿De qué sirve que resplandezcan sus muros con piedras preciosas, si Cristo en el pobre se muere de hambre?»(126). En cuanto a la ley del trabajo, la inculcaba a todos con tanto ardor, no sólo en sus escritos, sino con el ejemplo de toda su vida, que Postumiano, después de haber vivido con Jerónimo en Belén durante seis meses, testifica en la obra de Sulpicio Severo: «Siempre se le encuentra dedicado a la lectura, siempre sumergido en los libros; no descansa de día ni de noche; constantemente lee o escribe»(127). Por lo demás, su gran amor a la Iglesia aparece también en sus comentarios, en los que no desaprovecha ocasión para alabar a la Esposa de Cristo. Así, por ejemplo, leemos en la exposición del profeta Ageo: «Vino lo más escogido de todas las gentes y se llenó de gloria la casa del Señor, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad... Con estos metales preciosos, la Iglesia del Señor resulta más esplendorosa que la antigua sinagoga; con estas piedras vivas está construida la casa de Cristo, a la cual se concede una paz eterna»(128). Y en el comentario a Miqueas: «Venid, subamos al monte del Señor; es

preciso subir para poder llegar a Cristo y a la casa del Dios de Jacob, la Iglesia, que es la casa de Dios, columna y firmamento de la verdad»(129). Y añade en el proemio del comentario a San Mateo: «La Iglesia ha sido asentada sobre piedra por la palabra del Señor; ésta es la que el Rey introdujo en su habitación y a quien tendió su mano por la abertura de una secreta entrada»(130).

- 61. Como en los últimos pasajes que hemos citado, así otras muchas veces nuestro Doctor exalta la íntima unión de Jesús con la Iglesia. Como no puede estar la cabeza separada del cuerpo místico, así con el amor a la Iglesia ha de ir necesariamente unido el amor a Cristo, que debe ser considerado como el principal y más sabroso fruto de la ciencia de las Escrituras. Estaba tan persuadido Jerónimo de que este conocimiento del sagrado texto era el mejor camino para llegar al conocimiento y amor de Cristo Nuestro Señor, que no dudaba en afirmar: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo»(131). Y lo mismo escribe a Santa Paula: «¿Puede concebirse una vida sin la ciencia de las Escrituras, por la cual se llega a conocer al mismo Cristo, que es la vida de los creyentes?»(132).
- 62. Hacia Cristo, como a su centro, convergen todas las páginas de uno y otro Testamento; por ello Jerónimo, explicando las palabras del Apocalipsis que hablan del río y del árbol de la vida, dice entre otras cosas: «Un solo río sale del trono de Dios, a saber, la gracia del Espíritu Santo; y esta gracia del Espíritu Santo está en las Santas Escrituras, es decir, en el río de las Escrituras. Pero este río tiene dos riberas, que son el Antiguo y el Nuevo Testamento, y en ambas riberas está plantado el árbol, que es Cristo»(133). No es de extrañar, por lo tanto, que en sus piadosas meditaciones acostumbrase referir a Cristo cuanto se lee en el sagrado texto: «Yo, cuando leo el Evangelio y veo allí los testimonios sacados de la ley y de los profetas, considero sólo a Cristo; si he visto a Moisés y a los profetas, ha sido para entender lo que me decían de Cristo. Cuando, por fin, he llegado a los esplendores de Cristo y he contemplado la luz resplandeciente del claro sol, no puedo ver la luz de la linterna. ¿Puede iluminar una linterna si la enciendes de día? Si luce el sol, la luz de la linterna se desvanece; de igual manera la ley y los profetas se desvanecen ante la presencia de Cristo. Nada quito a la ley ni a los profetas; antes bien, los alabo porque anuncian a Cristo. Pero de

tal manera leo la ley y los profetas, que no me quedo en ellos, sino que a través de la ley y de los profetas trato de llegar a Cristo»(134). Y así, buscando piadosamente a Cristo en todo, lo vemos elevarse maravillosamente, por el comentario de las Escrituras, al amor y conocimiento del Señor Jesús, en el cual encontró la preciosa margarita del Evangelio: «No hay más que una preciosa margarita: el conocimiento del Salvador, el misterio de la pasión y el secreto de su resurrección»(135).

- 63. Este amor a Cristo que le consumía, lo llevaba, pobre y humilde con Cristo, libre el alma de toda preocupación terrenal, a buscar a Cristo sólo, a dejarse conducir por su Espíritu, a vivir con El en la más estrecha unión, a copiar por la imitación su imagen paciente, a no tener otro anhelo que sufrir con Cristo y por Cristo. Por ello, cuando, hecho el blanco de las injurias y de los odios de los hombres perversos, muerto San Dámaso, hubo de abandonar Roma, escribía a punto de subir al barco: «Aunque algunos me consideren como un criminal y reo de todas las culpas —lo cual no es mucho en comparación de mis faltas—, tú haces bien en tener por buenos en tu interior hasta a los mismos malos... Doy gracias a Dios por haber sido hallado digno de que me odie el mundo... ¿Qué parte de sufrimientos he soportado yo, que milito bajo la cruz? Me han echado encima la infamia de un crimen falso; pero vo sé que con buena o mala fama se llega al reino de los cielos»(136). Y a la santa virgen Eustoquio exhortaba a sobrellevar valientemente por Cristo los mismos trabajos, con estas palabras: «Grande es el sufrimiento, pero grande es también la recompensa de ser lo que los mártires, lo que los apóstoles, lo que el mismo Cristo es... Todo esto que he enumerado podrá parecer duro al que no ama a Cristo. Pero el que considera toda la pompa del siglo como cieno inmundo y tiene por vano todo lo que existe debajo del sol con tal de ganar a Cristo; el que ha muerto y resucitado con su Señor y ha crucificado la carne con sus vicios y concupiscencias, podrá repetir con toda libertad: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?»(137).
- 64. Sacaba, pues, San Jerónimo abundantes frutos de la lectura de los Sagrados Libros: de aquí aquellas luces interiores con que era atraído cada día más al conocimiento y amor de Cristo; de aquí aquel espíritu de oración, del cual escribió cosas tan bellas; de aquí aquella admirable familiaridad con Cristo, cuyas dulzuras lo

animaron a correr sin descanso por el arduo camino de la cruz hasta alcanzar la palma de la victoria. Asimismo, se sentía continuamente atraído con fervor hacia la santísima Eucaristía: «Nada más rico que aquel que lleva el cuerpo del Señor en una cesta de mimbres y su sangre en una ampolla»(138); ni era menor su veneración y piedad para con la Madre de Dios, cuya virginidad perpetua defendió con todas su fuerzas y cuyo ejemplo acabadísimo en todas las virtudes solía proponer como modelo a las esposas de Cristo(139). A nadie extrañará, por lo tanto, que San Jerónimo se sintiera tan fuertemente atraído por los lugares de Palestina que el Redentor y su Madre santísima hicieron sagrados con su presencia. Sus sentimientos a este respecto se adivinan en lo que sus discípulas Paula y Eustoquio escribieron desde Belén a Marcela: «¿En qué términos o con qué palabras podemos describirte la gruta del Salvador? Aquel pesebre en que gimió de niño, es digno de ser honrado, más que con pobres palabras, con el silencio...

¿Cuándo llegará el día en que nos sea dado penetrar en la gruta del Salvador, llorar en el sepulcro del Señor con la hermana y con la madre, besar el madero de la cruz, y en el monte de los Olivos seguir en deseo y en espíritu a Cristo en su ascensión?...»(140). Repasando estos recuerdos, Jerónimo, lejos de Roma, llevaba una vida demasiado dura para su cuerpo, pero tan suave para el alma, que exclamaba: «Ya quisiera tener Roma lo que Belén, más humilde que aquélla, tiene la dicha de poseer»(141).

65. El voto del santo varón se realizó de distinta manera de como él pensaba, y de ello Nos y los romanos con Nos debemos alegrarnos; porque los restos del Doctor Máximo, depositados en aquella gruta que él por tanto tiempo había habitado, y que la noble ciudad de David se gloriaba de poseer en otro tiempo, tiene hoy la dicha de poseerlos Roma en la Basílica de Santa María la Mayor, junto al pesebre del Señor. Calló la voz cuyo eco, salido del desierto, escuchó en otro tiempo todo el orbe católico; pero por sus escritos, que «como antorchas divinas brillan por el mundo entero»(142), San Jerónimo habla todavía. Proclama la excelencia, la integridad y la veracidad histórica de las Escrituras, así como los dulces frutos que su lectura y meditación producen. Proclama para todos los hijos de la Iglesia la necesidad de volver a una vida digna del nombre de cristianos y de conservarse inmunes de las costumbres paganas,

que en nuestros días parecen haber resucitado. Proclama que la cátedra de Pedro, gracias sobre todo a la piedad y celo de los italianos, dentro de cuyas fronteras lo estableció el Señor, debe gozar de aquel prestigio y libertad que la dignidad y el ejercicio mismo del oficio apostólico exigen. Proclama a las naciones cristianas que tuvieron la desgracia de separarse de la Iglesia Madre el deber de refugiarse nuevamente en ella, en quien radica toda esperanza de eterna salvación. Ojalá presten oídos a esta invitación, sobre todo, las Iglesias orientales, que hace ya demasiado tiempo alimentan sentimientos hostiles hacia la cátedra de Pedro.

Cuando vivía en aquellas regiones y tenía por maestros a Gregorio Nacianceno y a Dídimo Alejandrino, Jerónimo sintetizaba en esta fórmula, que se ha hecho clásica, la doctrina de los pueblos orientales de su tiempo: «El que no se refugie en el arca de Noé perecerá anegado en el diluvio» (143). El oleaje de este diluvio, ¿acaso no amenaza hoy, si Dios no lo remedia, con destruir todas las instituciones humanas? ¿Y qué no se hundirá, después de haber suprimido a Dios, autor y conservador de todas las cosas? ¿Qué podrá quedar en pie después de haberse apartado de Cristo, que es la vida? Pero el que de otro tiempo, rogado por sus discípulos, calmó el mar embravecido, puede todavía devolver a la angustiada humanidad el precioso beneficio de la paz. Interceda en esto San Jerónimo en favor de la Iglesia de Dios, a la que tanto amó y con tanto denuedo defendió contra todos los asaltos de sus enemigos; y alcance con su valioso patrocinio que, apaciguadas todas las discordias conforme al deseo de Jesucristo, se haga un solo rebaño v un solo Pastor.

66. Llevad sin tardanza, venerables hermanos, al conocimiento de vuestro clero y de vuestros fieles las instrucciones que con ocasión del decimoquinto centenario de la muerte del Doctor Máximo acabamos de daros, para que todos, bajo la guía y patrocinio de San Jerónimo, no solamente mantengan y defiendan la doctrina católica acerca de la inspiración divina de las Escrituras, sino que se atengan escrupulosamente а las prescripciones de la encíclica Providentissimus Deus y de la presente carta. Entretanto, deseamos a todos los hijos de la Iglesia que, penetrados y fortalecidos por la suavidad de las Sagradas Letras, lleguen al conocimiento perfecto de Jesucristo; y, en prenda de este deseo y como testimonio de nuestra paterna benevolencia, os concedemos afectuosamente en el Señor, a vosotros, venerables hermanos, y a todo el clero y pueblo que os está confiado, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 15 de septiembre de 1920, año séptimo de nuestro pontificado.

Notas

- 1. Conc. Trid., ses.5, decr.: de reform. c.l.
- 2. Sulp. Sev., *Dial*. 1,7.
- 3. Cassian., *De inc.* 7,26.
- 4. S. Prosp., Carmen de ingratis V 57.
- 5. De viris ill. 135.
- 6. *Ep.* 82,2,2.
- 7. Ep. 15 I,I; 16 2,1.
- 8. In Abd., praefat.
- 9. In Mt. 13,44.
- 10. Ep. 22,30 1.
- 11. Ep. 84 3,1.
- 12. Ep. 125 12.
- 13. Ep. 123,9 al. 10; 122,2,1.
- 14. *Ep.* 127,7,1s.
- 15. *Ep*. 36,1; 32,1.
- 16. *Ep*. 45,2; 126,3; 127, 7.
- 17. *Ep.* 84,3, I s.

- 18. Conc. Vat. I, ses.3, const.: de fide catholica c.2.
- 19 Tract. de Ps. 88.
- 20. In Mt. 13,44; Tract. de Ps. 77.
- 21. In Mt. 13 45ss.
- 22. Quaest. in Gen., praef.
- 23. In Agg. 2,lss.; cf. In Gal. 2,10, etc.
- 24. Adv. Hel. 19.
- 25. Adv. Iovin. 1,4.
- 2 6. Ep. 49, al. 48,14,1.
- 27. In Ier. 9, 12ss.
- 28. Ep. 78,30 (al. 28) mansio.
- 29. Ep. 27,1, ls.
- 30. In Ez. 1,15ss.
- 31. In Mich. 2, Ils; 3,5ss.
- 32. *In Mich.* 4,lss.
- 33. In Ier. 31,35ss.
- 34. In Nah. 1,9.
- 35. Ep. 57 7,4.
- 36. Ep. 827,2.
- 37. Ep. 72,2,2.
- 38. Ep. 18,7,4; cf. Ep. 46,6,2.
- 39. *Ep.* 36,11,2.
- 40. Ep. 57,9,1.

- 41. S. Aug., Ad Hieron., inter epist. S. Hieron. 116,3.
- 42. Litt. enc. Providentissimus Deus.
- 43. In Ier. 213,15s.; In Mt. 14,8; Adv. Helv. 4.
- 44. In Philem. 4.
- 45. S. Aug., Contra Faustum 26,3s,6s.
- 46. *Jn* 19,35.
- 47. *In Mt.* prol.
- 48. Ep. 78,1,1; cf. In Mc. 1,13-31.
- 49. S. Aug., Contra Faustum 26,8.
- 50. Cf. Mt 12,3.39-42; Lc 17,26-29.32, etc.
- 51. *Mt* 5,18.
- 52. *Jn* 10,35.
- 53. *Mt* 5,19.
- 54. Lc 24,45s.
- 55. *Ep.* 130,20.
- 56. *Ep.* 58,9,2; 11,2.
- 57. *Mt* 13,44.
- 58. S. Aug., Conf. 3,5; cf. 8,12.
- 59. *Ep.* 22,30,2.
- 60. In Mich. 1,10-15.
- 61. In Gal. 5 19s.
- 62. Ep. 108,26,2.
- 63. Ad Domnionem et Rogatianum, in 1 par. praef.

- 64. *Ep.* 63,2.
- 65. Ep. 15,1,2.4.
- 66. *Ep.* 16,2,2.
- 67. In Dan. 3,37.
- 68. Adv. Vigil. 6.
- 69. Dial. e. Pelag., prol.2.
- 70. Contra Ruf. 3,43.
- 71. *In Mich.* 1,10ss.
- 72. *In Is.* 1,6, cap.16,1-5.
- 7 3. In Tit. 3,9.
- 74. In Eph. 4,31.
- 75. Ep. 107,9.12.
- 76. Ep. 22,17,2; cf. ibíd., 29,2.
- 77. Ep. 108,26.
- 78. *Ep.* 127,7
- 79. Ps. 50,8.
- 80. Imit. Chr. 4,11,4.
- 81. Imit. Chr. 4,11,4.
- 82. Ep. 125,7,3; 11,1.
- 83. Ep. 52,7,1.
- 84. Ep. 53,3ss.
- 85. *Ep.* 27,1,2.
- 86. Mal 2,7.

- 87. Pío X, Litt. apost. Vinea electa, 7 mayo 1909.
- 88. Cf. 2 Tim 3,17.
- 89. Tract. de Ps. 147.
- 90. Tom 2,19s.
- 91. Tim 4,4.
- 92. Jer 12 11.
- 93. *Ep.* 52,8,1.
- 94. In Am. 3,35.
- 95. In ,Zach. 9,15s.
- 96. *Ep.* 29,1,3.
- 97. In Mt. 25,13.
- 98. Cf. In Ez. 38,1s; 41,23s; 42,13s; In Mc. 1,13.31; Ep. 129,6,1, etc.
- 99. In Hab. 3,14s.
- 100. In Mc. 9,1-7; cf. In Ez. 40-24-27.
- 101. *In Eccles.* 12,9s.
- 102. Ep. 58,9,1.
- 103. In Edem. 2,24s.
- 104. In Am. 9,6.
- 105. In Is. 6,1-7.
- 106. 2 Tim 3,16.
- 107. Ep. 49, al. 48,17,7.
- 108. In Gal. 1,11s.
- 109. In Am. praef. in 1,3.

- 110. *In Gal*. praef. in 1.3.
- 111. Ep. 36,14,2.
- 112. *Ep.* 52,8,1.
- 113. Dial. cont. Lucif., 11.
- 114. *Ep.* 53,7,2.
- 115. *In Tit.* 1,10s.
- 116. *In Mt.* 13,32.
- 117. Ep. 36,14, 2.
- 11 8. *Ep.* 48, al. 49,4,3.
- 119. *Ep.* 53,10,1.
- 120. Ep. 30,13.
- 121. In Eph., prol.
- 122. Ep. 141 2; cf. Ep. 134,1.
- 123. Postumianus apud Sulp. Sever., Dial. 1,9.
- 124. *Ep.* 139.
- 125. *Ef* 5,27.
- 126. Ep. 58,7,1.
- 127. Postumianus apud Sulp. Sever., Dial. 1,9.
- 128. In Agg. 2,1s.
- 129. In Mich. 4 1s.
- 130. In Mt., prol.
- 131. In Is., prol.; cf. Tract. de Ps. 77.
- 132. Ep. 30,7.

- 133. Tract. de Ps. 1.
- 134. Tract. in Mc. 91-7.
- 135. In Mt. 13,45s.
- 136. Ep. 45,1,6.
- 137. *Ep.* 22,38.
- 138. Ep. 125,20,4.
- 139. Cf. Ep. 22,35,3.
- 140. *Ep.* 46,11,13.
- 141. *Ep.* 54,13,6.
- 142. Cassian., *De incarn.* 7,26.
- 143. Ep. 15,2,1.

Benedicto XVI explica el significado de la «cátedra» de Pedro

Intervención de Benedicto XVI en la audiencia general de la fiesta de la cátedra de San Pedro

Ciudad del Vaticano, 22 febrero 2006.

Queridos hermanos y hermanas!

La Cátedra

La liturgia latina celebra hoy la fiesta de la cátedra del San Pedro. Se trata de una tradición muy antigua, testimoniada en Roma desde finales del siglo IV, con la que se da gracias a Dios por la misión confiada al apóstol Pedro y a sus sucesores. La «cátedra», literalmente, quiere decir la sede fija del obispo, colocada en la iglesia madre de una diócesis, que por este motivo es llamada «catedral», y es el símbolo de la autoridad del obispo y, en particular, de su decir, «magisterio», es de la enseñanza evangélica que él, en cuanto sucesor de los apóstoles, está llamado a custodiar y transmitir a la comunidad cristiana. Cuando el obispo toma posesión de la Iglesia particular que le ha sido confiada, con la mitra y el báculo, se sienta en su cátedra. Desde esa sede guiará, como maestro y pastor, el camino de los fieles, en la fe, en la esperanza y en la caridad.

En las tres Cátedras ¿Cuál fue, entonces, la «cátedra» de san Pedro? Él, escogido por Cristo como «roca» sobre la cual edificar la Iglesia (Cf. Mateo 16, 18), comenzó su ministerio en Jerusalén, después de la Ascensión del Señor y de Pentecostés. La primera «sede» de la Iglesia fue el Cenáculo, y es probable que en aquella sala, donde también María, la Madre de Jesús, rezó junto a los discípulos, se reservara especial un puesto а Simón Pedro. Sucesivamente, la sede de Pedro fue Antioquía, ciudad situada en el río Oronte, en Siria, hoy en Turquía, en aquellos tiempos la tercera ciudad del imperio romano después de Roma y de Alejandría de Egipto. De aquella ciudad. evangelizada por Bernabé y ¿Cuál fue, entonces, la «cátedra» de san Pedro? Él, escogido por Cristo como «roca» sobre la cual edificar la Iglesia (Cf. Mateo 16, 18), comenzó su ministerio en Jerusalén, después de la Ascensión del Señor y de Pentecostés. La primera «sede» de la Iglesia fue el Cenáculo, y es probable que en aquella sala, donde también María, la Madre de Jesús, rezó junto a los discípulos, se reservara un puesto especial a Simón Pedro. Sucesivamente. la sede de Pedro fue Antioquía, ciudad situada en el río Oronte, en Siria, hoy en Turquía, en aquellos tiempos la tercera ciudad del imperio romano después de Roma y de Alejandría de Egipto. De aquella ciudad, evangelizada por Bernabé y Pablo, en la que «por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de "cristianos"» (Hechos 11, 26), Pedro fue el primer obispo. De hecho, el Martirologio Romano, antes de la reforma del calendario, preveía también una celebración específica de la Cátedra de Pedro en Antioquía. Desde allí la Providencia llevó a Pedro a Roma. Por tanto, nos encontramos con el camino que va de Jerusalén, Iglesia naciente, a Antioquía, primer centro de la Iglesia, que agrupaba a paganos, y todavía unida también a la Iglesia proveniente de los judíos. Después, Pedro se dirigió a Roma, centro del Imperio, símbolo del «Orbis» -la «Urbs» que expresa el «Orbis», la tierra– donde concluyó con el martirio su carrera al servicio del Evangelio. Por este motivo, la sede de Roma, que había recibido el mayor honor, recibió también la tarea confiada por Cristo a Pedro de estar al servicio de todas las Iglesias particulares para la edificación y la unidad de todo el Pueblo de Dios

Para todas las Iglesias La sede de Roma, después de estas migraciones de san Pedro, fue reconocida como la del sucesor de Pedro, y la «cátedra» de su obispo representó la del apóstol encargado por Cristo de apacentar a todo su rebaño. Lo atestiguan los más antiguos Padres de la Iglesia, como por ejemplo, san Ireneo, obispo de Lyón, pero que era originario de Asia Menor, quien en su tratado «Contra las herejías» describe a la Iglesia de Roma como la «más grande y más antigua conocida por todos;... fundada y constituida en Roma por los dos gloriosos apóstoles Pedro y Pablo» y añade: «Con esta Iglesia, por su eximia superioridad, debe estar en acuerdo la Iglesia universal, es decir, los fieles que están por doquier» (III, 3, 2-3). Poco después, Tertuliano, por su parte, afirma: «¡Esta Iglesia de Roma es bienaventurada! Los apóstoles le derramaron, con su sangre, toda la doctrina» («Prescripciones contra todas las herejías», 36). La cátedra del obispo de Roma representa, por tanto, no sólo su servicio a la comunidad romana, sino también su misión de guía de todo el Pueblo de Dios.

Celebrar la «cátedra» de Pedro, como hoy lo hacemos, significa, por tanto, atribuir a ésta un fuerte significado espiritual y reconocer en ella un signo privilegiado del amor de Dios, Pastor bueno y eterno, que quiere reunir a toda su Iglesia y guiarla por el camino de la salvación. Entre los numerosos testimonios de los Padres, quisiera ofrecer el de san Jerónimo, tomado de una carta suya escrita al obispo de Roma, particularmente

La Cátedra y la Verdad interesante porque menciona explícitamente la «cátedra» de Pedro, presentándola como puerto seguro de verdad y de paz. Así escribe Jerónimo: «He decidido consultar a la cátedra de Pedro, donde se encuentra esa fe que la boca de un apóstol ha ensalzado; vengo ahora a pedir alimento para mi alma allí, donde recibí el vestido de Cristo. No sigo otro primado sino el de Cristo; por esto me pongo en comunión con tu beatitud, es decir, con la cátedra de Pedro. Sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia» («Las cartas» I, 15, 1-2).

Rezar por el Papa

Queridos hermanos y hermanas, en el ábside de la basílica de san Pedro, como sabéis, se encuentra el monumento a la cátedra del apóstol, obra de Bernini en su madurez, realizada en forma de gran trono de bronce, sostenida por las estatuas de cuatro doctores de la Iglesia, dos de occidente, san Agustín y san Ambrosio, y dos de oriente, san Juan Crisóstomo y san Atanasio. Os invito a deteneros ante esta obra sugerente, que hoy es posible admirar, adornada con velas, y a rezar particularmente por el ministerio que Dios me ha confiado. Al elevar la mirada ante el vitral de alabastro que se encuentra precisamente ante la cátedra, invocad al Espíritu Santo para que sostenga siempre con su luz y su fuerza mi servicio cotidiano a toda la Iglesia. Por esto y por vuestra deferente atención, os doy las gracias de corazón.

SANTA MISA IMPOSICIÓN DEL PALIO Y ENTREGA DEL ANILLO DEL PESCADOR.

EN EL SOLEMNE INICIO DEL MINISTERIO PETRINO DEL OBISPO DE ROMA



Plaza San Pedro.

Domingo 24 de abril de 2005

Señor, Cardenales,

venerables Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, distinguidas Autoridades y Miembros del Cuerpo diplomático, queridos Hermanos y Hermanas

Por tres veces nos ha acompañado en estos días tan intensos el canto de las letanías de los santos: durante los funerales de nuestro Santo Padre Juan Pablo II; con ocasión de la entrada de los Cardenales en Cónclave, y también hoy, cuando las hemos cantado de nuevo con la invocación: *Tu illum adiuva*, asiste al nuevo sucesor de San Pedro. He oído este canto orante cada vez de un modo completamente singular, como un gran consuelo. ¡Cómo nos hemos sentido abandonados tras el fallecimiento de Juan Pablo II! El Papa que durante 26 años ha sido nuestro pastor y guía en el camino a través de nuestros tiempos. Él cruzó el umbral hacia la otra vida, entrando en el misterio de Dios. Pero no dio este paso en solitario. Quien cree, nunca está solo; no lo está en la vida ni

tampoco en la muerte. En aquellos momentos hemos podido invocar a los santos de todos los siglos, sus amigos, sus hermanos en la fe, sabiendo que serían el cortejo viviente que lo acompañaría en el más allá, hasta la gloria de Dios. Nosotros sabíamos que allí se esperaba su llegada. Ahora sabemos que él está entre los suyos y se encuentra realmente en su casa. Hemos sido consolados de nuevo realizando la solemne entrada en cónclave para elegir al que el Dios había escogido. ¿Cómo podíamos reconocer su nombre? ¿Cómo 115 Obispos, procedentes de todas las culturas y países, podían encontrar a quien Dios quería otorgar la misión de atar y desatar? Una vez más, lo sabíamos; sabíamos que no estamos solos, que estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios. Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? Todo vosotros, queridos amigos, acabáis de invocar a toda la muchedumbre de los santos, representada por algunos de los grandes nombres de la historia que Dios teje con los hombres. De este modo, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todo nosotros somos la comunidad de los santos: nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo. Sí, la Iglesia está viva; ésta es la maravillosa experiencia de estos días. Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto, indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a los suyos. La Iglesia está viva; está viva porque Cristo está vivo, porque él ha resucitado verdaderamente. En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre en los días de Pascua, hemos contemplado el misterio de la pasión de Cristo y tocado al mismo tiempo sus heridas. Pero en todos estos días también hemos podido tocar, en un sentido profundo, al Resucitado. Hemos podido experimentar la alegría que él ha prometido, después de un breve tiempo de oscuridad, como fruto de su resurrección.

La Iglesia está viva: de este modo saludo con gran gozo y gratitud a todos vosotros que estáis aquí reunidos, venerables Hermanos Cardenales y Obispos, queridos sacerdotes, diáconos, agentes de pastoral y categuistas. Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, testigos de la presencia transfigurante de Dios. Os saludo a vosotros, fieles laicos, inmersos en el gran campo de la construcción del Reino de Dios que se expande en el mundo, en cualquier manifestación de la vida. El saludo se llena de afecto al dirigirlo también a todos los que, renacidos en el sacramento del Bautismo, aún no están en plena comunión con nosotros; y a hermanos del pueblo hebreo, al que estamos estrechamente unidos por un gran patrimonio espiritual común, que hunde sus raíces en las irrevocables promesas de Dios. Pienso, en fin – casi como una onda que seexpande – en todos los hombres de nuestro tiempo, creyente y no creyentes.

iQueridos amigos! En este momento no necesito presentar un programa de gobierno. Algún rasgo de lo que considero mi tarea, la he podido exponer ya en mi mensaje del miércoles, 20 de abril; no faltarán otras ocasiones para hacerlo. Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino de ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia. En lugar de exponer un programa, desearía más bien intentar comentar simplemente los dos signos con los que se representa litúrgicamente el inicio del Ministerio Petrino; por lo demás, ambos signos reflejan también exactamente lo que se ha proclamado en las lecturas de hoy.

El primer signo es el palio, tejido de lana pura, que se me pone sobre los hombros. Este signo antiquísimo, que los Obispos de

Roma llevan desde el siglo IV, puede ser considerado como una imagen del yugo de Cristo, que el Obispo de esta ciudad, el Siervo de los Siervos de Dios, toma sobre sus hombros. El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es la vía de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio. Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica – quizás a veces de manera dolorosa – v nos hace volver de este modo a nosotros mismos. Y así, no servimos solamente El, sino también a la salvación de todo el mundo, de toda la historia. En realidad, el simbolismo del Palio es más concreto aún: la lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestas para conducirla a las aguas de la vida. La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia. La humanidad – todos nosotros – es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. El Palio indica primeramente que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros. Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy. La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han

de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud. El símbolo del cordero tiene todavía otro aspecto. Era costumbre en el antiguo Oriente que los reyes se llamaran a sí mismos pastores de su pueblo. Era una imagen de su poder, una imagen cínica: para ellos, los pueblos eran como ovejas de las que el pastor podía disponer a su agrado. Por el contrario, el pastor de todos los hombres, el Dios vivo, se ha hecho él mismo cordero, se ha puesto de la parte de los corderos, de los que son pisoteados y sacrificados. Precisamente así se revela El como el verdadero pastor: "Yo soy el buen pastor [...]. Yo doy mi vida por las ovejas", dice Jesús de sí mismo (Jn 10, 14s.). No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. ¡Cuántas veces desearíamos que Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. Nosotros sufrimos por la paciencia de Dios. Y, no obstante, todos necesitamos su paciencia. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres.

Una de las características fundamentales del pastor debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo, a cuyo servicio está. "Apacienta mis ovejas", dice Cristo a Pedro, y también a mí, en este momento. Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir. Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia, que él nos da en el Santísimo Sacramento. Queridos amigos, en este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos

unos a otros.

El segundo signo con el cual la liturgia de hoy representa el comienzo del Ministerio Petrino es la entrega del anillo del pescador. La llamada de Pedro a ser pastor, que hemos oído en el Evangelio, viene después de la narración de una pesca abundante; después de una noche en la que echaron las redes sin éxito, los discípulos vieron en la orilla al Señor resucitado. Él les manda volver a pescar otra vez, y he aquí que la red se llena tanto que no tenían fuerzas para sacarla; había 153 peces grandes y, "aunque eran tantos, no se rompió la red" (In 21, 11). Este relato al final del camino terrenal de Jesús con sus discípulos, se corresponde con uno del principio: tampoco entonces los discípulos habían pescado nada durante toda la noche; también entonces Jesús invitó a Simón a remar mar adentro. Y Simón, que todavía no se llamaba Pedro, dio aquella admirable respuesta: "Maestro, por tu palabra echaré las redes". Se le confió entonces la misión: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres" (Lc 5, 1.11). También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera. Los Padres han dedicado también un comentario muy particular a esta tarea singular. Dicen así: para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es guerido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo.

Quisiera ahora destacar todavía una cosa: tanto en la imagen del pastor como en la del pescador, emerge de manera muy explícita la llamad a la unidad. "Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a ésas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo Pastor" (*Jn* 10, 16), dice Jesús al final del discurso del buen pastor. Y el relato de los 153 peces grandes termina con la gozosa constatación: "Y aunque eran tantos, no se rompió la red" (*Jn* 21, 11). iAy de mí, Señor amado! ahora la red se ha roto, quisiéramos decir doloridos. Pero no, ino debemos estar tristes! Alegrémonos por tu promesa que no defrauda y hagamos todo lo posible para recorrer el camino hacia la unidad que tú has prometido. Hagamos memoria de ella en la oración al Señor, como mendigos; sí, Señor, acuérdate de lo que prometiste. iHaz que seamos un solo pastor y una sola grey! iNo permitas que se rompa tu red y ayúdanos a ser servidores de la unidad!

En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: "¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!" El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo – si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él -, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ino! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada – absolutamente nada – de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida.Amén.

BENEDICTO XVI.

Entronización



El empeño por la unidad de los cristianos marca el inicio del pontificado

J. Vicente Boo

ABC, 25/IV/2005

ROMA. La sonrisa radiante de Benedicto XVI afloró por fin libre al cabo de tres horas cuando el nuevo Papa recorrió en jeep descubierto la plaza de San Pedro bendiciendo a los fieles al término de la misa de Inicio del Pontificado. El cansancio y las ojeras se habían esfumado, como si la ceremonia le hubiese rejuvenecido. La tensión de su rostro había dado paso a la dulzura mientras bendecía con gesto sencillo y cariñoso rodeado de un delirio de entusiasmo.

Al final de la misa, cuando en lugar de retirarse se subió al jeep blanco, Roma estalló en un aplauso de cuatrocientas mil personas, incluidas las que seguían la ceremonia en otras plazas por falta de aforo en la de San Pedro. Los fieles se arremolinaban para envolverle en cariño, para arroparle en el momento en que emprende el sacrificio de dar su vida por ellos. Era una unión intensa, en la que asombraba el entusiasmo de los polacos como si acabasen de elegir a otro Papa de su país.

El esplendor doctrinal y la sencillez del nuevo pontificado salieron ayer a la luz a medida que Benedicto XVI suplicaba ayuda «en este momento en que yo, débil servidor de Dios, debo asumir esta tarea inaudita que realmente supera cualquier capacidad humana». Cuando confesó que le ayudaba «el saber que no estoy solo», no pudo seguir leyendo. Un aplauso atronador se desencadenaba para confirmarlo. Alzó la mirada y asintió: «Efectivamente, lo vemos y lo escuchamos».

Homilía intimista

A pesar de los 38 aplausos que subrayaban la unidad espiritual en los puntos clave, la homilía -pronunciada sólo en italiano por deferencia inicial a «su» diócesis de Roma- tuvo un carácter intimista. El Papa llamaba a todos «queridos amigos», se dirigía a todos los bautizados porque «todos formamos la comunión de los

santos», saludaba a los «hermanos del pueblo judío, con quienes nos une un gran patrimonio espiritual», e incluso a los «no creyentes», con quienes el cardenal Ratzinger siempre se ha sentido a gusto en debates públicos celebrados en un clima compartido de interés por aprender.

Como había hecho en el funeral de Juan Pablo II, cuando era sólo Decano del Colegio Cardenalicio, el ahora Papa Joseph Ratzinger reiteró la certeza de la santidad de su predecesor: «Los santos de todos los tiempos, sus amigos, sus hermanos en la fe, lo habrán acompañado hasta la gloria de Dios. Sabíamos que se esperaba su llegada. Ahora sabemos que está entre los suyos, que está verdaderamente en su casa». Era una proclamación de santidad a la que el pueblo se sumó con un gran aplauso.

«¡La Iglesia esta viva! ¡La Iglesia es joven!» repitió en medio de un entusiasmo general que se desbordaba ante frases sencillas pero llenas de significado como «queridos amigos, en este momento no necesito presentar un programa de gobierno», pues ya lo adelantó en su primer mensaje a los cardenales en la Capilla Sixtina. «Mi verdadero programa de gobierno -continuó-, es no hacer mi voluntad y no seguir mis propias ideas, sino ponerme a la escucha, con toda la Iglesia, de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme guiar por Él». Había desarmado a todos, pues en ese momento, además de los fieles, aplaudían también los líderes de otras religiones y las delegaciones gubernamentales.

Buen pastor

El intelecto ordenado del profesor Ratzinger, que apasionaba a sus alumnos en tres universidades, le llevó a explicar el significado del palio -la estola de lana blanca- y del anillo del Pescador, en una liturgia con sabor de antigüedad. Antes de iniciar la misa, Benedicto XVI había bajado a la tumba de Pedro de Betsaida para pedir su ayuda. Ahora pronunciaba su homilía precisamente en el lugar donde Pedro fue martirizado, el antiguo circo de Nerón, del que queda como único testigo de piedra el obelisco egipcio que hoy adorna el centro de la plaza de San Pedro.

El palio de lana -que no era de tipo collar como los últimos papas sino de tipo estola como se llevaba hace mil años, antes del cisma de Oriente-, simboliza los cuidados del buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas en lugar de oprimirlas como «las ideologías de poder, que justifican la destrucción de lo que consideran opuesto al progreso». En cambio, «el Dios que se hizo Cordero, nos dice que al mundo lo salva el Crucificado, y no los crucificadores».

Amar significa dar la vida, y Benedicto XVI suplicaba «rezad por mí, para que yo aprenda siempre a amar más al Señor. Rezad por mí para que sepa amar a la Iglesia y a cada uno de vosotros. Rezad por mí, pastor, para que yo no huya, por miedo, delante de los lobos». Era un continuo «crescendo» de súplicas y de aplausos que unían palabras y corazones en el primer gran abrazo del Papa con su pueblo.

Aunque era una multitud, que se desbordaba por las grandes plazas de Roma ante pantallas de vídeo, el Papa les hablaba a título individual pues «cada uno de nosotros es fruto de un pensamiento de Dios». Benedicto XVI reiteró su ferviente deseo de convertirse en «servidor de la unidad de los cristianos» y de confirmar la fe de los jóvenes, a quienes exhortó, parafraseando a Juan Pablo II: «Queridos jóvenes, ¡no tengáis miedo a Cristo!», pues «no quita nada y lo da todo». Les invitaba a seguir a Cristo como Pedro de Betsaida, el Pescador de Galilea, que ayer hablaba con acento alemán en una versión dulce. La de Baviera, no la de Prusia.

Homilía



«Por tres veces nos ha acompañado en estos días tan intensos el canto de las letanías de los santos: durante los funerales de nuestro Santo Padre Juan Pablo II; con ocasión de la entrada de los Cardenales en Cónclave, y también hoy, cuando las hemos cantado de nuevo con la invocación: «Tu illum adiuva», asiste al nuevo sucesor de San Pedro. He oído este canto orante cada vez de un

modo completamente singular, como un gran consuelo. ¡Cómo nos hemos sentido abandonados tras el fallecimiento de Juan Pablo II! El Papa que durante 26 años ha sido nuestro pastor y guía en el camino a través de nuestros tiempos. Él cruzó el umbral hacia la otra vida, entrando en el misterio de Dios. Pero no dio este paso en solitario. Quien cree, nunca está solo; no lo está en la vida ni tampoco en la muerte. En aquellos momentos hemos podido invocar a los santos de todos los siglos, sus amigos, sus hermanos en la fe, sabiendo que serían el cortejo viviente que lo acompañaría en el más allá, hasta la gloria de Dios. Nosotros sabíamos que allí se esperaba su llegada. Ahora sabemos que él está entre los suyos y se encuentra realmente en su casa. Hemos sido consolados de nuevo realizando la solemne entrada en cónclave para elegir al que el Dios había escogido. ¿Cómo podíamos reconocer su nombre? ¿Cómo 115 Obispos, procedentes de todas las culturas y países, podían encontrar a quien Dios quería otorgar la misión de atar y desatar? Una vez más, lo sabíamos; sabíamos que no estamos solos, que estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios. Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? Todos vosotros, queridos amigos, acabáis de invocar a toda la muchedumbre de los santos, representada por algunos de los grandes nombres de la historia que Dios teje con los hombres. De este modo, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar vo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todos nosotros somos la comunidad de los santos; nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo. Sí, la Iglesia está viva; ésta es la maravillosa experiencia de estos días. Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto,

indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a los suyos. La Iglesia está viva; está porque Cristo está vivo. él ha porque verdaderamente. En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre en los días de Pascua, hemos contemplado el misterio de la pasión de Cristo y tocado al mismo tiempo sus heridas. Pero en todos estos días también hemos podido tocar, en un sentido profundo, al Resucitado. Hemos podido experimentar la alegría que él ha prometido, después de un breve tiempo de oscuridad, como fruto de su resurrección.

La Iglesia está viva: de este modo saludo con gran gozo y gratitud a todos vosotros que estáis aquí reunidos, venerables Hermanos Cardenales y Obispos, queridos sacerdotes, diáconos, agentes de pastoral y catequistas. Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, testigos de la presencia transfigurante de Dios. Os saludo a vosotros, fieles laicos, inmersos en el gran campo de la construcción del Reino de Dios que se expande en el mundo, en cualquier manifestación de la vida. El saludo se llena de afecto al dirigirlo también a todos los que, renacidos en el sacramento del Bautismo, aún no están en plena comunión con nosotros; y a vosotros, hermanos del pueblo hebreo, al que estamos estrechamente unidos por un gran patrimonio espiritual común, que hunde sus raíces en las irrevocables promesas de Dios. Pienso, en fin -casi como una onda que se expande- en todos los hombres de nuestro tiempo, creyentes y no creyentes.

¡Queridos amigos! En este momento no necesito presentar un programa de gobierno. Algún rasgo de lo que considero mi tarea, la he podido exponer ya en mi mensaje del miércoles, 20 de abril; no faltarán otras ocasiones para hacerlo. Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino de ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia. En lugar de exponer un programa, desearía más bien

intentar comentar simplemente los dos signos con los que se representa litúrgicamente el inicio del Ministerio Petrino; por lo demás, ambos signos reflejan también exactamente lo que se ha proclamado en las lecturas de hoy.

El primer signo es el palio, tejido de lana pura, que se me pone sobre los hombros. Este signo antiquísimo, que los Obispos de Roma llevan desde el siglo IV, puede ser considerado como una imagen del yugo de Cristo, que el Obispo de esta ciudad, el Siervo de los Siervos de Dios, toma sobre sus hombros. El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es la vía de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio. Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica -quizás a veces de manera dolorosa- y nos hace volver de este modo a nosotros mismos. Y así, no servimos solamente a Él, sino también a la salvación de todo el mundo, de toda la historia.

En realidad, el simbolismo del Palio es más concreto aún: la lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestas para conducirla a las aguas de la vida. La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia. La humanidad -todos nosotros- es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. El Palio indica primeramente que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros. Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy. La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud. El símbolo del cordero tiene todavía otro aspecto. Era costumbre en el antiquo Oriente que los reves se llamaran a sí mismos pastores de su pueblo. Era una imagen de su poder, una imagen cínica: para ellos, los pueblos eran como ovejas de las que el pastor podía disponer a su agrado. Por el contrario, el pastor de todos los hombres, el Dios vivo, se ha hecho él mismo cordero, se ha puesto de la parte de los corderos, de los que son pisoteados y sacrificados. Precisamente así se revela Él como el verdadero pastor: «Yo soy el buen pastor. Yo doy mi vida por las ovejas», dice Jesús de sí mismo (Jn 10, 14s.). No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. ¡Cuántas veces desearíamos que Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. Nosotros sufrimos por la paciencia de Dios. Y, no obstante, todos necesitamos su paciencia. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres.

Una de las características fundamentales del pastor debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo, a cuyo servicio está. «Apacienta mis ovejas», dice Cristo a Pedro, y también a mí, en este momento. Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir. Amar significa dar el

191

verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia, que él nos da en el Santísimo Sacramento. Queridos amigos, en este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros.

El segundo signo con el cual la liturgia de hoy representa el comienzo del Ministerio Petrino es la entrega del anillo del pescador. La llamada de Pedro a ser pastor, que hemos oído en el Evangelio, viene después de la narración de una pesca abundante; después de una noche en la que echaron las redes sin éxito, los discípulos vieron en la orilla al Señor resucitado. Él les manda volver a pescar otra vez, y he aquí que la red se llena tanto que no tenían fuerzas para sacarla; había 153 peces grandes y, «aunque eran tantos, no se rompió la red» (Jn 21, 11). Este relato al final del camino terrenal de Jesús con sus discípulos, se corresponde con uno del principio: tampoco entonces los discípulos habían pescado nada durante toda la noche; también entonces Jesús invitó a Simón a remar mar adentro. Y Simón, que todavía no se llamaba Pedro, dio aquella admirable respuesta: «Maestro, por tu palabra echaré las redes». Se le confió entonces la misión: «No temas, desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5, 1.11). También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera. Los Padres han dedicado también un comentario muy particular a esta tarea singular. Dicen así: para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo.

Quisiera ahora destacar todavía una cosa: tanto en la imagen del pastor como en la del pescador, emerge de manera muy explícita la llamada a la unidad. «Tengo , además, otras ovejas que no son de este redil; también a ésas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo Pastor» (Jn 10, 16), dice Jesús al final del discurso del buen pastor. Y el relato de los 153 peces grandes termina con la gozosa constatación: «Y aunque eran tantos, no se rompió la red» (Jn 21, 11). ¡Ay de mí, Señor amado! ahora la red se ha roto, quisiéramos decir doloridos. Pero no, ¡no debemos estar tristes! Alegrémonos por tu promesa que no defrauda y hagamos todo lo posible para recorrer el camino hacia la unidad que tú has prometido. Hagamos memoria de ella en la oración al Señor, como mendigos; sí, Señor, acuérdate de lo que prometiste. ¡Haz que seamos un solo pastor y una sola grey! ¡No permitas que se rompa tu red y ayúdanos a ser servidores de la unidad!

En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par

en par las puertas a Cristo!» El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa.

Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo -si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él-, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada -absolutamente nada- de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. Amén».



Religión